

# ARMAS Y LETRAS



HEMEROTECA  
MUNICIPAL



DIRECTOR - PROPIETARIO —  
VICENTE VALERO DE BERNABÉ

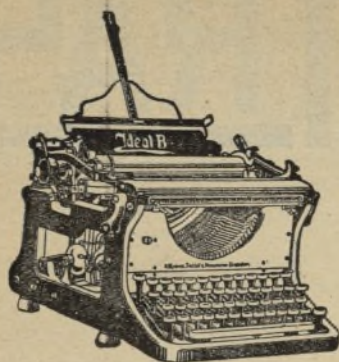
AÑO II

NÚM. 15

MARZO, 1921

Número suelto 1,30 ptas.





## La maravillosa "IDEAL B.,

¡ÚLTIMA CREACIÓN EN MÁQUINAS DE ESCRIBIR!

..... A PLAZOS .....

Accesorios, reparaciones y abonos para limpieza y conservación

Máquina para viaje ERIKA

Representantes: GARCÍA Y GARRIDO (Casa Americana)

CASAS

Hortaleza, 39.

Pérez Galdós, 9.

Carretas, 5.

Teléfono, 4077 M.

## Gran Almacén de Perfumería **La Florida** DE EUGENIO SARRÁ

Ventas al por mayor y menor

Teléfono A 2231

Ronda de San Pedro, 7

Apart. Correos 239

BARCELONA

### ASMA, BRONQUITIS CRONICAS

y demás enfermedades del aparato respiratorio

SE COMBATEN, CON ÉXITO, CON

— GOTAS HELENIANAS BATLLE —

(A BASE DE CLORURO DE HEROINA Y HELENINA AL 1 POR 100)

Adoptadas y recomendadas por los Dispensarios Antituberculosos de Bilbao, Cataluña, Zaragoza, Coruña, Oviedo, San Sebastián, etc., y empleadas en el Hospital clínico facultativo de medicina de Barcelona.

De venta en todas las farmacias de España



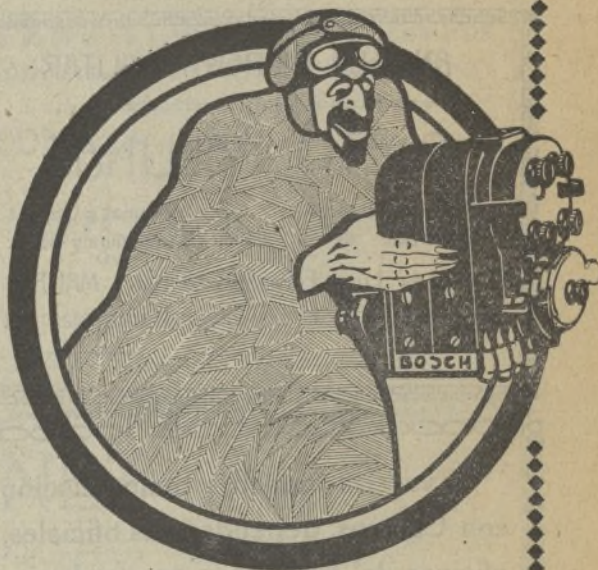


REPRESENTANTES  
PARA ESPAÑA DE LAS  
RUEDAS METÁLICAS

— RUDCE —  
WIHTWORTH

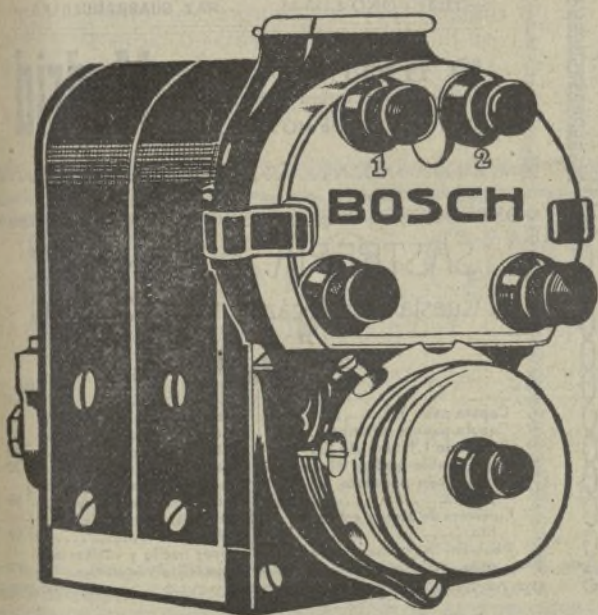
TENEMOS EXISTENCIAS DE  
— TODAS MEDIDAS Y TIPOS —

PIDANSE PRESUPUESTOS



REPRESENTANTES  
DE LA MAGNETO  
BOSCH

LEGITIMA ALEMANA DE STUTTGARD  
COMPLETO STOCK DE TODOS LOS  
TIPOS Y BUJIAS DE TODOS  
— — — LOS PASOS — — —



ACCESORIOS EN  
— GENERAL —

PARA AUTOS, MOTOS Y  
— AVIACIÓN —

REINA, 39 y 41  
MADRID

*Pujol, Comabella  
y Compañía*

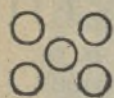




**SASTRERIA**  
**MILITARY PAISANO**

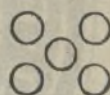
**ALVARO**

Mayor, 20 pral. - MADRID



**ROCA**

FOTOGRAFO  
TETUÁN, 20



ANTIGUA IMPRENTA MILITAR  
DE  
**CLETO VALLINAS**

Modelación impresa para todas las Armas y Cuerpos  
del Ejército. \* \* \* Objetos de escritura y dibujo.

Despacho: Luisa Fernanda, 5. - MADRID  
Zalleres: Zutor 1. y Ventura Rodríguez, 17.

Teléfono 1.548 - J

**MUEBLES DE LUJO Y  
ECONÓMICOS**  
**Casa Sotoca**

Sección de alquiler en los pisos entresuelo y principal.  
— TETÉFONO 4.185-M. HAY GUARDAMUEBLES —

**ECHEGARAY, 8**  
Próximo a la Carrera de S. Jerónimo  
(ANTES Calle de HOTALEZA, 29)

**Madrid**

Si vuestra industria tiene relación  
con Centros, dependencias oficiales,  
oficinas del Ejército, o con cualquier  
manifestación de deporte o ciencia,  
**anúnciense en ARMAS Y LE-  
TRAS y verá prosperar su ne-  
gocio.** Pida tarifas y presupuestos.

**SASTRERÍA DOMINGUEZ**  
Cuesta del Alcázar, 14. - TOLEDO

NOTA DE PRECIOS

	Pts.		Pts.
Capote paño 1.º.....	150	Uniforme kaki de estambre	
Capota paño o estambre..	210	o gabardina con panta-	
Pelliza de 1.º, rizo de id.	120	lón y calzón.....	150
Impermeable gabardina		Idem id. de dril, con id...	70
con gabán y capota se-		Volver pelliza con todos	
parada.....	225	los avios y dorados....	70
Guerrera de paño o estam-		Idem guerrera con id. e	
bre.....	120	idem.....	50
Pantalón Rey con franja		Poner cuello y vueltas con	
seda.....	60	estrellas y soutache... ..	17

**Pedro Andion y Compañía.**

Lonas para toldos y cortinas. Lencería, cuties y terlices para colchones. Saquerio para envase de lanas  
y cereales. Cordelería y tramillas. Putes para enfardaje  
IMPERIAL, 8 y 16.

Teléfono M. 1 487

No hay soldado  
valiente si tiene

**CALLOS**

**EL UNGÜENTO MÁGICO**

los extirpa en tres días.

En todas las farmacias. 1.50: por correo. 2 pts

En todas las farmacias. - Farmacia PUERTO. - Plaza de San Ildefonso, 4. - MADRID

Antes y después de las marchas y del sport dese un masaje de

**EMBROCACIÓN AMERICANA**

y será incansable, será campeón

El reuma y todo dolor desaparecen



## LA COMPAÑÍA DE MADERAS

GRANDES ALMACENES DE MADERAS Y TALLERES MECANICOS

Argumosa, 14 - MADRID - Teléfono 689-M.

DEPÓSITO EN ALICANTE (MAISONNAVE, 49)

SANTANDER - BILBAO - GUÓN - SAN JUAN (Avilés) - PASAJE - HUELVA

Pino del Norte. — Pino, de tea. — Pino de Balsain. — Pino del país. — Maderas finas

MOLDURAS DE TODAS CLASES Y FRISOS

Proveedores de la 3ª Sección de la Escuela Central de Tiro

## ESTABLECIMIENTO DE COMPRA Y VENTA

JOYERÍA - PLATERÍA - RELOJERÍA

Máquinas fotográficas. - Gemelos prismáticos Busch-Zeiss-Goerz. Estuches de matemáticas y aparatos de precisión. Pianos y pianolas.

JULIÁN VEGUILLAS DEPÓSITO DE GRAMÓFONOS Y DISCOS

Clavel, 13, e Infantas, 26. - Teléfono M 4.205. - MADRID

Escopetas. - Artículos para caza y viaje. Objetos para regalos. - Máquinas de escribir, bicicletas y motocicletas. Pañuelos de Manila y mantillas de encaje

Algunos comerciantes japoneses en los pueblos pequeños emplean un sistema muy curioso para anunciar su tráfico.

En el antebrazo derecho se tatúan diversas figuras, que indican su profesión. Los zapateros, por ejemplo, llevan dibujado un zapato; los leñadores, un hacha; los carniceros, una cuchilla; etc.

Al pie de estos emblemas llevan inscripciones como las siguientes: «Yo trabajo bien y barato», o «Soy tan bueno en mi negocio como el mejor de mis compañeros».

Cuando salen en busca de trabajo se pasean por las calles con los brazos desnudos.

**VENTA** de muebles y cuadros antiguos y modernos, bronce, porcelanas y objetos.

**COMPRA** a altos precios todo lo que se venda.

**= VICENTE BAYÓN =**

(Que fué de la casa Veguillas.)

**NO CONFUNDIRSE**

Peligros, 7. - Entrada por jardines, 40. - Tel.º 4.676-M.

## ERNESTO GIMENEZ

ALMACÉN DE PAPEL Y OBJETOS DE ESCRITORIO POR MAYOR

(Antes GONZALEZ Y GIMENEZ).

TALLERES DE IMPRENTA, ENCUADERNACIÓN Y LITOGRAFIA

TIMBRADOS EN RELIEVE

ESPECIALIDAD EN LIBROS RAYADOS Y FABRICA DE SOBRES

HUERTAS, 16 y 18  
Teléfono 1.074

**MADRID**

## HIJOS DE JUAN BAUTISTA FEU

DESPACHO: MONTERA, 19

(FÁBRICA: MESÓN DE PAREDES, 79)

**MADRID**

Establecimiento de toda clase de artículos militares, premiado con diplomas de Honor y Medallas en las Exposiciones a que ha concurrido. Fábrica de botones de metal para el Ejército y Armada, libreas, ferrocarriles, etc. etc. - Condecoraciones finas y falsas de todas clases. - Medallas para premios y exposiciones - Insignias y distintivos con y sin esmalte.





RESERVADO PARA LA CASA

**H. y V. ALVAREZ**

IMPORTADORES DE ACEROS

Calle de Recoletos, 6.  
Teléfono S. 1300.

**Madrid**

**MESTRE & BLATGE**

S. A. ESPAÑOLA

CAPITAL: 10.000.000

LA CASA MEJOR SURTIDA EN TODA CLASE DE  
Accesorios para automóviles, ciclos, aviación.

Artículos para todos los deportes.

faros, faroles y proyectores Besnard, magnetos Simms, Buías Oléo,  
bandaje para frenos Thermoid, rozamientos a Bolas f. S.  
carburadores Zenith.


MADRID: Cid, 2 y Recoletos, 15  
Teléfono S. J. 022


BARCELONA: Balmes, núm. 57  
Teléfono A 4373.



# ARMAS Y LETRAS

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

Ciencias  Artes

Inventos  Literatura

Actualidades

DIRECTOR PROPIETARIO

VICENTE VALERO DE BERNABE

## PRECIOS DE SUSCRIPCION

Trimestre... 5,75 ptas.

Semestre... 7,50 »

Año... 15,00 »

## EXTRANJERO

Semestre... 12 ptas.

Año II Núm. 15

Marzo 1921

## OFICINAS

Calle Mayor, núm. 86

MADRID

Apartado de Correos núm. 886

Administrador

José Valero de Bernabé

## GIBRALTAR Y SU HISTORIA

Decidió Carlos III el sitio de esta ciudad, que era preocupación constantes de todos los españoles; del mando en tierra se encargó D. Martín Álvarez Sotomayor, con 13.000 hombres, y de la flotilla de jabeques y cañoneras, se encargó el jefe de escuadra D. Antonio Barceló. Para evitar que los ingleses pudieran enviar refuerzos, situose en Brest una escuadra de 20 navios españoles y 20 franceses, además de otra de 25 navios mandados por D. Juan de Lángara, situados en Cádiz.

El plan era excelente, pues la plaza, privada de comunicación con Inglaterra habría sido rendida por el hambre, veremos como fué frustrado.

Al cabo de seis meses de asedio, y estando los sitiados en situación crítica, se aprestó en Inglaterra, un convoy de 200 velas, protegido por 25 navios mandados por Rodney, que se hicieron a la mar el 27 de Diciembre de 1779. Descendieron hasta el cabo de S. Vicente, donde apresaron un convoy español de 50 velas que se dirigía de San Sebastián a Cádiz.

A la altura del cabo de Santa María se avistó la escuadra de Lángara; a la sazón reinaba viento del SW y mar gruesa. Consultó Lángara con sus comandantes la conveniencia de retirarse, visto de que solo disponía de 10 navios, y así se efectuó, siendo perseguidos por los navios ingleses, de mayor andar, por disponer los fondos de cobre. El Santo Domingo vuela con todos sus tripulan-

tes; El Fénix (buque que había traído a Carlos III de Italia) insignia de Lángara, se rinde después de ser herido el almirante, y lo mismo hacen el Monarca, Princesa, Diligente, S. Julián, y S. Eugenio.

Estos dos últimos navios, viéndose en peligro de estrellarse en la costa a causa del temporal reinante, proponen a la dotación española prisionera que los salven, y así se efectúa, entrando al día siguiente en Cádiz con la tripulación inglesa constituida prisionera.

A pesar de esta derrota, Don Juan de Lángara fué ascendido a teniente general, y al empleo inmediato todos los comandantes de navios. La opinión pública parece que no fué de igual parecer como lo prueba este verso conocido entonces:

Yo salí con diez navios  
a detener al convoy  
los perdí contento estoy,  
pues los buques no eran míos.

Más yo con mis desvarios  
andando en el mar ligero  
castigué al inglés severo,  
pues no hizo más el pobrete  
que llevarse seis o siete  
y hacerme a mi prisionero.

Por perder siete navios  
a uno hicieron general,  
al que pierde veinticinco  
pregunto yo ¿qué le harán?

Rodney pasó el estrecho, fondeó en Gibraltar y cumplida su misión regresó a Inglaterra, dejando abastecida la plaza.

No desesperó Carlos III por este contratiempo, por el contrario, hizo venir los 20 navios

de Brest, para seguir con más ardor el sitio de la plaza.

Habiendo tenido noticias de un convoy inglés que iba a las Indias, la escuadra de D. Luís de Córdoba, que bloqueaba Gibraltar, salió en su busca, cazándolo a la altura de las Azores, y valiéndose la presa más de un millón de duros. «Jamás había entrado en Cádiz una presa tan rica» dice un historiador inglés.

Mientras tanto se convirtió en asedio lo que hasta entonces había sido bloqueo, proponiéndose planes más o menos fantásticos para el asalto de la plaza, como era la formación de escollos en la bahía, para impedir la entrada de los navios ingleses, o bien levantar un fuerte altísimo que dominase al Peñón.

Fué decidido el bombardeo por tierra y mar, empleando en éste las baterías inventadas por don Antonio Barceló (1751). Tenían 56 pies de quilla, 14 remos por banda, un cañón de 24 y un forro de hierro hasta la flotación estas baterías que causaron risa a los soldados de tierra, fueron de inmensa utilidad por ser invulnerables a los disparos de la plaza. También se emplearon brulotes contra los varios navios ingleses que había fondeados al amparo de la plaza.

En medio de estas luchas se entablaron negociaciones con Inglaterra, por intermedio de un clérigo irlandés, llamado Hussey, confesor de Carlos III, el cual fué a Londres y discutió el cambio de Gibraltar por Puerto Rico y Orán, pero Cumberland le repuso las célebres palabras «Si el rey de España me pusiera delante el mapa de sus



dominios, tardaría tres semanas en anotar una posesión digna de ser cambiada por Gibraltar.» Después de ocho meses de negociaciones no se consiguió nada, continuando la guerra con el mismo ardor.

En julio de 1780, se proclamó la neutralidad armada por la que todas las potencias de Europa, dirigida por Rusia, se opusieron a las demasías de Inglaterra. El

principal punto de este tratado, era que el pabellón neutral cubriera la mercancía. Inglaterra, abandonada por todas las potencias, aún de Holanda, con las colonias insurreccionadas y luchas intestinas, supo llevar, con admiración universal, esta mala época, y salir con ventaja de ella.

J.

(Continuará)

## Aventuras de Membrillera

### CAPITULO IX

*Un saludo inoportuno y una voz de mando intempestiva.*

Apenas las primeras claridades de la aurora substituyeron a las sombras de la noche, las bandas militares lanzaron al aire las alegres y bullangueras notas de la diana.

Sucedieron al toque mil gritos y diversas voces de mando, abrieronse las puertas de las tiendas de campaña y en breve adquirió el campamento su peculiar sello de animación y ajetreo.

Cirilo, aterido de frío, saltó del incómodo catre y se vistió tan rápidamente que ya estaba completamente acicalado cuando los demás oficiales empezaron a rebullirse en sus camas.

Zabalza masculló una interminable serie de quejas; Ruiz juró que en cuanto fuese Ministro de la Guerra propondría que el toque de diana no tuviese lugar hasta las once y ventidós minutos de la mañana, y Ondate lanzó un prolongado y ruidoso bostezo que terminó en una frase durísima contra las cornetas y demás instrumentos de aire.

—En cuanto pueda,—dijo—me cargo al músico mayor. Su exceso de puntualidad en el toque de diana es una falta de compañerismo que no estoy dispuesto a tolerar.

Inmediatamente aparecieron los asistentes trayendo los desayunos, que Cirilo engulló en la mesa y los demás en la cama.

—Peñadura—dijo Ruiz, dirigiéndose a su asistente—Coje

una de mis botas y lífrasela al primer flauta para que tenga que darse de baja y mañana no pueda tocar diana.

Peñadura, acostumbrado a las bromas de su amo, salió con una bota de este y volvió al poco rato manifestando que había cumplido la orden recibida.

—¿Le diste en la cabeza?—preguntó Ruiz.

—Sí, señor.

—Como la tiene tan dura habrá roto el proyectil, ¿verdad?

—No, señor, porque tenía el salakot puesto.

—Menos mal... Pero ¿se dará de baja?

—Me parece que sí, señor.

—Diariamente pondremos inútil a un músico, y de aquí veinte días se suprime el toque de diana, por fuerza mayor.

Cirilo, una vez que terminó de desayunarse aproximó a Zabalza.

—¡Oye,!--le dijo, en voz baja—¿Donde están los cuartos que están deseando que llegue el invierno?

—¡Hombre!--exclamó Zabalza, sonriendo—¡Tu eres un sibarita!... ¡Pues no pides pocos lujos!... Aquí no tienen derecho a esos cuartos más que los generales y jefes de Cuerpo, Los demás, tenemos que elegir como campo de operaciones cualquier rincón al aire libre.

Al oír esto, Cirilo enarcó las cejas.

—¡Caramba!--murmuró, contrariadísimo—¡Eso no me parece ni medio bien... Es más: opino que es enemigo de la disci-

plina el estar codeándose, o ser sorprendido por un subordinado en tan ridículo y chabacano acto.

—En fin;—pensó, saliendo de la tienda y dirigiéndose hacia el campo—no tendré más remedio que pasar por el aro. De buena gana me aguantaría, pero ¿quién es el guapo que se pone en contra de la naturaleza cuando esta dice? ¡allá voy! Estoy viendo que la vida de campaña también tiene sus contras...

Embebido en estas reflexiones nuestro buen Pardillo se encontró en el recinto exterior del campamento.

Exploró el terreno, y viendo a un crecido número de oficiales y soldados que buscaban lo mismo que él, se dirigió hacia la parte que le pareció menos concurrida.

Unas hermosísimas matas de adelfas le parecieron de perilla para su objeto, y se precipitó hacia ellas.

Mirando en todas direcciones adquirió el convencimiento de que no había nadie por las proximidades, y en consecuencia, fué a colocarse tras las citadas matas.

Al hacerlo quedó estupefacto, pues se encontró ante un comandante que estaba en postura desairadísima.

### IMPORTANTE

La Administración del Correo Central nos comunica que, la correspondencia dirigida a los «Apartados Particulares» ha de someterse a ciertas condiciones para poder garantizar un buen servicio.

Las modificaciones introducidas afectan a la forma de consignar la dirección en los sobres que deben venir extendidos del siguiente modo:

SELLO
Sr. Administrador de Armas y Letras
Apartado núm. 886 Madrid

Es esencialísimo que la mención del Apartado se haga en el ángulo izquierdo inferior del sobre y en la misma línea que el punto de destino.

Rogamos a todos nuestros colaboradores, a nunciantes, suscriptores y correspondientes que tengan estas disposiciones, con el fin de evitar retrasos y dificultades en la correspondencia.



La primera intención de Cirilo fué dar un prudente salto atrás, pero fiel observador en todo momento de las reglas de educación militar, cuadrose y saludó.

—¡A la orden de V., mi Comandante! —dijo.

—¡Hombre! —gritó aquel, cólerico, y mirando a Cirilo con furibundos ojos—¿Quiere V. largarse con viento fresco?

Cirilo, que no consentía ser atropellado de hecho ni de palabra, al oír esta bronca que juzgaba inmerecida, sintió deseos de pedir una explicación al irascible jefe, pero reconociendo que la ocasión era muy poco oportuna para meterse en dibujos, y sintiendo imperiosa necesidad de proceder a la busca de lugar apropiado a sus fines lo dejó para mejor ocasión.

\*\*\*

Membrillera regresó al campamento, malhumorado y cariacontecido.

Al llegar frente a su tienda de campaña encontró en la puerta de ella al capitán y oficiales de su compañía.

—Señor Pardillo dijo aquel —Póngase el salakot y el sable, porque voy a darlo a reconocer.

Cumplió Cirilo sin pérdida de tiempo la orden que recibía y salió de la tienda.

Una vez formada la compañía, dió el Capitán la voz de ¡firmes!

—De orden del Teniente Coronel —dijo— se reconocerá como alférez de esta Compañía al que lo es del Ejército D. Cirilo Pardillo y Ombiguete, respetándole y obedeciéndole en lo que mandase concerniente al servicio por ser así la voluntad de Su Majestad. ¡En su lugar! ¡Descanso!

—Mande V. lo que quiera—

dijo a continuación el Capitán, dirigiéndose a Cirilo.

Este «mande V. lo que quiera» cayó en Membrillera como si fuese una rociada de gases asfixiantes.

Tratando de ganar tiempo, para ver si recordaba su obligación, carraspeó, dió un paso al frente, recogió el sable bajo el brazo...

Todo fué inútil. Estaba totalmente atarugado, absolutamente acorchado.

Comprendiendo lo violento de la situación; y deduciendo de las palabras «mande V. lo que quiera» que debía ordenar algo, lanzó la voz de ¡En su lugar! ¡Descanso!

Como la fuerza estaba en la posición ordenada, el movimiento fué nulo.

Cirilo, viendo que había medido la pata, buscó otra voz de mando.

—¡Flexión de piernas! —gritó —¡Uno! ¡Dos!...

—¡Basta! —dijo el capitán, tratando de contener la risa—

—¡Rompan filas! ¡Mar!

—¡Pero hombre! —dijo, dirigiéndose a Cirilo, una vez que desfiló la fuerza—¿Qué ocurrencia ha tenido V. de ordenar un movimiento gimnástico?

—¡Perdone V., mi Capitán! —murmuró Cirilo, avergonzado y lleno de interior coraje—No me vino a la memoria otro movimiento... ¡V menos mal que no me acordé de el salto de la rana!

SINESIO DARNELL

(Continuará).

## LA FLEMA DE UN INGLÉS

Esta anécdota que ahora mismo vamos a tener el gusto de referir tiene más mérito que otras, porque ella y solo ella ha inspirado uno de los innumerables y chistosos cuentos batúrricos que poseemos para nuestro uso particular. Más de una y más de dos veces la hemos visto transformada en cuento en almanaques, hojas de calendario y hasta con ilustraciones de Gascón. Creemos, después de dicho esto, que la tal anécdota se las trae.

Y vamos con ella. Una tarde de invierno hallábase el célebre novelista francés Julio Janín en un café de Londres, y abstraído completamente, leía un periódico sentado junto a la estufa.

De pronto se levanta un inglés que estaba tomando un groz, y dirigiéndose al camarero le pregunta:

—¿Como se llama aquel caballero que lee junto a la estufa?

—¿Le quiere usted algo?

—Decirle una cosa, pero mi corrección me impide hablar confidencialmente con ningún desconocido.

—Quizás le conozcan en el mostrador, pues viene por aquí con alguna frecuencia.

Acercóse nuestro inglés al mostrador y el encargado del mismo le dijo, como antes le había dicho el camarero:

—¿Quiere usted decirle alguna cosa?

—Sí, pero no está bien que ignore su nombre al dirigirme a él.

—Pues espere usted un momento, que subiré a hablar con el dueño que es amigo suyo y sabrá su nombre.

Pasó un rato, bajó el encargado y le dijo al inglés *correcto* que el individuo de referencia se llamaba Julio Janín.

Entonces, nuestro hombre satisfecho y sonriente se aproximó al novelista y le dijo:

—Señor Julio Janín... Quisiera decirle una cosa importante.

—¿Qué cosa?

—Pues que se está usted quemando el gabán con la estufa.

El cual gabán tenía ya un boquete mayúsculo... Lo mismito que la capa del batúrro del cuento, ¿no?

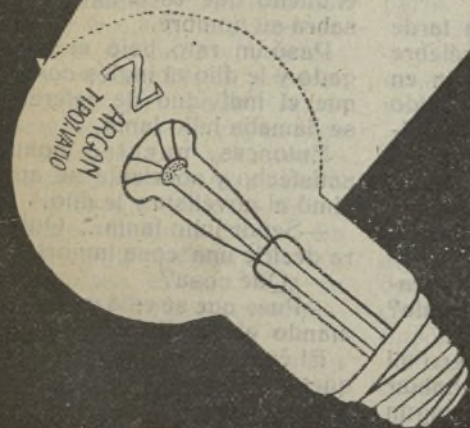
Se recuerda a nuestros colaboradores espontáneos, que no sostenemos correspondencia ni acusamos recibo de los artículos que nos envían. Siempre que nos sea posible complaceremos al remitente publicando lo que sea digno de ser publicado.



..y la no-  
che fué  
dia...



*gracias  
à la lámpara*



LOS TIROLESES



# ARMAS Y LETRAS

## RECUERDOS DE SEMANA SANTA

### UNA VISITA A JERUSALÉN

¡Jerusalén, ciudad santa! ¡Quién no te recuerda en estos días en que se conmemora el sacrosanto sacrificio de Cristo en la Cruz! Millones y millones de hombres de nacionalidades distintas, vuelven hacia ti los ojos, y no son pocos los que te dedican un viaje para gozar de las divinas emociones que procuran la visita de los lugares que Dios eligió para consumir su redentor sacrificio. En estas páginas hemos querido ofrecer a nuestros lectores una impresión de tan interesantes sitios que suponemos fundadamente ha merecer su curiosa atención.

ve a los pies, yacen multitudes de muertos ignorados que esperan se les llame a juicio el día en que el Ángel del Señor descienda a aquel valle de Josafat. Más hacia la izquierda, el Monte de las Olivas eleva sus sagradas colinas ante el fiero resplandor del sol de mediodía, mostrando cuán poco atractivo se ha vuelto este sitio desde que el hombre ha convertido sus solemnes alamedas de otro tiempo en patios áridos que rodean sombríos conventos y severas iglesias. La vista se fatiga ante tales escenas de desolación y vuélvese hacia la ciudad buscando en vano un



Vista de Jerusalén en cuyo primer término aparecen las construcciones del barrio judío.

He aquí las notas tomadas sobre relatos de distintos viajes.

#### Jerusalén, la ciudad santa.

Un tanto lúgubre es la escena que se presenta a los ojos del viajero, cuando se para a contemplar la ciudad desde el parapeto de la gran plaza que rodea la mezquita de Omar, vasta explanada, en la que un día se levantó el templo de Salomón y donde ahora sólo existe una mezquita de ladrillos de color, que los árabes han levantado. En

ambos lados de la temerosa hondonada que se edificó de los que allí existían cuando Cristo recorrió aquellas calles en su camino al Calvario.

La mezquita de Omar, solitaria y triste, nos recuerda la historia de los desastres y grandezas de Jerusalén; sabemos que este edificio, cuyo color gris azulado destaca en el centro de la desolación que le rodea, es la corona que los sarracenos colocaron sobre la cima de Monte Moriah donde David vió al ángel exterminador «teniendo en la mano una espada desnuda vuelta contra Jerusalén»; sabemos que allí fué donde este profe-



ta levantó un altar, y donde Salomón edificó un templo cuyo esplendor y cuya magnificencia sobrepusieron a todo lo pensado.

### La mezquita de Omar.

Los judíos, cristianos y musulmanes han celebrado allí sus cultos en los tiempos de sus respectivas dominaciones. En su dibujo, esta mezquita es más sencilla que San Marcos de Venecia, y en su detalle más pura y magnífica. Ningún edificio gótico o romano puede compararse a éste, y en todo el Islam no hay cosa que le iguale.

Al ver el exterior sencillo, un bonito octógono de suave color de loza vidriada que corona una cúpula de aspecto áreo, difícilmente creará el visitante que vá a entrar en uno de los edificios más espléndidos del mundo; y, sin embargo, tan armoniosamente se encuentran allí mezcladas las riquezas que el efecto, lejos de ser deslumbrador, se domina proporcionando cierto descanso a la vista, que percibe marcadamente la magnificencia de los materiales, como sucede con los hermosos colores de porfiro y lapiz lázuli y el delicioso verdor

del cardenillo que permanecen en columnas de grandeza imperecedera, sostenidas contra paredes, y en las que se ven incrustaciones de preciosos mármoles de matices menos brillantes. Los mosaicos dorados de los arcos centellean bajo ramilletes y guirnaldas de flores permanentes en sus colores, y la luz, muy suave, desciende de ventanas elegantísimas bajo una maravillosa cúpula de oro.

### Las puertas de Jerusalén.

Entre las ruínas de la Jerusalén vieja, podemos ver en pie dos objetos de significación señalada que, aun cuando en sus detalles han sufrido alteración, son, sin embargo, los que fueron festivos oculares en el pasado de las más solemnes comitivas que jamás entraron en la Ciudad Santa.

Tales objetos son dos puertas. Una de ellas es la llamada «Doble Puerta» por la que efectuó su

triumfal entrada Salomón con la reina Saba. Otra es la «Puerta de Oro» por la que efectuó su entrada Jesús entre ramos y palmas, y reverenciado con las *hosannas* del pueblo.

### Las estaciones de la Cruz.

He aquí como cuenta Dulany Hunter su visita a Jerusalén para recorrer las estaciones de la Cruz.

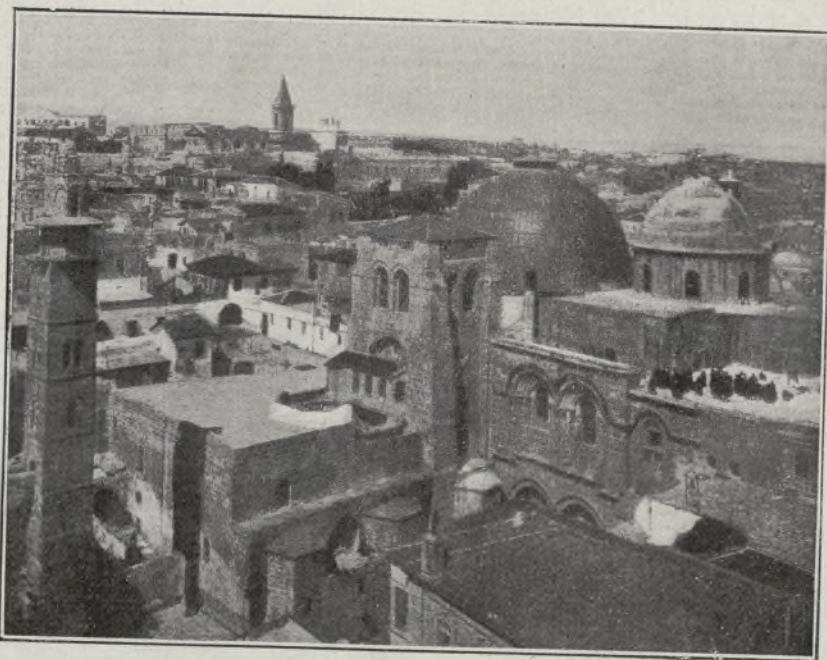
Después de visitar el Monte Calvario y el *Santo Sepulcro* cuya visión nos dejó desilusionados pues merecía más ceremonia y recogimiento el lugar en que estuvo depositado el sacratísimo cuerpo de Nuestro Señor, nos reunimos con un pequeño grupo de los que se convocan allí todas las tardes para orar ante las estaciones de la Cruz. El cielo estaba cubierto, pero en el ambiente no había indicios de tempestad, aunque la

calma era extraña. Mientras la campana de un convento vecino tañía lentamente, una veintena de religiosos franciscanos se apresuraron a subir a la montaña, y nosotros les seguimos en silencio al interior del patio de los cuarteles de los turcos, que se encuentran en el sitio donde se cree estuvo el Pretorio y fué Cristo azotado. Sacerdotes, hombres, mu-

jerres, adolescentes, todos se postraron en tierra y oraron, mientras que yo apenas si oía el *Misere* y apenas si me convencía de que desde allí empezó el corto viaje que revolucionó al mundo.

Después bajamos por la *Vía Dolorosa*, esto es, la *Calle de la Amargura*. La procesión se detenía en cada estación para orar; pero mis pensamientos me habían transportado a través de los siglos hasta considerarme en aquella primavera en que una figura pálida, esbelta, llevando pacientemente una cruz cuyo peso apenas podía soportar, recorrió la estrecha vía, seguido a cierta distancia por algunos pocos fieles amigos, sufriendo las burlas e insultos de una multitud de hombres y mujeres crueles. Era una visión emocionante y muy humana aquella que con mi pensamiento ví descender lentamente por la calle de la Amargura.

Por extraña coincidencia, los judíos se reúnen todos los viernes, casi a la misma hora, ante



Jerusalén. Grupo de templos entre los que se destaca la cúpula del Santo Sepulcro.



unas cuantas piedras ciclópeas del templo para lamentar su destrucción. Y es patético contemplarlos llorando durante largas horas, inclinada la cabeza sobre los grandes libros, recitando la letanía del desconsuelo que comienza así: *Por la destrucción del Templo ¡oh, Señor!, nos lamentamos y lloramos.* Entre ellos había algunas caras frescas y juveniles; pero la mayoría era de ancianos que habían vuelto a Jerusalén para morir en el mismo lugar donde habían de resucitar al fin del mundo, en el valle de Josafat.

### Los griegos en Jerusalén.

En estos días de Semana Santa, no son solo los cristianos los que celebran sus fiestas conmemorativas de la crucifixión y muerte del Señor, sino también los griegos y los musulmanes celebran interesantes ceremonias.

Las de los griegos, comienzan el Domingo de Ramos del calendario ortodoxo, que como es sabido no coincide con el calendario cristiano.

La ceremonia tiene lugar en la capilla griega de la iglesia del Santo Sepulcro, donde se encuentra una piedra que se dice ser «el centro del mundo». El patriarca de la iglesia cismática, con gran séquito de popes, revestidos todos ellos con capas cuajadas de bordados en oro, dan procesionalmente la vuelta en torno de esta piedra, mientras más de diez mil fieles, en apretada masa, agitan millares de palmas y levantan las manos con cirios encendidos. El espectáculo es imponente, pero no tan interesante como el lavatorio del Jueves Santo.

Este se verifica al aire libre, en un patio muy grande que hay entre la iglesia y el cercano monasterio de Getsemani. Desde el miércoles por la noche, hay en este patio miles de peregrinos, y al amanecer del jueves, hasta los tejados inmediatos aparecen cuajados de gente. En medio se levanta una plataforma larga y estrecha, con doce sillas para otros tantos sacerdotes y un trono para el patriarca. La multitud, que algunos años no baja de veinte mil almas, espera

impaciente, empujándose, oprimiéndose, colgándose de ventanas y cornisas, a que den las nueve de la mañana. A esta hora en punto, y entre el repique de las campanas, sale del monasterio la procesión, con su cruz y ciriales al frente. El pa-

patriarca de Jerusalén, con su alta tiara llena de piedras preciosas y su capa dorada, sube a la plataforma seguido de doce popes, y mientras éstos toman asiento, aquél despójase de sus ornamentos y queda con sotana de color lila, sin adorno ninguno. La ceremonia es de una sencillez que contrasta con el lujo en ella desplegado. Cada sacerdote presenta por turno un pie desnudo, y el patriarca lo lava y estampa un beso en el empeine. Después se reviste de nuevo, toma asiento en el trono y escucha con los demás el sermón que predica en griego un archimandrita!

Terminada la predi-



Jerusalén. Célebre mezquita de Omar edificada sobre el lugar donde antaño se elevó el templo de Salomón.



Jerusalén. Una vista de los alrededores.



cación, la comitiva regresa al monasterio; un acólita lleva el lebrillo de lavatorio junto al patriarca, y éste, mojando en el agua un ramo de flores, hisopea abundantemente a su paso a la multitud.

### La fiesta de los árabes.

Al mismo tiempo que los cristianos y los griegos, celebran su fiesta los árabes. Esta se llama *fiesta de Moisés* y parece que data su institución del tiempo de las Cruzadas, y fué pretexto que tomaron los musulmanes para reunirse en Jerusalén en la misma época en que acude allí tan gran número de cristianos, y sin duda para evitar que éstos se hiciesen dueños de la ciudad. La

tal festividad no es más que una peregrinación que, saliendo de la célebre mezquita de Omar, se dirige a cierto santuario a orillas del Jordán, donde los árabes creen que está enterrado Moisés. En ella toman partes mahometanos de todos los rincones de la tierra, árabes, marroquíes, indios y repugnantes aisauas, que van devorando escorpiones y desgarrándose las carnes por el camino, mientras las bandas de música lanzan al aire los sonos de sus instrumentos.

Antes todas estas ceremonias se celebraban bajo la inspección de soldados turcos que guardaban el orden. Hoy han sustituido a éstos las tropas inglesas que después de la guerra se han posesionado de los Santos Lugares.

## EL CARNAVAL EN XAUEN

Ha amanecido el domingo de Carnaval y su mañana es triste, fría; el sol se esconde tras celaje de nubes; dijérase que avergonzado de presenciar las tristezas del Carnaval en Xauen.

El campamento se despereza lentamente, y el pequeño mundo de casas de lona resurge de su nocturna quietud.

Es domingo de Carnaval: nadie lo dijera.

Pierrot no asoma por aquí su enyesada cara en cuyo rostro una mueca pudiera parecer de amargura y dolor; Colombina es mujer y teme las algaradas y agresiones y no gusta de otros ruidos que los del alegre cascabeleo del travieso Arlequín.

El soldado, desde la muralla, donde le colocara su indispensable vigilancia, añora pasados Carnavales en los que, en compañía de amigos y familiares, se regocijara en fiestas y escarceos.

Una bala que un «paco», siempre avizor, desde seguro escondite lanzara, roza el oído del bizarro centinela y, en su trágico silbido, parece que irónica murmura «Adios, que no me conoces».

Es la hora crepuscular y el enemigo entabla tiroteo que hay que rechazar; a nadie estraña. A estas horas también allá lejos, en España, se jue-

ga a las batallas y se remeda la triste realidad que aquí vivimos. Todo es cuestión de ambiente. Las carrozas se han convertido en atronadores cañones; los inofensivos proyectiles de serpentinas y confettis se trocaron en mortíferos plomos que hieren y destrozan; y, por último, solo aquí hay un Jurado sabio, único, inapelable; el Tribunal de Dios sapiente y recto, incorruptible y justo.

Los grotescos guiños de Pierrot y saltos de Arlequín suelen confundirse con las trágicas muecas del sufrimiento y las macabras piruetas que la impasible Parca, única máscara de éste Carnaval de la tristeza y el dolor, imprime a lo que, con su descarnada mano, como suyo señala.

Y al final de la jornada, cuando fijo en su puesto de la muralla, el soldado divisa las fogaratas que en el Campamento lucen, todavía le parece que, a sus rojos resplandores, bailan y se divierten, en horrisona algazara, pintorescos seres que crea su loca fantasía y presencia abigarrado desfile de odaliscas, gitanas, manolas y chisperos y de cuántas diversas figuras forman en las alegres filas del rey Momo que, erguido en su carroza, preside aquella danza que autoriza y bendice.

JAVIER ORTIZ GALLO







Tetuán.—La Judería.

## Recuerdos de Tetuán

# EN EL BARRIO DE LOS HEBREOS

Es el *Melaj*—lugar salado—el barrio donde viven agrupados los infelices judíos. Dentro de Tetuán, en sitio que antaño cercaron medrosos muros, han formado los israelitas un pueblo singular, de curiosa apariencia. Y resulta extraordinario y exótico también, el ver, como corazón de la moruna ciudad, blanca y misteriosa, este barrio de casas balconadas, altas puertas y alegres ventanales, buscando en su exterior arquitectura y en los colores de las fachadas un remedo de las castellanas habitaciones...

Porque los hebreos de Tetuán descienden de aquellos hebreos industrioses y serviles que España expulsó en sus incontinencias religiosas del siglo XV. Al cabo de tantos años, piensan todavía en un retorno venturoso, y así dicen en la vieja fábula que con cariño conservaron: *«Hisbanioles somos de Hisbania que por nuestros pecados somos salidos y venidos; pero Dios nos perdonará y tornará a do dejamos los huesos de nuestros padres»*

Yo he pasado repetidas veces por estas vías estrechas y mezquinas, aunque más pulcras y cuidadas que las morunas que las rodean. Y he sentido cierta secreta emoción al leer en sus rótulos, castellanos nombres, recuerdos indudables de otras más principales calles que en España dejaron: *caleyas* del Prado, de Bañaderos, de Alcaicería, *caleya* del Huerco o *caleya* de la Muerte...

Pero mi emoción ha subido de punto cuando he oído los acentos de un coro infantil que a voz en grito entona los pulidos versos de un roman-

ce castellano. Es un grupo de niñas que juegan, saltarinas, en torno de un columpio tendido en la arcada de bello patio andaluz. Las tiernas hebreas gozan por turno del suave balanceo, mientras cantan, satisfechas, bellos trozos de quintañona leyenda guardada cuatro siglos en la alacena de sus ensueños:

«La Reina salió a paseo  
por un arroyuelo arriba;  
se la encontraron los moros  
y la llevaron cautiva.»

¡Usos de España! ¡Romances de España! ¿No resulta grato este exquisito cuidado con que guardan los míseros tantos recuerdos de nuestra patria? Cuando he dejado la calle, aun conservo en mi oído el lánguido estribillo de la anciana leyenda que cantan inocentes las hijas del pueblo errante:

«Apártate, mora bella;  
apártate, mora linda...»

\*\*\*

En mí afán de conocer usos y costumbres de los habitantes de Tetuán, soy el curioso entrometido que en todas partes halla acomodo. Así, en pos de novedades, un día que he sabido ha de celebrarse estupenda boda entre israelitas de rumbo, he buscado un amigo complaciente que pueda darme entrada en el lugar de la fiesta.

Moisés Leví—así se llama este amigo—es un excelente comerciante que ejerce su industria en la entrada del *Melaj*. Son parientes suyos los pa-



dres del novio, y a ellos me ha presentado con grande requilorio. Desde este momento ocupo preferente lugar en la casa, y me será dero presenciar con toda comodidad la ceremonia.

La morada del contrayente se halla llena de una multitud abigarrada de hebreos y hebreas, en la que no faltan elementos españoles y alguno que otro moro. Vense allí mezclados en agradable confusión, los tonos negros, grises y azules de las túnicas y hopalandas, con el albo clarear de un albornoz y los orgullosos dorados del uniforme español. En un lado, queriendo sustraerse a la escrutadora mirada de los hombres reunidos, se halla el más bello adorno de la reunión: un grupo de jóvenes hebreas que lucen, satisfechas, los vistosos trajes de los días de gala.

Son estos vestidos de gala sunfuosos trajes de extraordinario valor, que se conservan en las familias israelitas como monumentos de riqueza. Consisten en un cuerpo o chaleco de terciopelo con mangas muy cortas, cubierto con ricas aplicaciones de bordados de oro, una falda de dos paños abiertos y sobrepuestos que se sujetan a la cintura por multicolor faja de vivas tonalidades, y sobre la falda, en su parte anterior, un grande triángulo de paño distinto o también bordado en oro con irregular y caprichoso dibujo.

Las jovencitas muestran bajo exóticos sombreros su cabellera rizada y abundosa. Las de mayor edad usan toca recogida que apenas presenta escaso mechón de sus cabellos. Es negro, extremadamente negro, el cabello de todas estas señoras, y como muchas veces no se halla en concordancia con la tez de la persona, he creído al principio en el uso de alguna tintura.

Acerca de ello le he preguntado a Leví. Resulta, según sus confesiones, que lo que se observa bajo las focas no son sino sendas trenzas de pelo de seda con que cubren el pelo natural, porque es regla de conducta entre los hebreos, que ninguna otra persona que el marido pueda ver ni uno solo de los cabellos de la mujer honesta.

También me ha chocado el que los gorros de todos los hombres tengan indefectiblemente un doblez estafalario en su parte posterior. Mi ami-

go me ha explicado que ello fué afrentosa imposición de los marroques, que, además, obligaron en tales prendas el uso del color negro, símbolo de calamidades.

\*\*\*

Los concurrentes se han agrupado hacia la puerta de lujosa habitación frontera al patio. Es que llega la novia acompañada de curioso séquito y una música infernal. Pintada, escandalosamente pintada, viene ahora del baño, donde las iniciadoras le han mostrado en ridículos y poco edificantes trámites el porvenir que el matrimonio le reserva. La pobre mujer, que ha debido mantenerse inmóvil y con los ojos cerrados durante el trayecto, pasa a un cuarto separado en espera del representante de la ley.

Aquí esta el *rabino*. Las plañideras contratadas

al efecto, previa señal de la madrina, han dado el grito de júbilo, estridente e inarmónico como una carcajada histórica. Otra vez han lanzado sus gargantas el desagradable alarido, y a su evocación aparece la desposada, que sigue, cerrados los ojos, en una rigidez de estatua. Conducida por doncellas se la lleva a la cámara del trono, que consiste en una gran silla para la novia rodeada de dos más bajas, donde se sientan

los padrinos. Allí ha de oír la lectura de los ritos de la ley y del contrato de su boda.

El tal documento, según pude observar, es un verdadero primor caligráfico, que examina detenidamente el rabino. El más pequeño tilde, la más insignificante falta en la escritura, basta para que sea rechazado y el casamiento no se realice. Dicen que cuando alguna de las partes no halla el matrimonio a su entera satisfacción, ese documento es hallado siempre con algún error inadmisibile. Así, subrepticamente se gana tiempo para desistir del lance o resolver a satisfacción cualquier punto dudoso.

No ha habido inconveniente en la lectura. Terminada, la novia ha presentado una bandeja, donde son depositadas cinco lucientes monedas. Las monedas serán dedicadas al encargo de las preces y oraciones, y son cinco, precisamente cinco, porque este número cabalístico evitará



Por las vías estrechas y mezquinas pasean confundidos moros y judíos en curiosa mescolanza.



a la bella desposada las funestas consecuencias del mal de ojo.

En el patio ha comenzado la alegre zambra con el danzar de unas bailarinas. Cada uno hemos recibido la bolsa clásica con los dulces tradicionales. Empiezan a circular los *higos en almíbar* y un brebaje especial formado con aguardiente y miel en partes iguales. Suena la música en melancólica sonata y entonan las plañideras sus cantos sentimentales...

Dispuestos a aceptarlo todo, hemos de confesar, sin embargo, que el higo en almíbar, tal como está preparado, resulta un diabólico manjar, tan imposible de comer, que me ha hecho presenciar una graciosa y entretenida escena. Un muchacho español que a mi lado se halla tiene todavía en la mano la desagradable confitura, y sin plato ni lugar donde arrojarla, no sabe qué hacer para deshacerse de ella. Como ofreciéndole solución, pasan en este momento los moros mostrando el huelgo atrayente de las capuchas de sus albornoces. Ejecutando la diablura, ha levantado taima-

damente la mano con el dulce, y simulando un pequeño encontronazo, lo ha dejado caer en la nítida capucha. Habrá que ver el asombro del moro cuando en su casa se encuentre con tan empalagoso regalo. Algún hebreo inocente pagará de seguro las consecuencias de esta burla...

No hay más que observar, y dejo, tras repetidas saluciones, la casa nupcial, donde aun durará buen rato la alegre trapatista. Al dejar la puerta me han hecho notar la presencia de un tubo de latón que cuelga del pulido alféizar. Es el tubo de los *tefelines* (salmos de la Biblia), donde es fama tocan los judíos al salir de casa, pidiendo al Dios de Israel que no les permita volver a mirarlo sin haber honrado el día engañando a alguno que no sea de su raza...

Vicente Valen de Bernabé

## Los Borbones excluidos del Trono

### Carlos V, Carlos VI, Juan I, Carlos VII y Jaime III.

Carlos María Isidro de Borbón y de Borbón, décimo hijo de Carlos IV, fué aclamado por sus partidarios como el V de los Carlos en el Trono de San Fernando. Nació en Madrid el 28 de marzo de 1788 y murió en Trieste (Italia) el 10 de marzo de 1855.

El 1.º de octubre de 1833 publicó el Manifiesto de Abrantes proclamándose Rey de España. Concluida la primera guerra civil con la paz de Vergara, don Carlos pasó a Francia fijando su residencia en Bourges. El 18 de mayo de 1845 abdicó en su hijo Carlos, tomando el título de Conde de Molina.

Casó con María Francisca de Asís de Braganza, hija de Juan VI de Portugal; viudo de ésta, contrajo matrimonio con su hermana María Teresa de Braganza. De este segundo enlace no hubo sucesión; del primero nacieron Carlos, Juan y Fernando.

\*\*\*

Carlos de Borbón y de Braganza, primogénito del primer enlace de Carlos V, nació en Madrid el 31 de Enero de 1818 y murió en Brunsee (Styria) el 13 de enero de 1861.

El 10 de julio de 1850 casó con la Princesa Carolina de Borbón, hermana de Fernando II, Rey de Nápoles; de este enlace no hubo sucesión.

\*\*\*

Segundogénito del primer enlace de Carlos V sucedió a su hermano Carlos VI. Nació en Aranjuez el 15 de mayo de 1822 y murió en Brighthelm el 18 de noviembre de 1887.

Casó con María Beatriz Austria-Este (hija segunda de Francisco IV, Duque de Módena) habiendo sucesión en Carlos y Alfonso.

El 3 de octubre de 1868 renunció en París a favor de su hijo Carlos.

\*\*\*

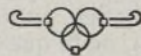
Carlos de Borbón y Austria-Este, nació en Laibach el 30 de marzo de 1848 y murió en Varese (Italia) el 18 de julio de 1909.

Casó con Margarita de Borbón, hija de Carlos III, Duque de Parna, teniendo por hijos a Blanca, Jaime, Elvira, Beatriz y Alicia; por segunda vez contrajo matrimonio, sin tener sucesión, con María Berta de Rohan, Princesa de Rohan.

\*\*\*

Jaime de Borbón y Borbón, hijo de Carlos VII, nació en Vevey (Suiza) el 27 de junio de 1870.

TENIENTE CORONEL GARCÍA PÉREZ





## ESPAÑA Y AMÉRICA

### Magallanes y sus descubrimientos

#### Quién era Magallanes.

Magallanes, aunque naturalizado español, no había nacido en España.

Hernando de Magallanes era hijo de un gentil hombre portugués y había sido educado en la casa del rey don Juan II, donde recibió una educación tan completa como podía dársele en aquella época. Después de haber estudiado de una manera muy especial las matemáticas y la navegación, abrazó aún muy joven la carrera de la marina y se embarcó en 1505 con Almeida que pasaba a las Indias.

Marchó después a guerrear al Africa, a Azamor, ciudad de Marruecos, donde recibió en la rodilla una herida ligera que interesándole, sin embargo, un nervio, le dejó cojo para el resto de su vida y que le obligó a volver a Portugal.

Magallanes se resintió por el injusto tratamiento que recibió del rey Manuel con motivo de algunas quejas formuladas por los habitantes de Azamor contra los oficiales portugueses.

En breve las malas disposiciones del rey Manuel, se cambiaron en una aversión verdadera que se tradujo en una imputación odiosa, cual era la de que para escapar a acusaciones irrefutables, fingía Magallanes sufrir de una herida sin consecuencias, de la que estaba completa-

*Se halla ya de vuelta la Misión española que presidida por S. A. R. el Infante D. Fernando y por el exministro D. José Francos Rodríguez fué a Chile para asistir a las fiestas conmemorativas del cuarto Centenario del descubrimiento por Magallanes del estrecho de su nombre que pone en comunicación los mares Atlántico y Pacífico. Consideramos de gran interés para nuestros lectores la siguiente recopilación de los principales episodios de la vida del audaz navegante.*

mente curado. Semejante aserción era grave para el honor tan susceptible y limpio de Magallanes. Así es que se determinó a tomar entonces una resolución extrema. Para que nadie pudiera ignorar-

lo, hizo constar en un acta auténtica, que renunciaba a sus derechos de ciudadano portugués, cambiaba de nacionalidad y tomaba en España cartas de naturaleza, proclamando solemnemente que quería ser tratado como súbdito de la corona de Castilla, a la cual quería consagrar en lo sucesivo sus servicios y su vida entera.

Magallanes expuso a Carlos V su proyecto de ir a las Molucas por una vía nueva cuyo secreto guardaba, con lo cual resultarían grandes beneficios para la corona de España, y aceptado el proyecto por el Emperador se firmó un convenio el 22 de Marzo de 1518, y el 10 de Agosto del año siguiente se hallaba en el puerto de Sanlúcar de Barrameda al frente de su flota dispuesto a hacerse a la mar.

#### La escuadra de Magallanes.

Componíase la escuadra de Magallanes: de la *Trinidad*, de cien-  
pabellón del comandante de la expedición; del *San Antonio*, igualmente de ciento veinte toneladas, mandado por su segundo Juan de Cartagena,



Vista del monumento a Magallanes erigido en Punta Arenas (Chile) para conmemorar el cuarto centenario del paso por el Estrecho, a cuya inauguración ha asistido la Misión española presidida por el Infante D. Fernando.

to veinte toneladas, y en la cual se enarbolaba el



la persona conjunta de Magallanes, como dice la cédula; de la Concepción, de noventa, mandada por Gaspar de Quesada; de la famosa Victoria, de ochenta y cinco al mando de Luis de Mendoza; y por último, del Santiago, de setenta y cinco al mando de Juan Serrano.

El total de hombres era de doscientos treinta y siete, de los cuales treinta y tres eran portugueses.

Para la expedición no faltaba ninguno de los recursos que podían facilitar el arte náutico de la época. En el momento de la partida entregó Magallanes a sus pilotos y capitanes sus últimas instrucciones, así como las señales que debían asegurar la simultaneidad de las maniobras e impedir una separación posible.

El 20 de Septiembre de 1519 salió definitivamente a la mar, la escuadra de Magallanes. Seis días después fondeaba en Canarias donde hizo su primer repuesto de leña y agua.

### El primer incidente.

Al abandonar las islas Canarias se produjo el primer incidente entre Magallanes y Juan de Cartagena. Pretendía el último que debía ser enterado por el comandante en jefe del rumbo que pensaba hacer, pretensión que rechazó Magallanes, declarando no tener que dar cuenta de ninguna especie a su subordinado.

El choque sobrevino enseguida. En un consejo celebrado a bordo del buque almirante, se suscitó una viva discusión, y Juan de Cartagena, contestó con altivez e insolencia. Vióse Magallanes obligado a arrestarle por sí mismo y a hacerle poner en el cepo, instrumento compuesto de dos pedazos de madera superpuestos y con agujeros de trecho en trecho, en los cuales entraban las piernas del marinero a quien se quería castigar.

Contraeste castigo, demasiado humillante para un oficial superior, reclamaron vivamente los demás capitanes, y consiguieron que Cartagena quedase arrestado nada más bajo la custodia de uno de ellos.

Sin más novedades siguieron las cosas hasta llegar al Brasil donde la flota echó el ancla el 13 de Diciembre de 1519 en el magnífico puerto de Santa Lucía, conocido hoy con el nombre de Río Janeiro.

### Magallanes y los patagones.

Después de Río Janeiro, siguió Magallanes la costa hasta llegar a un magnífico puerto en el que resolvió invernar y al que puso el nombre de San Julián.

Dos meses llevaban en aquel sitio los españoles cuando un día vieron a un hombre que les pareció de una magnitud gigantesca. Al ver a los españoles comenzó a bailar y a cantar echándose tierra en la cabeza. Era un patagón y se dejó llevar sin resistencia a los buques. Al ver cuanto en ellos le rodeaba manifestó la más viva extrañeza; pero nada le sorprendió tanto como un gran espejo de acero que le presentaron. «El gigante, que no tenía la menor idea de aquel mueble y que sin duda por la primera vez veía su rostro retro-

cedió tan asustado que derribó por tierra a cuatro de nuestros hombres que estaban detrás de él.» Volvió a tierra cargado de presentes y la excelente acogida que recibió determinó a sus compañeros en número de diez y ocho, trece mujeres y cinco hombres, a subir a bordo. Grandes, con el rostro ancho y teñido de rojo, excepto los ojos que estaban por círculos amarillos, con los cabellos blanqueados con cal, iban envueltos en enormes pieles y llevaban anchos zapatos de piel, lo cual hizo que se les diera el nombre de pies grandes o patagones. Sutamaño, sin embargo, no era tan gigantesco como pareció porque varía entre 1,92 y 1,72 metros, lo cual, sin embargo, excede al tamaño ordinario de los europeos. Por armas tenían un arco corto y macizo y flechas de caña cuya punta estaba formada por un guijarro cortante.

El capitán para retener a dos de aquellos salvajes que quería llevar a Europa usó de una superchería que en el día calificaríamos de odiosa, pero que en el siglo XVI no tenía nada de particular, pues que se consideraba en todas partes a los negros y a los indios como especie de animales. Los cargó de presentes, y cuando los vió muy cargados ofreció a cada uno de ellos uno de esos anillos que sirven para encadenar. De buena gana se lo hubieran querido llevar porque estimaban el hierro más que todo lo demás pero tenían las manos llenas; y entonces se les propuso que se los atarían a las piernas, lo cual aceptaron sin desconfianza. Cerraron entonces los anillos los marineros de modo que los salvajes se encontraron encadenados y nada puede dar idea de su furor cuando comprendieron aquella estratagema que los convirtió en esclavos.

### El paso del Estrecho.

Después de mil incidencias y de haber tenido que sofocar una gran revuelta para ahogar la cual hubo de ejecutar a uno de los capitanes Luis de Mendoza y abandonar a Cartagena con cuarenta marineros en una playa deshabitada el 21 de Octubre según unos autores, y el 27 de Noviembre según otros, la flotilla penetró por un pequeño brazo de mar en un golfo en cuyo fondo se abría un estrecho que como en breve se vió desembocaba en el mar del Sur. Llamóse inmediatamente aquel estrecho de las Once mil Vírgenes, porque aquel día les estaba consagrado. A uno y otro lado de aquel estrecho se levantaban tierras elevadas y cubiertas de nieve en las cuales se veían muchas hogueras, sobre todo en la de la izquierda, pero sin que pudieran entrar en comunicación con los indígenas.

Después de una navegación de 22 días a través de aquella sucesión de canales y brazos de mar, anchos tan pronto de cinco como de veinte kilómetros, que se extienden en una longitud de 440 millas y cuyo conjunto ha recibido el nombre de estrecho de Magallanes, desembocó la flota en el mar inmenso que tomó el nombre de Pacífico porque en cuatro meses no fué turbado por ninguna tempestad.



### Magallanes en las Islas Filipinas.

Después de mil privaciones arribaron los navegantes a unas islas que llamaron de los ladrones por la propensión singular que tenían para el robo sus habitantes y luego a las islas que se llamaron primero de San Lázaro nombre que fué cambiado después por el de Filipinas en honor de Felipe II.

Cuenta Pigaffeta, en esta forma la llegada a Filipinas:

«El rey subió a bordo con seis u ocho de sus principales súbditos, y llevaba al capitán general algunos presentes, en cambio de los cuales recibió una túnica de tela roja y amarilla hecha a la turca y un gorro de escaleta fina, en tanto que a las personas de su séquito se las regalaba espejos y cuchillos. Se le enseñaron las armas de fuego y se dispararon algunos cañonazos, lo cual le asustó mucho. Luego Magallanes, hizo armar con todas las piezas de la armadura a uno de nosotros y mandó a tres hombres que pegasen fuertes sablazos y golpes con verduguiño para demostrar al rey que nada podía herir a un hombre armado de aquella manera, lo cual le sorprendió mucho; y volviéndose hacia el intérprete, dijo, por medio de él, al capitán que un hombre armado de aquella manera podía combatir contra ciento. — Sí, respondió el intérprete en nombre del comandante, y cada uno de los tres buques tiene doscientos hombres armados así. Muy admirado el rey de todo lo que había visto, se despidió de capitán rogándole que enviase con él a tierra dos de los suyos para enseñarles algunas particularidades de la isla.» Le dijo: «Que se encontraban en su isla pedazos de oro tan grandes como nueces, y hasta como huevos, mezclados con la tierra, que se cribaba para encontrarlos, y que todos sus vasos, y hasta algunos ornamentos de su casa eran de este metal.

El día de la Resurrección bajaron a tierra para celebrar la misa después de haber construido en la orilla una especie de pequeña iglesia con velas y ramajes de árboles. Se había levantado un altar y durante todo el tiempo que duró la ceremo-

nia religiosa, el rey, con una gran afluencia de su pueblo, escuchó en silencio, e imitó todos los movimientos de los españoles. Colocóse después con gran aparato una cruz en una colina, y se llevaron anclas para dirigirse al puerto de Cebú que era el más propio para abastecer los buques y traficar. Llegaron a él el domingo 7 de Abril. Magallanes hizo enseguida bajar a tierra a uno de sus oficiales con el intérprete como embajador cerca del rey de Cebú. El enviado explicó que el jefe de la escuadra estaba a las órdenes del mayor rey de la tierra, y añadió que el objeto del viaje eran las islas Molucas; pero que deseando visitarle al mismo tiempo que tomar algunas provisiones en cambio de mercancías,

había detenido en aquel país al que venían como amigos.

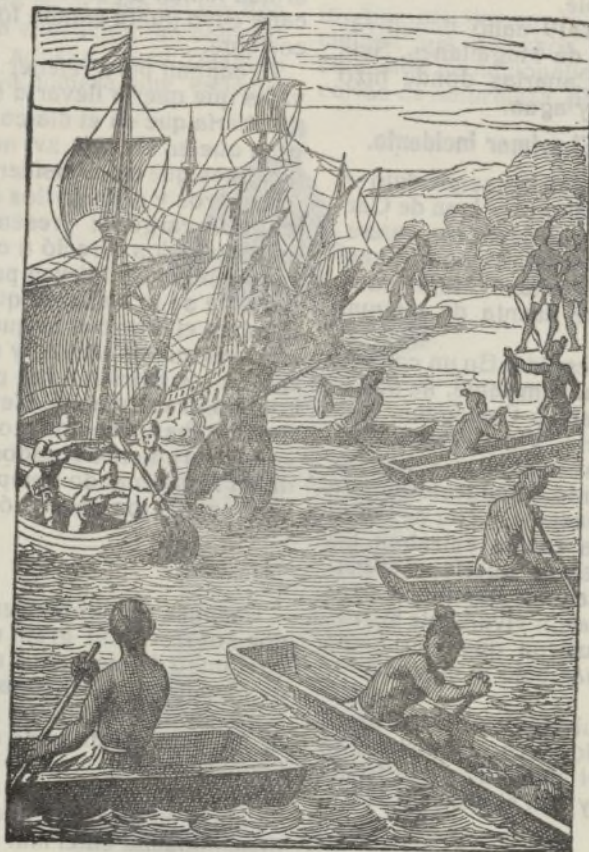
«Que sean bien venidos respondió el rey pero si tienen la intención de traficar, deben pagar un derecho a cual están sometidos todos los buques que entran en mi puerto como lo ha hecho el junco de Siam que vino a cargar oro y esclavos, y como puede alegar un comerciante moro que se ha quedado en el país.»

Respondió el español que su señor era un rey demasiado grande para someterse a semejante exigencia, que habían venido con intenciones pacíficas pero que si quería la guerra se encontraría con quien habérselas.

Advertido el rey de Cebú por el comerciante moro del poder de los que se presentaban y de lo que podían hacer consintió al fin renunciar a sus pretensiones.

### La muerte de Magallanes.

Cerca de la isla de Cebú hay otra isla llamada Mactán, que tenía dos jefes; el uno había reconocido la autoridad de los españoles, el otro la había rehusado y Magallanes resolvió imponérsela. El 26 de abril, un viernes, tres chalupas con sesenta hombres armados de corazas, cascots y mosquetes y unos treinta *barangais*, entre los cuales iban el rey de Cebú, su yerno y gran cantidad de guerreros partieron para la isla de Mactán. Esperaron los españoles el día y saltaron al agua en número de cuarenta y nueve, porque



Copia de un grabado antiguo que representa la flota de Magallanes al arribar a las islas de los Ladrones.



las chalupas no podían acercarse a tierra a causa de las rocas y de los bajos. Más de quinientos indígenas les esperaban y se arrojaron en seguida sobre ellos, en tres batallones, atacándoles por el frente y por los flancos. Los mosqueteros y los ballesteros, tiraron desde lejos sobre la multitud de guerreros sin hacerles gran daño, porque estaban protegidos con escudos. Acribillados a pedradas, a flechazos, a lanzadas, acosados por el número pusieron fuego los españoles a algunas casas para asustar e intimidar a los naturales, pero estos encarnizándose más con la vista del incendio, redoblaron sus esfuerzos y acometieron por todos los lados a los españoles, que se veían muy apurados para resistirles. No tardaron mucho tiempo en observar los indígenas, que todos los golpes que dirigían a las partes del cuerpo de sus enemigos, protegidas por la armadura, no les herían y se decidieron a lanzar sus flechas y dardos, contra la parte inferior del cuerpo que estaba sin defensa. Herido Magallanes en una pier-

na, con una flecha envenenada, dispuso la retirada de las fuerzas españolas y barangais. Con gran trabajo retrocedían combatiendo para tomar las chalupas y ya les llegaba el agua a las rodillas, cuando se arrojaron muchos insulares a la vez sobre Magallanes, que herido en un brazo, se hallaba en la imposibilidad de sacar su espada y le dieron en la pierna tal sablazo, que cayó en el acto al agua, donde no les costó gran trabajo acabar con él. Así murió el ilustre Magallanes, el 27 de abril de 1521. «Estaba adornado de todas las virtudes, dice Pigafetta, y siempre mostró una constancia inquebrantable aun en medio de sus mayores adversidades. En la mar se condenaba a sí mismo a mayores privaciones que el resto de su tripulación. Versado más que ningún otro en el conocimiento de las cartas náuticas, poseía perfectamente el arte de la navegación, como lo probó dando la vuelta al mundo, cosa que ningún otro se había atrevido a hacer antes que él.»

## ¡SANGRE!

Apólogo que parece cuento o cuento que parece apólogo. O ni lo uno ni lo otro.

Tenaz y cautelosa perseguíale la Miseria acachándole, siguiéndole los pasos.

De improviso, un día se presentó frente a él amenazadora, siniestra, extendiendo agresiva sus escualidos brazos, con los dedos agarrotados y dispuesta a hacer presa en su garganta para axfisiarle.

Un joven alto, arrogante, rebotando salud, con la satisfacción y la alegría retratadas en su sonrosado semblante acercóse a él tratando de librarle de la amenazadora arpía.

—¿Quién eres?—le preguntó el hampón.

—Soy el Trabajo—Mis brazos te ampararán. Ven conmigo.

—Nunca—rugió el miserable—Yo no he nacido para esclavizarme... Vete de aquí.

Retirose el mozo avergonzado. Un hombre de aspecto feroz, de barba negra y enmarañada, de ojos grandes y vidriosos de los que salían chispas de fuego se presentó en escena diciendo:

—Yo te salvaré.

—¿Quién eres?

—El Odio. Yo proporciono el placer de la venganza, yo llevo en mis venas el germen voluptuoso de la destrucción. Mata, derrama sangre, mucha sangre y te salvarás.

Y el hampón echó a correr como un demonio poseído del vértigo del furor gritando:

—¡Sangre, sangre!...

\*\*\*

Se sintió desfallecer. Las ansias de matar, de

destruir abrasaban su cerebro. Necesitaba armas. El hambre le atenaceaba implacable.

Pasó junto a un figón nanseabundo, un tugurio infecto y repugnante, refugio del hampa canalla. Pediría un arma a cualquiera de aquellos miserables.

Débil, exhausto y desvaído sentose junto a una pingosa y empolvada mesa.

—¿Qué quieres?—le preguntó un hombre panzudo, atlético, grosero, de aspecto repulsivo.

Y el hampón, escupiendo sus palabras con toda la hiel del odio que emponzoñaba su alma, contestó:

—¡Sangre!... Quiero sangre.

—¿Sangre? Ahora mismo.

Y puso ante él un plato desportillado en el que humeaba un guisote de sangre frita con pimienta y cebolla (!)...

\*\*\*

El hampón sonrió ante aquella ironía y comió, devoró con avidez. A poco, el tabernero se le aproximó para cobrar el importe del yantar modesto. Y ante la insolencia del nuevo cliente le soltó dos bofetadas apocalípticas.

Las nieblas que momentos antes oscurecían el cerebro del hampón, se disiparon como por encanto con el confortable guisote de la carne y las bofetadas del postre.

Desde entonces no deseó más sangre.

Y en lugar de pedir armas, pidió trabajo...

Federico Reaño.





## CUENTOS MILITARES



### ...Y POR CONSIGUIENTE, ¡VIVA EL REY!

El coronel Lantueno no había pronunciado en público dos palabras seguidas, cuando por azares del mando tuvo la precisión de arengar a sus tropas enalteciendo sus virtudes cívicas y alentándolas noblemente en el honroso cumplimiento de sus marciales deberes.

Hombre esclavizado por sus obligaciones, entendía que por razón de su cargo tenía el ineludible deber de dirigir a sus soldados una vibrante alocución en el acto solemne de jurar la bandera los nuevos reclutas; era un número imprescindible del programa, y todos los años, en los cuatro que llevaba mandando el regimiento, sufría en vísperas de tal festividad el nerviosismo prologador de aquel rato terrible en que ponía a dura prueba su escasa facundia.

Y no es que Lantueno fuese torpe, ni mucho menos; Lantueno era un coronel todavía joven, con un buen barniz de técnica marcial, con muchos y muy nobles entusiasmos, con una cultura general, si no muy amplia, lo suficientemente discreta para evitarle los sinsabores de aparecer en su trato íntimo como un ignorante; pero en lo tocante a hablar en público, Lantueno era un marmolillo y tenía la virtud de reconocerlo, por lo que con razón temblaba cada vez que no hallaba medio legal de eludir el compromiso de pronunciar en voz alta frases distintas de las consignadas en el Reglamento táctico.

Por eso mismo que se conocía, daba todas las órdenes por escrito, y si en algún caso perentorio, la necesidad inaplazable de una prevención, la improvisación oportuna de un dispositivo o el

comentario circunstancial de una maniobra le obligaban a hablar ante sus oficiales, procuraba dar a sus palabras entonación meramente familiar, y en todo caso ponía colofón a su perorato con formulismos de este jaez:

«Lo que participo a ustedes para su conocimiento y efectos consiguientes».

O bien con aquello de:

«Sirviéndose ustedes dar cumplimiento de la presente orden verbal en el más breve plazo posible».

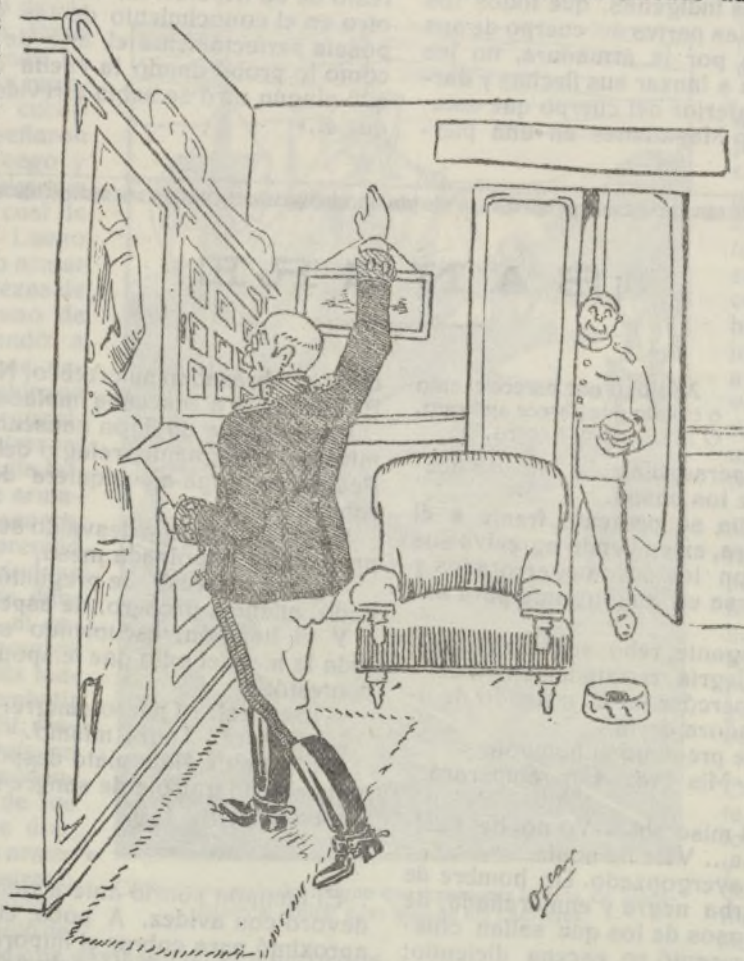
Cuanto que alguna vez agregó distraídamente:

«Dios guarde a ustedes muchos años».

Lantueno tenía el defecto de la falta de expresión oral desde sus años mozos. Tantas veces como joven y viejo intentó piroppear a alguna de las muchas señoras que con su contoneo jacarandoso o con sus miradas provocativas van solicitando por esas calles la gracia de un piropo, otras tantas se le afarrugó la frase en la garganta y no salió a flor de labio más que una flojez insulsa o una grosería disfrazada.

Eso sí, soñando, era el rey de la elocuencia y le salían unos párrafos elegantemente floridos y sentuosamente afligranados; pero una vez despierto, el formulismo oficial, y gracias.

Cuando se acercaba la festividad de la jura, Lantueno se encerraba en su domicilio y habitación y suspendía por unos días todo trato externo. Ante el espejo del armario de luna ensayaba posturas y ademanes y recitaba con énfasis los párrafos de su patriótica alocución; de la misma manera que la pergeñara el primer año y que nin-





guno había llegado en la práctica a seguro puerto de salvación.

Las primeras parrafadas salían sin tropiezo; pero luego, ya era su esposa que iba a abrir el armario y quieras o no había de explicarle con lujo de detalles las causas que le obligaban a quebrantar la consigna de aislamiento dada por Lantueno; ya era el ordenanza que trataba de explicarle la inapetencia de su caballo; ya la cocinera, que para mayor trastorno cerebral del presunto orador, entonaba con chillona voz el popular cuplé de la banderita empapada en vino de Jerez y vinillo de Rioja, y nuestro hombre se enfurecía, amenazaba colérico al ordenanza con darle la cuenta y a la cocinera con meterla en el calabozo. Los últimos párrafos no había medio humano de recitarlos, a menos que buscara Lantueno la soledad inmovible de la Trapa.

En aquellos días de forzado ensayo oratorio, era raro el jefe, oficial, clase o soldado que no sentía necesidad de pedir algo al jefe. Este, por ahorrar palabras, usaba en la contestación a los requerimientos de un monosilabismo desconcertante, que no admitía réplica. No era en aquellos instantes el jefe afectuoso y cortés, tan parco en los elogios como conciso en las reprensiones, pero siempre afectivamente amable. Ahora, sorprendido en estos ensayos oratorios, resultaba desabrido, desatento y descortés. No podía reprimir un gesto que era una despedida.

Y nuestro hombre se cuadraba ante el espejo y empezaba de nuevo la consabida peroración:

«Soldados: Acabáis de realizar el acto más trascendental de vuestra vida. No olvidéis nunca este solemne momento en que habéis sellado con un beso en el signo sacrosanto de nuestra redención el sagrado juramento de defender los patrios intereses mientras corra por vuestras venas una gota de sangre.

—¿Da usía su permiso?

—¡¡ Siii...!! Una gota de sangre.

—¿Dónde, dónde? Yo no veo nada, mi coronel.

—¿Quieres dejarme en paz?

—Es que venía a ver si me dejaba usía salir un ratejo.

—Y no vuelvas... Una gota de sangre... Nada, que otra vez me he perdido. Echaré el cerrojo.

Y de allí a poco aporreaba la puerta la cocinera en demanda de permiso para salir también otro ratejo, como el ordenanza.

Nada; que no era posible gozar de la precisa tranquilidad para aquel ensayo de elocuencia.

Llegó el temido y anhelado día. Siguiendo tradicional costumbre en la localidad, y para rodear al acto de la jura de la patriótica solemnidad conveniente, el patio del cuartel resplandecía por su pulcra policía. En las galerías del piso principal, fronterizas con las oficinas y pabellones, se apiñaba sobre la balaustrada un espléndido racimo de lindas señoritas afaviadas con sus primaverales y vaporosas toaletas; abajo, a ambos lados del altar, se agrupaban autoridades e invitados, luciendo su más espléndida indumentaria. Por todas partes tapices, colgaduras, marciales trofeos, en los que había probado su actividad artística el teniente Regúlez, y frente al altar, el regimiento formado, a las órdenes de Lantueno.

Terminó la misa y dió comienzo la solemnidad de la jura, con el formulismo de ritual.

Primero el beso en la cruz de la seda y el acero, y luego, al compás de alegre pasacalle, el desfile rápido bajo el arco protector de acero y seda, y a un toque de atención prolongado, sucedió el silencio, impretado más vivamente con repetidos siseos.

El coronel Lantueno, luciendo todas sus condecoraciones, se adelantó, saludó a las autoridades, y cuadrado enérgicamente frente a los neófitos, empezó su alocución con briosos tonos y firme seguridad.

Pero después de los primeros párrafos, flaqueó su pícara memoria y comenzaron las repeticiones, los tropiezos y los titubeos, y los párrafos salían ya deslabazados e inconexos, aumentando más cada vez las dificultades de continuar el discurso hasta su punto final.

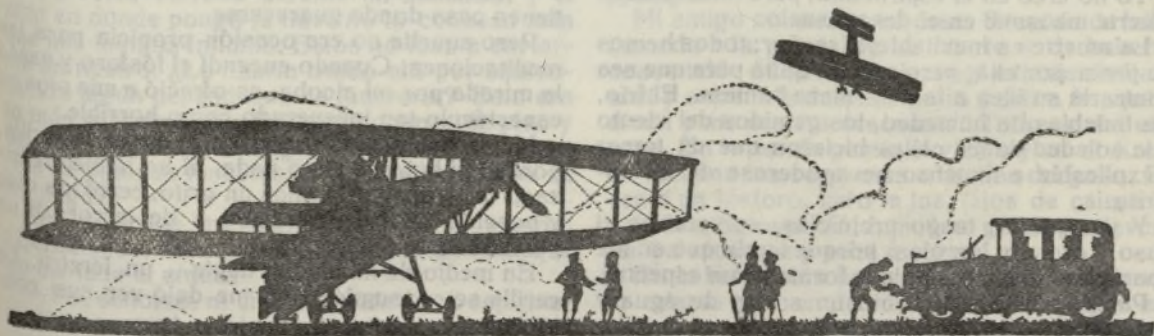
Lantueno recordaba solamente el orden de los párrafos y los respectivos comienzos. Llegó a uno que empezaba diciendo:

«Hoy es día de júbilo, y por consiguiente...»

Y atarugado, confuso, en plena derrota por su comprobada falta de memoria y de elocuencia, dijo por fin:

«Hoy es día de júbilo, y por consiguiente..., y por consiguiente, ¡Viva el Rey! y ¡Viva España!»

AURELIO MATILLA.





## CUENTOS ESLAVOS

# Una noche extraordinaria

Ivan Petrovitch Panijidin palideció, apagó el quinqué y dijo con voz temblorosa:

—Espesa niebla envolvía la ciudad aquella noche. Era Nochebuena, y acababa de asistir a una sesión de espiritismo en casa de un amigo, hoy difunto. Las calles transversales por donde tenía que pasar carecían de alumbrado, y más de una vez tuve que andar a tientas.

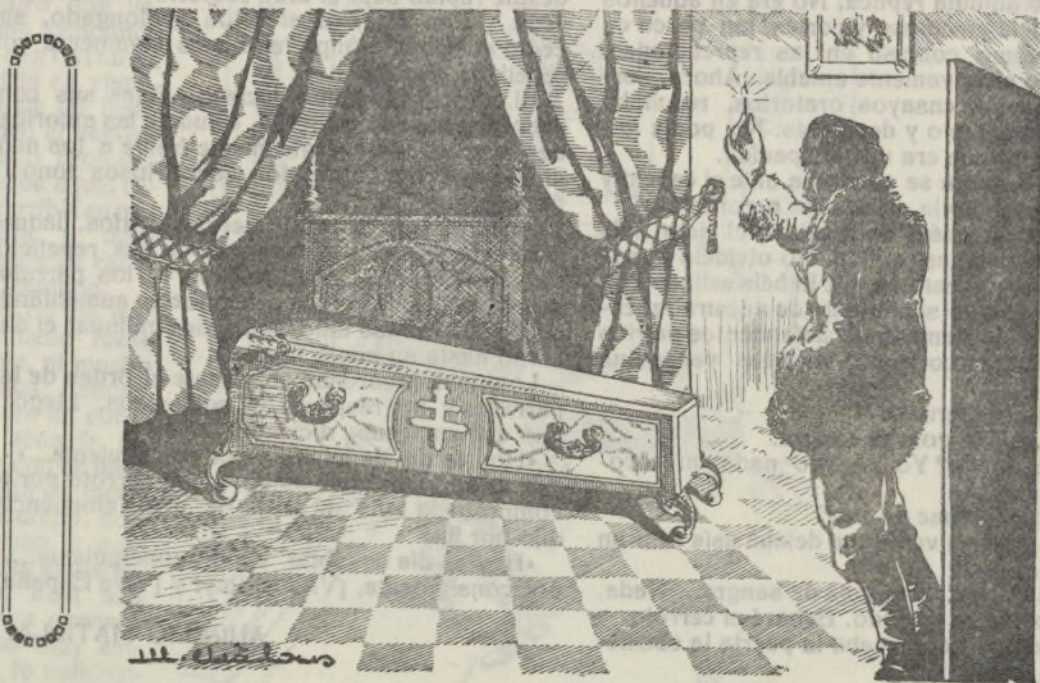
Vivía yo en casa de un empleado que se llamaba Trupof, en una de las barriadas más solitarias de Moscú. Mis pensamientos eran lúgubres.

«Tu vida se acerca a su término», me había dicho aquella noche el espíritu de Spinoza. Rogué que le hiciesen repetir esas palabras, y el filósofo, no solamente las repitió, sino que añadió: «mañana por la noche».

—Ese inexplicable terror, que comprenderéis perfectamente, no me abandonó al llegar al cuarto piso en que habitaba Trupof, ni siquiera al entrar en mi habitación. La obscuridad más profunda reinaba en ella. El viento descendía, plañidero, por el cañón de la estufa, y hacía chirriar la puertecilla de hierro como pidiendo calor.

—Si no ha mentido Spinoza—pensé—estos serán los lamentos que acogerán mañana mi fallecimiento. Sin embargo, es difícil que me muera tan pronto.

Encendí un fósforo. Una ráfaga de aire se abatió sobre el tejado, y el lastimero llanto del viento se convirtió en alaridos. Una ventana a medio cerrar golpeaba a impulsos del aire, y la puertecilla de mi estufa gemía dolorosamente.



Yo no creo en el espiritismo, pero la idea de la muerte me sume en el desconsuelo.

La muerte es inevitable, sí, señor; todos hemos de pasar por ella; pero eso no quita para que sea contraria su idea a la naturaleza humana. El frío, las tinieblas, la humedad, los gemidos del viento y la soledad de las calles hicieron que un terror inexplicable e inmenso se apoderase de mi espíritu.

Y yo, que no tengo prejuicios, apresuraba el paso y cerraba los ojos, porque temía que se me apareciese la muerte bajo la forma de un espectro.

Panijidin suspiró, bebió un sorbo de agua y prosiguió:

—Mala noche hace—pensé—para los que no tienen casa donde guarecerse.

Pero aquella no era ocasión propicia para las meditaciones. Cuando encendí el fósforo y paseé la mirada por mi alcoba, se ofreció a mis ojos un espectáculo tan inesperado como horrible.

Mejor hubiera sido que se apagase la cerilla, porque ni hubiera visto nada, ni se hubieran erizado mis cabellos. Lancé un grito, cerré los ojos y poseído de desesperación y de terror, di un paso hacia la puerta.

En medio de mi alcoba había... un féretro. La cerilla se consumió; pero me dejó ver sus contornos.



Era color de rosa y tenía galones dorados y una cruz también dorada sobre la tapa. Cosas hay que se quedan grabadas en la memoria, aunque solo se las haya visto un instante.

Esto me sucedió a mí. No vi el féretro más que un instante, pero recuerdo todavía hasta sus más insignificantes detalles. Parecía estar destinado a una persona de mediana estatura; a una joven, puesto que era de color de rosa. La rica tela, los esbeltos pies, los agarradores de bronce..., todo indicaba la riqueza de la difunta.

Salí corriendo de mi cuarto y, sin reflexionar, dominado por un terror indescriptible, bajé a escape la escalera. Reinaba allí obscuridad profunda, y estuve a punto de matarme. Al llegar a la calle, me apoyé en un farol y respiré; me latía el corazón de una manera horrible, y me faltaba la respiración...

Uno de los oyentes encendió el quinqué y se aproximó al orador.

—No me hubiera extrañado—prosiguió éste—encontrarme con que mi casa estaba ardiendo, o con que en mi cuarto había un ladrón o un perro rabioso. Tampoco me hubiera sorprendido que se desplomase el techo, se hundiese el pavimento o se cayeran las paredes. Todo esto es natural y comprensible. ¡Pero... un féretro! ¿De dónde había venido? ¿Cómo podía hallarse en la habitación de un humilde funcionario público un féretro femenino, destinado, sin duda, a una joven de la alta sociedad? ¿Estaba vacío o lleno? Y si estaba ocupado, ¿quién era aquella joven, prematuramente arrebatada a los encantos de una vida espléndida, que se tenía a bien honrarme con tan espeluznante visita?

Si no es un misterio, se me ocurrió de pronto, será un crimen.

Púseme a cabilar. La puerta de mi alcoba—decía yo—está cerrada durante mi ausencia, y el sitio en donde pongo la llave no lo conocen más que mis amigos íntimos. Estos no iban a enviarme un féretro, ¿Lo habría traído allí por equivocación algún dependiente de funeraria? Esto era lo más verosímil. Es fácil equivocarse de piso y de puerta; pero ¿quién ignora que los empresarios de pompas fúnebres no se van hasta que se les paga?

Los espíritus me han anunciado la muerte. ¿Serán ellos, tal vez, los que han cuidado de que no me falte el ataúd?

—Yo, señores, ni creo, ni creía en el espiritismo; pero aquel conjunto de circunstancias era



capaz de inspirar al más materialista ideas sobrenaturales.

—¡Qué tonto soy!—exclamé.—Parezco un chico de la escuela. Será una ilusión óptica y nada más. Llegué a casa de tan pésimo humor, que nada tiene de extraño que mis nervios me hiciesen ver un féretro allí donde nada había.

La lluvia me azotaba el rostro y el viento agitaba con violencia suma los faldones de mi pelliza. Estaba helado y empapado. Era preciso tomar una decisión, irme a alguna parte; pero ¿adónde? Volver a mi casa equivalía a pasar la noche en compañía del féretro; lo cual era superior a mis fuerzas.

Podía volverme loco estando solo, sin oír siquiera la voz de un semejante y teniendo al lado un ataúd que tal vez contenía un cadáver. Sin embargo, no podía quedarme en la calle aguantando la lluvia y el frío.

Decidí ir a pasar la noche a casa de mi amigo Upokoief, quien, como ustedes saben, se pegó un tiro no hace mucho. Vivía entonces en casa del comerciante Gherepof, en la calle Mértva.

Panijidin enjugó el sudor frío que brotaba de su pálido rostro, y, respirando fatigosamente, prosiguió:

Mi amigo no estaba en casa. Después de haber llamado a la puerta de su cuarto y de haberme convencido de su ausencia, cogí a tientas la llave, abrí y entré. Me despojé de la pelliza, busqué el diván y me senté a descansar. Todo estaba oscuro. En la estufa gemía el viento y en el Kremlin tocaban las campanas a la misa del gallo. Encendí un fósforo, pero la luz, lejos de calmar mi zozobra, la aumentó. Lancé un grito, me levanté tambaleándome y eché a correr.

En la habitación de mi amigo acababa de ver, lo mismo que en la mía, un féretro. Era más grande y con adornos de cinc, que lo hacían más



lúgubre. ¿Qué ilusión óptica era aquella? ¿En cada alcoba iba a haber un féretro? Aquello era un padecimiento nervioso, una alucinación. Los féretros se multiplicaban.

Los veía en todas partes. ¿Estaría yo loco? ¿Padecería yo de monomanía *ferétrica*, cuyas causas eran la sesión espiritista y las imprudentes palabras de Spinoza?

—¡Me he vuelto loco!—pensé, llevándome las manos a la cabeza. Se apoderó de mí un temblor espantoso; privado de la pelliza y de la gorra, el viento me helaba. Volver por ellas no lo pensé siquiera. ¿Qué hacer? Estaba entre la locura y la muerte por el frío. Felizmente recordé que mi buen amigo Pogostof vivía cerca de la calle Meriva. Pogostof había estado conmigo en la sesión espiritista. Allá me encaminé, porque es de saber que entonces no se había casado todavía con una heredera y que vivía en el quinto piso de la casa del Consejero de Estado Kladvichesky.

Pero, sin duda, estaba escrito que allí debían sufrir mis nervios nuevas torturas.

Al llegar al quinto piso oí un ruido extraño, como si corriese alguien dando portazos y lanzando gritos.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Portero!—decían.

Y al mismo tiempo bajó a mi encuentro un hombre con gabán de pieles y con el sombrero abollado.

—¡Pogostof—exclamé, pues era mi amigo.—¿Qué le sucede?

Pogostof se acercó a mí y me estrechó convulsivamente la mano. Estaba lívido, respiraba trabajosamente y temblaba. Sus ojos miraban a un lado y a otro con extravío.

—¿Es usted Panijidin?—preguntó con apagada voz.—¡Qué pálido está usted! Parece usted un desenterrado.

—Usted sí que tiene la cara descompuesta—le repliqué.

—Permítame que respire. Me alegro verle. ¡Maldito espiritismo! ¿Pues no me ha puesto tan nervioso que al volver a casa he visto... un ataúd?

—No dí crédito a mis oídos y le rogué que repitiese lo que acababa de decir.

—Sí; un ataúd: un ataúd de verdad—dijo Pogostof, sentándose en un escalón.—No soy cobarde, pero crea usted que eso de encontrarse con un ataúd después de una sesión de espiritismo, es capaz de asustar al mismísimo diablo.

Asombrado y balbuciente conté a mi amigo lo que había visto. Nos miramos con la boca abier-

ta, y para convencernos de que no estábamos soñando, nos pellizcamos uno a otro.

—Los dos estamos enfermos—dijo Pogostof, que era médico;—sin duda estamos despiertos, y es posible que los ataúdes no sean ilusiones, sino cosas reales y verdaderas. ¿Qué hacemos, querido? Si nos quedamos en la escalera haciendo suposiciones, nos exponemos a coger una pulmonía; más vale desecher el miedo y entrar en mi cuarto después de haber despertado a mi vecino.

Así lo hicimos. Al entrar en la habitación provistos de una luz, vimos un ataúd forrado de raso blanco con franjas de oro. El vecino se santiguó piadosamente.

—Ahora es preciso saber—dijo Pogostof, temblando de pies a cabeza—si este féretro está vacío... o *habitado*.

Después de un momento de vacilación, mi amigo se inclinó sobre el féretro, apretando los dientes, y levantó la tapa. Todos nos apresuramos a mirar.

El ataúd estaba vacío. Dentro no había más que una carta concebida en estos términos:

«Querido Pogostof: Ya tú sabes que los asuntos de mi suegro van muy mal. Está de deudas hasta el cuello. Mañana o pasado vienen a embargar sus bienes, lo cual arruinará a su familia, a la mía y pondrá su honor en entredicho; el honor que es antes que todo.

»En el consejo de familia celebrado anoche decidimos ocultar todo lo que tenga valor, y, consistiendo su fortuna en féretros (pues, como sabes, tiene el almacén de artículos fúnebres más acreditado), hemos resuelto esconder los mejores.

»Me dirijo a ti, como a un buen amigo, rogándote que me ayudes a salvar nuestra fortuna y nuestro honor. En la esperanza de que no has de negarte a ello, te envío, querido, un ataúd para que lo tengas en tu casa hasta que te avise.

»Espero que no te negarás, pues mandaré por él la semana que viene. A todos mis amigos íntimos les he mandado un féretro confiando en su grandeza de alma. Te quiere, *Ivan Cheliustin*.

El yerno del fabricante de ataúdes salvó su honor y dinero; pero yo estuve tres meses malo a consecuencia de un desarreglo nervioso.

Cheliustin tiene una oficina de pompas fúnebres y un almacén de lápidas, coronas y otros artículos por el estilo, y como sus asuntos no prosperan, todos los días al volver a mi casa, temo encontrarme con que al lado de mi cama se alza un mausoleo o un catafalco.





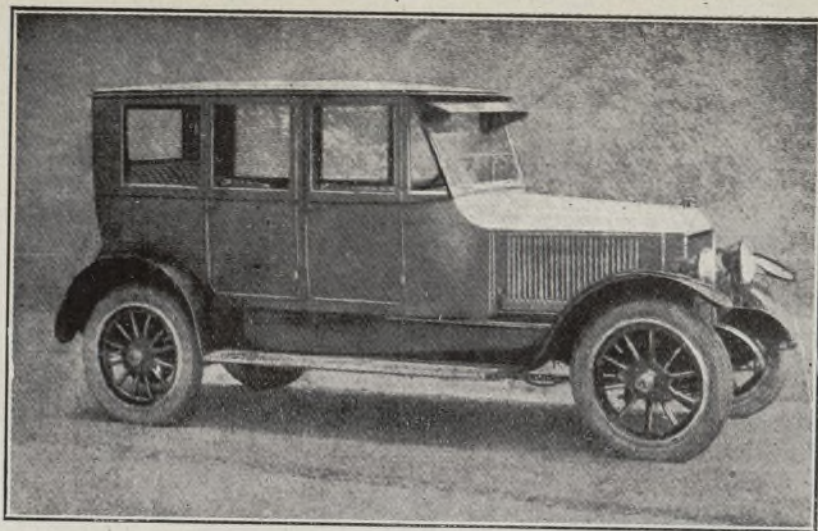
# PÁGINAS DE ARTE



## UN POLICÍA INDÍGENA

Dibujo de S. Pumarola.





Este coche, aunque otra cosa parezca, no es sino un magnífico automóvil de vapor, tipo Stanley, que ha sido presentado al público de Norteamérica.

## DEL CAPÍTULO DE INVENTOS

# ~:~ LOS AUTOMÓVILES DE VAPOR ~:~

Por extraordinaria que pueda parecer, sobre todo a aquellos que no han visto sobre un automóvil más motores que los de explosión, la cuestión que vamos a tratar, merece, seguramente, la pena de ser estudiada.

Haremos un ligero estudio sobre los inconvenientes y ventajas de los motores de combustión interna y los de vapor, considerándolos, únicamente, desde el punto de vista de tractores. Inmediatamente se encuentra una ventaja para los motores de vapor y es, que, siempre que se tenga con qué alimentarle, puede suministrar la potencia para la que se ha construido. Por el contrario, la potencia del motor de combustión interna, no puede desarrollarse sino con una determinada velocidad, que es siempre elevada y por esta causa aquél está dotado de una flexibilidad que no tiene el motor de combustión interna.

Además, el motor de gasolina consume en el acto la energía que produce, mientras que el de vapor tiene siempre una reserva que puede utilizar en caso necesario, bien para hacerle producir un mayor esfuerzo bien para que acelere su velocidad o para que aumente su esfuerzo motor. Pero por importantes que sean estas ventajas no son suficientes para establecer la superioridad del motor de vapor. Hay muchas más sobre las que vamos a decir unas palabras.

Las principales ventajas son las siguientes:

Possibilidad de quemar completamente un combustible líquido de calidad mediocre.

Aceleración rápida sin cambios de velocidad ni maniobras de embragado.

Mayor flexibilidad que le permite marchar a una velocidad tan reducida como se quiera, tanto en

cuesta como en llano y acelerar en veinte segundos por la simple maniobra de una palanca.

Dirección grandemente simplificada.

Marcha silenciosa y menos vibración.

Par de fuerzas potente en las pequeñas velocidades.

Taza de carga muy inferior.

Piezas móviles en menor número, así como más sencillas y más duraderas.

Possibilidad de cambiar la marcha a toda velocidad.

Ningún riesgo de que el motor se detenga en un momento que puede ser crítico, como por ejemplo: en medio de una calle llena de carruajes.

Supresión de la transmisión, de la caja de velocidades, del embragado, del volante, del árbol del motor, de las juntas universales, de la magneto, del carburador, etc...

El motor no falla en las cuestas.

Ningún escape de humo ni maloliente.

Aumento de la duración de los neumáticos por razón de la facilidad del arranque.

Obediencia inmediata de la máquina a las variaciones del registro de vapor.

Consumo más reducido de aceite.

Por el contrario se puede hacer a la tracción por vapor las siguientes objeciones.

Lentitud de la puesta en presión y por lo tanto, el no instantáneo arranque del coche.

Mayor peligro de incendio y de explosión que en los coches de combustión interna.

Mayores trabajos y conocimientos exigidos al conductor para poner la máquina en presión y poca limpieza de esta operación.

Corta vida de las calderas; precauciones que hay que observar en el empleo del tiro forzado.



Ruido intolerable causado por la presión.  
 Reposición frecuente de numerosas juntas.  
 Dificultad de obtener cubiertas refractarias bastante resistentes para el hogar.  
 Empleo de dos agentes productores de energía, ambos de alta presión.  
 Consumo de agua bastante elevado.  
 Ensuciamiento de las bugías de alumbrado del petróleo y de los tubos de la caldera.  
 Para facilitar más la claridad de este asunto vamos a reproducir algunos datos tomados de *The Scientific American*, publicados con motivo de una controversia sobre las ventajas respectivas de los dos automóviles.

### Coches de gasolina.

Con motor de 8 cilindros, 79 mm. 375 de *alésage* y 130 mm. 175 de carrera. Relación de los engranajes: 4'5 a 1 y ruedas de 91 cm. 4. Desarrolla en forma directa un esfuerzo tractor de 193 km. Pero esta cifra, que es el límite, solo se alcanza con una velocidad de 24'140 km. siendo favorables todas las demás condiciones.

A 3 km. 218 por hora, el esfuerzo de tracción es nulo; a 8'046 km. es de 136 km.

Estos valores de tracción solo se consiguen en trayectos no interrumpidos y con velocidad constante y no se podrían conseguir con una rápida aceleración pues las condiciones de carburación y de inflamación del gas son desfavorables.

Es dudoso que alcanzase un esfuerzo tractor de 153 km. si rodando a una velocidad comprendida entre 3 y 48 km. se quisiese acelerar rápidamente.

### Coches de vapor.

Con motor de 2 cilindros de doble efecto; de 101 mm. 6 de *alésage* y 127 de carrera. Relación de engranajes de 1'5 a 1 y ruedas de 85 cm.

Desarrolla en plena presión un esfuerzo tractor de 896 km. o sea, mucho más de lo que se necesita para que patinen las ruedas en el banco fijo.

Es cierto que con esta generación se gasta más vapor del que se puede generar, pero toma-

mos como base de comparación una marcha regulada al sexto y con el registro completamente abierta.

Con 42 km. 184 de presión de vapor recalentado a 200° Fahrenheit (93° 3 C) la presión media es suficiente para producir un esfuerzo tractor de 408'230 km.

Aunque esta regulación no da un resultado excepcionalmente favorable al coche de vapor, comparémosla, no ya con el valor medio del esfuerzo de tracción del coche de explosión, sino con su mayor valor que es 192 km. 775. La relación, como puede verse es de 2 a 1 en favor del coche de vapor.

Y esta ventaja aumenta cuanto más se acentúa la duración de admisión del vapor. Con la duración de media carrera puede obtenerse y mantenerse un esfuerzo de 590 km. si la velocidad no es muy grande. Con esta base, a 8 km. hora, el

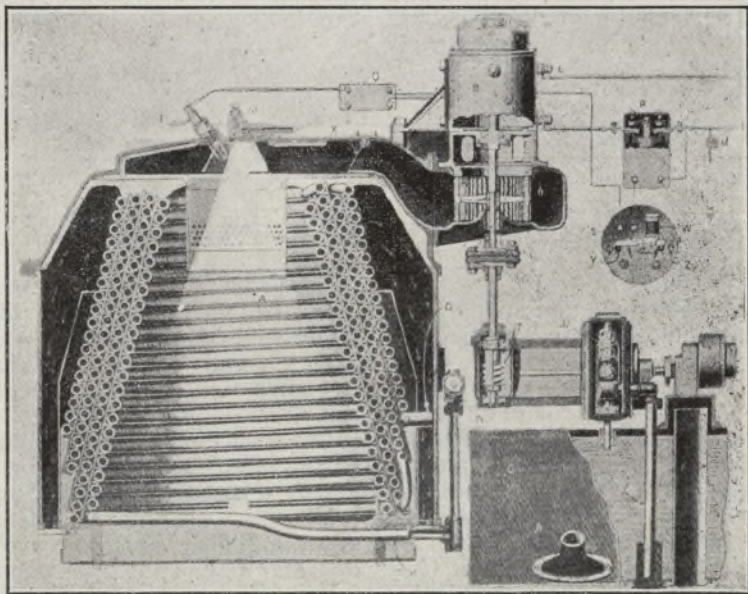
coche de vapor opone 590 km. a los 136 del coche de motor de combustión interna y la relación es entonces de 4'3 por 1 en favor del coche de vapor.

Esta es la razón por la que, en cuestión, un coche de vapor adelanta a uno de motor de explosión con la misma facilidad que este sobrepasa a los mojones indicadores de kilómetros.

Estos datos deben de estar sacados sobre

el coche de vapor Stanley, que aunque poco conocido en Europa, solo tiene dos cosas que reprochar: un precio crecido (no tanto, sin embargo, como algunas marcas de coches de esencia) y que para ponerle en presión es necesario perder todas las mañanas de 20 a 30 minutos. Su aspecto exterior es tan elegante y armonioso de línea como el más hermoso y elegante de las otras marcas.

Su constante éxito en América ha llevado a estudiar el problema de su puesta en marcha instantánea y el ingeniero Abnez Dobble llegó a producir un coche cuya prueba causó sensación. En el salón Automóvil de New York, de 1917, presentó un coche que logró ponerse en presión al minuto y medio de encendido con el agua fría y en pleno invierno. Pero su fracaso obedeció a que para conseguir instantáneamente una gran cantidad de vapor, era precisa una superficie



Corte del motor de un automóvil de vapor. Se ve la forma en que está dispuesta la caldera tubular, que se calienta mediante un chorro de petróleo.



grande a calentar y una combustión acelerada. La temperatura alcanza en ese caso en el hogar un valor peligroso que no pueden resistir fácilmente los materiales, sobre todo, las cubiertas refractarias.

Este, sin embargo, no ha apagado el celo de los que persisten en creer que la solución racional reside en el coche de vapor y si se hubiera gastado en ensayar esta teoría la centésima parte del esfuerzo empleado para el coche de esencia, ya existiría el coche ideal de turismo y de transporte.

La última tentativa de este género ha sido hecha por los Sres. Lewis L. Scott, miembro de la Society of Automatic Engineers y E. C. Rewcomb, ya conocido por sus anteriores trabajos en materia de tracción-automóvil. De la colaboración de estos dos eminentes especialistas ha resultado un grupo motor de vapor, que, aunque hecho especialmente para la propulsión de los automóviles, puede aplicarse también a la de los camiones y los tractores.

La brevedad de este trabajo, más que nada informativo, nos impide detallar la construcción de este grupo motor; pero sí podemos decir que los Sres. Scott y Rewcomb han transportado a 7 personas en un coche cuyo peso vacío era de 1300 k. haciendo un recorrido de 2.132 km. con 94 l. 360 de agua (capacidad del depósito) o sean, 22 km. 700 por litro de agua. El coche marchó a una velocidad oscilante entre 40 y 56 km. hora en carreteras diferentes y con un consumo medio de petróleo de 1 litro por cada 5 km. Al terminar la prueba, la temperatura del agua era de 54° centígrados.

Este es el nuevo coche automóvil de los Estados Unidos y cuyo éxito sería prematuro augurar. Sin embargo, nosotros encontramos en ello el resultado de una saludable iniciativa que deseáramos ver imitada por nuestros ingenieros, quienes hasta ahora no se han ocupado de ello con la atención que indudablemente merece.

## LA HISTORIA DEL SOMATÉN

El «somatent» es en Cataluña una antiquísima institución armada, cuyo origen se remonta a mediados del siglo XI.

«Somatent» es contracción de «so-metent» («sonum mettendo») produciendo ruido; es decir, llamando o convocando por medio del toque de campana o de bocina. Es errónea por tanto, la etimología que da por cierta Monlau («somatens: estamos dispuestos») y que reproduce Almirante en su «Diccionario militar.»

Por virtud de las antiguas instituciones de Cataluña, quedaban al amparo de la ley los bienes muebles e inmuebles, la familia y la libertad, y para salvarlos se creó el «somatent.»

Podían convocarlo los reyes, poniéndose a su frente; pero nunca para expediciones lejanas, y constaba de todos los hombres en estado y edad de combatir, a fin de prevenir invasiones, o luchar contra otros reyes.

El «somatent» se congregaba en los campos a toque de campana; y en Barcelona por el «Veguer» que recorría a caballo las calles, seguido de sus dependientes que llevaban en las manos teas encendidas, y gritaban: «¡Vía fora!, ¡vía fora!»

Por distintos monarcas se dictaron ordenanzas sobre la organización del «somatent», uso de armas, y prerrogativas por sus servicios, así en la guerra como en la persecución de malhechores.

Las últimas empresas militares en que tomaron parte los «somatenes», fueron las guerras llamadas de «Segadores» y de «Sucesión».

Vencida Cataluña en la última de las citadas guerras, Felipe V abolió el «somatent», bajo pena de tratar a sus individuos como sediciosos.

Pero de aquella grande y luminosa hoguera quedaban ardientes cenizas, y al soplo del patriotismo se encendió más grande y poderoso en nuestra heroica lucha por la independencia.

El «somatent» era en aquellos supremos instantes la voz de alerta de un pueblo a otro.

Las campanas de las altas torres, movidas por una mano invisible, se agitaban con vertiginosa rapidez.

Sus agudos sonos parecían el grito de una madre llamando a sus hijos, la voz de un hermano respondiendo a la invocación del otro, el alerta del centinela al que contesta el de su compañero.





## LA MEDALLA DE LA GRAN GUERRA



Anverso y reverso de la medalla francesa de la Gran Guerra, que se acuña para premiar los servicios de todos los que tomaron parte en la campaña.

### AYER Y HOY

## Los procedimientos bolcheviques

He aquí para lección de incautos y confiados, las copias de una proclama y una orden, dirigidas en distintos tiempos por Trotsky a los soldados.

PROCLAMA DIRIGIDA AL EJÉRCITO DEL FRENTE EN EL  
MES DE JULIO DE 1917.

«¡Soldados! No olvidéis que sois ciudadanos y no os dejéis embrutecer por la disciplina feroz a qué quiere someteros el Gobierno del falso socialista Kerensky. Protéstad, organizar mítines, defended vuestra dignidad humana. Exigid el derecho de fiscalizar las órdenes de vuestros jefes, de destituirlos y elegir otros que les sustituyan.»

\*\*\*

Hoy las cosas han cambiado. El halago se convierte en tiranía y hace surgir los siguientes párrafos de la orden telegráfica del *Consejo Militar Revolucionario* núm. 296 fechada en 1.º de Diciembre de 1920.

La patria está en peligro. El Ejército comprende mal sus deberes, lo que compromete la existencia del pueblo ruso y las conquistas de la revolución. Nuestros descendientes nos despreciarán si no sabemos reducir a la obediencia a los elementos pusilánimes, como lo reclama la causa de la Libertad.

Yo, vuestro jefe rojo, nombrado por el Gobierno y autorizado por la adhesión del pueblo, exijo una absoluta confianza en mí. Todos mis esfuerzos se encami-

nan a un solo fin: salvar al país de la trágica situación actual y defenderlo de los ataques con que le amenazan Inglaterra y Francia.

¡Basta de palabras! Cuando hay que combatir, toda conversación, toda discusión están de más. Por esta razón, doy la orden terminante de no permitir mítines ni ninguna clase de asambleas de soldados. En el caso de que los soldados, contra lo dispuesto, organicen alguna reunión, ordeno se la considere subversiva, contraria al bien de la patria y de la libertad, y se disuelva por fuerza.

Esta orden no puede, bajo ningún pretexto, ser discutida en el Ejército.—*Trotsky.*»

Al día siguiente, el mismo Trotsky les dirigió a los jefes del Ejército otra orden telegráfica, complemento a la anterior. Hela aquí:

«Toda tentativa de desobediencia a las órdenes de los jefes y toda excitación a dicho delito por parte de los soldados o de las unidades militares serán reprimidas mediante las armas.

Esta orden debe ser inmediatamente leída a las tropas y ejecutada sin la menor vacilación. Hágaseles también saber a las tropas que no se puede permitir, bajo ningún pretexto, discusión ni comentario alguno acerca de las disposiciones estratégicas, de los nombramientos de jefes, etc.—*Trotsky.*»





El Kaiser acompañado de su secretario dando un paseo por los alrededores de Amerongen.

## EL KAISER EN EL DESTIERRO

Vuelvo a Doorn... Todos conocen ya la situación geográfica de esta pequeña localidad holandesa, que está a punto de recibir una reputación mundial, gracias al huésped que tiene en su seno. Desde luego el Kaiser ha exco-gido bien su residencia. En primer lugar porque allí no puede temer el que lo importunen frecuen-temente periodistas atacados de la fobia del re-portage. Y además, porque vive allí dentro de un ambiente lleno de encanto. La primera razón se explica por la distancia y los primitivos medios de comunicación que en aquella región se usan. En efecto, si el tren me ha llevado desde Maes-trich hasta Azirhem en tres horas y tres cuartos, he debido resignarme a ser conducida desde Azirhem a Doorn, en un tranvía de vapor, des-tartalado y pacienzudo, que emplea más de tres horas en hacer este recorrido.

Pero todo llega; hasta un tranvía de vapor. Ma-té el tiempo contemplando el paisaje que aunque monótono, me asombró por su grandiosa belleza.

*La vida del Kaiser está ahora como siempre, llena de interés para todo el mundo. Todo cuanto se refiere a su persona es comentado con apasionamiento y bus-cado aun por los mismos franceses que intrigados por la estancia del emperador en Doorn han hecho que una escritora Mme. Emma Thiernes visite su reti-ro e indague noticias de su vida que cuenta del modo siguiente a sus lectores.*

Bosques, de abetos so-bre todo, en los cuales se apelotonan los ho-teles construídos en el estilo original «Viejo Holandés». Muros ba-jos, tejados que no tie-nen fin, ventanas mi-núsculas con cristales pequeños y maderas pin-tadas con tonos violentos. El suelo sólo es arena entre los húmedos matorrales.

Amerongen, la antigua residencia de Guiller-mo, precede a Doorn en cuatro kilómetros. No tiene aspecto aristocrático y comprendo los ce-los que alimenta la primer elegida acerca de su vecina más afortunada. Me muestran en el borde de la carretera, una construcción rectangular, sin estilo, de paredes pintadas de verde pálido. Una especie de escudo figurando una cruz blanca so-bre fondo rojo, adorna la entrada. Es un sanato-rio que el soberano desterrado fundó antes de su marcha.

Un huésped bien guardado. Doorn. ¡Por fin! Es de noche... en el «Dor»



plein» (plaza del pueblo) cuatro globos eléctricos sostenidos por brazos de hierro forjado que salen de una fuente adornada con tritones, alumbran opulentamente. Dos hoteles se hacen burla hipócritamente desde las esquinas de sus terrazas de cristales. Elijo el mío, e inmediatamente después de servida (pues muerdo de hambre) comienzo mis indagaciones... Mi entrada en materia va preparada.

—¿Qué tal está la ex-kaiserina?

—Está mejor... Se espera que por esta vez saldrá de esta crisis.

—¿Están aún en el castillo sus parientes de Alemania?

—No. No hay más que el personal de costumbre: unas cincuenta personas.

—¿Nada más? ¿Es que no ha venido el Kronpritz a ver a su madre?

—Sí; estuvo a fines de noviembre. También le esperaban para Navidad, pero no vino.

—¿Vino solo, en noviembre?

—Le acompañaba M. Koeff, el burgomaestre de Wieringen.

—¿Y vive en el castillo todo ese personal?

—¡Oh, no! La mayor parte de las personas del séquito tiene su casa en el pueblo. Se van de «Huize Doorn» después de la cena, hacia las 11.

Noto que mis preguntas empiezan a molestar a mi interlocutora, que parece forzarse para responderme. La dejo que se marche y me aventuro por las calles del pueblo. Entro en una pastelería, en una papelería, en una tienda de comestibles. Y no tengo necesidad de nada, como no sea de charlar y de preguntar. Cada vez me voy convenciendo más de que los labios están sellados. ¿Qué quiere decir esto? ¿Estoy en Holanda o en Alemania? ¿Qué poder reina aquí que así se domina a todos los habitantes de la localidad? Desplego toda mi astucia y toda mi inventiva para saber en junto, que no se recibe a nadie en «Huize Doorn» (la casa Doorn); que bajo ningún pretexto se concede audiencias a nadie, sea quien fuere; que no se ve nunca al ex-emperador en el pueblo ni siquiera en auto; que no sale nunca de su posesión; que tres periodistas, un americano, un inglés y un holandés, viven en Doorn desde hace varias semanas sin haber podido conseguir una sola palabra de interview ¿Por qué permanecen allí? Misterio. ¡Tal vez se encuentren a gusto aquí y han hecho voto de esperar la huida de Guillermo o su muerte! Por último, me dicen que está formalmente prohibido por los reglamentos de la policía el sacar fotografías al ex-kaiser y a los miembros de su familia o vender retratos de ellos.

**Herr Kogge, secretario.**

Por el momento, paseo incansable por un mismo espacio, debajo de mi paraguas abierto. Y es asombroso que, a despecho de los continuos chaparrones, no haya barro. La carretera está pavimentada de ladrillos lo que me llena de estupefacción por ser un lujo desconocido en el Limburgo.

Hace tres minutos que repito mentalmente este viejo adagio: *Die niet sterk is, moet slim zyn* (El



Fotografía del Kaiser hecha en Amerongen. El fotógrafo hizo el retrato oculto en un carro de yerba, aprovechando el momento en que el Kaiser y su secretario se detuvieron para leer un despacho.

que no es fuerte debe ser astuto). Pero he aquí que de pronto acude a mi imaginación, un nombre que he leído en algún lado: el de un íntimo compañero de Guillermo en el destierro, el ayudante von Ilseman. Entro en una panadería:

—¿Puede usted decirme donde vive el ayudante von Ilseman?

—En Amerongen.

—¡Que contrariedad! Tengo que transmitirle un mensaje de una prima suya... ¿No sabe usted de ninguna persona conocida en el castillo a quien pueda encargar mi comisión?

—Tal vez, M. Kogge.

—¿Quién es ese señor?

—El secretario del ex-kaiser.

—¿Que vive..?

—En la villa Villemina, calle del pueblo...

No espero a oír más y vuelo en su busca repitiendo la historia, mentira toda ella naturalmente, que quiero colocarle y que acabo de inventar en un minuto. Llamo... vuelvo a llamar... ¡Nadie!...



Una hora más tarde me presento en la Villa Villemina y esta vez se abre la puerta...

—¿Está el Sr. Kogge?

Una criada me explica en un alemán nasal que «Herr Kogge» está en su oficina y que seguramente me recibirá. Desde la puerta me muestra el camino.

Vamos., Sí, pero el «Langbrockerweg» (traducido textualmente: camino de los pantalones largos) que lleva a Huize Doorn está desierto y sombrío. ¿Me atreveré a aventurarme por él sola y tan tarde? ¡Me aventuro! Ando golpeando el suelo con los tacones para hacer ruido. El silencio es muy profundo, la noche muy oscura...

—Verá V. un hotelito alumbrado, exteriormente, por una linterna. Allí es, me han dicho.

Una trágica atmósfera se cierne sobre la residencia del vencido emperador. Me estremezco. Un grupo de albañiles viene de allí. Mañana, a la luz del día veré el trabajo que hacen. Uno de ellos se digna acompañarme hasta la oficina de Herr Kogge y hasta me introduce en ella, pues el personaje está solo. Y héme ya en la plaza, frente a frente con el alemán.

Me invita a tomar asiento sin preguntarme quien soy. ¡Mejor! Como mi nombre ha figurado en la lista negra alemana por

causa de algunos servicios hechos a mis amigos durante la guerra, me hubiera visto obligada a presentarme con el apellido de mi madre. Prefiero no tener que decir ninguno. Empiezo a recitar mi cuento con voz confidencial.

—Formamos un pequeño club deseoso de fundar en Alsacia un periódico con el objeto de hacer allí de nuevo popular y simpática, la persona de «Su Majestad».

Y continúo con tono cada vez más misterioso: —¡Si nuestro primer número estuviese consagrado a «Su Majestad» y a su familia, causaría mucha sensación! Me han enviado para solicitar de «Su Majestad» el que me confíe alguna de sus impresiones... que me permita hacerle algunos retratos.

Habla. Me da las gracias por la simpatía que declaro. Deplora el rigor de la ley que prohíbe a su imperial patrón el conceder interviews, entregar o dejarse hacer fotografías, ocuparse de po-

lítica, y de inspirar, por poco que ello sea, a los amigos» que quieren todavía interesarse por él. Por respeto al gobierno holandés, debe someterse.

¿Es sincero Herr Kogge?... Lo dudo. Sin embargo, le cuesta bastante trabajo decir:

—No tenemos ya ningún poder. ¡Hemos caído tan bajo, tan bajo! (*Wir sind so gefallen, gefallen!*).

Las palabras salen entre sus dientes acompañadas de signo de disgusto. Mi rostro continúa impassible. Ya sólo me queda expresarle el sentimiento que me produce mi fracaso, darle las gracias y retirarme.

No había mentido. Otras personas más dignas de crédito que él, me corroboran sus palabras. Una ley formal, rigurosa, prohíbe a Guillermo y a los suyos el celebrar interviews y dejarse retratar.

En los primeros días de la promulgación de este severo reglamento, un fotógrafo de pueblo

trató de forzar la consigna. Consiguó introducirse en el parque, sin ser visto; se escondió detrás de un árbol y con el aparato dispuesto, espero; pero dos guardas surgieron de improviso y le conminaron a que abandonara aquel lugar rápidamente. Temblando de miedo el hombre se tiró por un ta-

lud, dejando caer el aparato, que se rompió. Sin detenerse a recoger los pedazos, huyó, brincando por los matorrales, saltando los arroyos, volviendo a franquear el enrejado de la cerca, dejando los fondillos de su pantalón en los agudos espinos de los alambres y con los brazos en alto, sin parar de gritar:

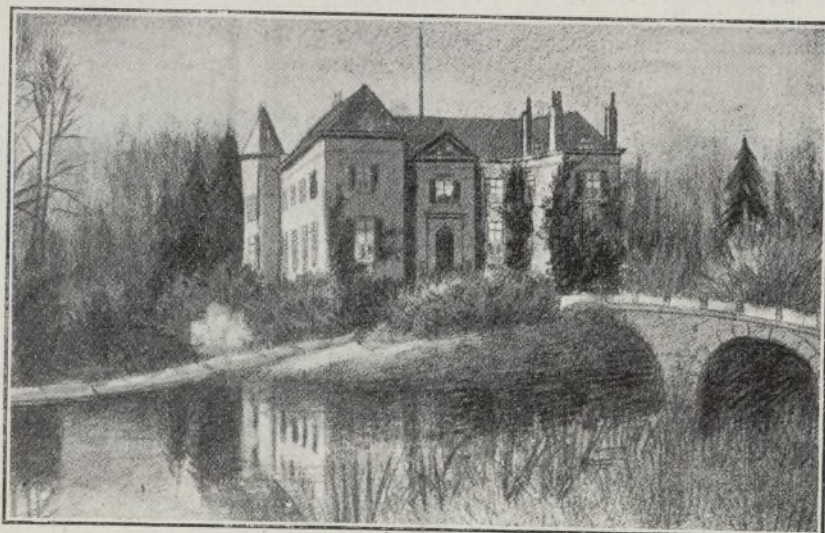
—*Ich bin Holländer!... Ich bin Holländer!*...

Desde entonces no ha vuelto a registrarse ninguna tentativa de este género y por lo tanto, la imagen del ermitaño de Doorn ha desaparecido de la circulación completamente...

### La jornada de un soberano en el destierro.

Al día siguiente me pongo en campaña y no sin trabajo consigo sacar, poco a poco, a algunos vecinos los siguientes datos:

Aunque sólo se le ve raramente al ex-emperador, a través del enrejado que rodea su posesión, se sabe que tiene costumbres regulares. Se le



Vista del castillo de Doorn, residencia actual del Kaiser.



vanta a las seis y media. Se viste y se dirige enseguida hacia la entrada principal de su dominio donde trabajan unos cuantos carpinteros y albañiles, desde hace un mes en la construcción de una portada. Guillermo pasea entre los montones de ladrillo y de mortero, durante una media hora, dignándose hablar con los obreros de los que ha sabido hacer, gracias a sus palabras amables y a sus larguezas, sus más fervientes admiradores. Después vuelve al castillo, donde almuerza ligeramente antes de volver al parque para entregarse a su deporte—desde ahora histórico de leñador. Luego se pasea hasta las doce y media que es la hora del lunch. La tarde está dedicada a la lectura de los periódicos que la mayor parte de las veces se hace por el ayudante von Ilseman. La cena se celebra con todo el ceremonial de corte. Después de cenar se retira Guillermo a su cuarto donde la velada se prolonga hasta muy avanzada la noche.

### «Huize Doorn», mina de oro.

«Huize Doorn» es la mina de oro de donde todos sacan algo constantemente. Los albañiles han sido atraídos mediante la oferta del doble del salario que recibían en otros lados. Y lo mismo han hecho con los jardineros y leñadores.

Tomo nota de las transformaciones operadas en intención de agradar a estos generosos alemanes: muchachas peinadas a la moda teutona, con dos trenzas arrolladas a la cabeza; palabras alemanas intercaladas constantemente, en la conversación, como «bitte», «ja wohl», etc. Los pequeños que pasan junto a mí por la calle, creyendo sin duda, ver una alemana en toda extranjera, me saludan con un respetuoso: «tan Frouwel». Así, Doorn se germaniza progresivamente y las hostilidades o indiferencias se transforman rápidamente en simpatías y abnegación.

Cuentan que recientemente quiso Guillermo manejar la llana. Uno de los albañiles tuvo que prestarle su blusa. El Kaiser colocó tres ladrillos. Cuando dejó el trabajo el obrero no quiso volverse a poner la blusa que había llevado el emperador. Con el corazón palpitante y los ojos llenos de lágrimas, se la llevó a su mujer, quien la colocó en el armario de las reliquias. Y a todo el que les visita le muestran con emoción constantemente renovada «la blusa del Emperador».

Se ha comparado a «Huize Doorn» y no sin razón, a un gallinero por causa del enrejado de alambre que le rodea. Pueden calcularse las dimensiones de este gallinero, cuando diga que he necesitado hora y media para dar la vuelta andando a un paso moderado. El sendero exterior arenoso, perfectamente cuidado, por el que el artículo 27 del reglamento de policía, prohíbe el paso de motocicletas y de bicicletas y donde yo creía encontrar gran cantidad de «policemen» holandeses, está más desierto que el Sahara. A la derecha bosques frondosos; a la izquierda, la casa. Esta tiene más bien el aspecto de una fortaleza. En efecto, el enrejado de alambre está coronado por una triple fila de alambre espinoso y en la parte interior una ancha zanja corre a todo

lo largo del muro. Al otro lado del foso, un talud tapizado de redondoedros, oculta la cara de las miradas indiscretas.

Ando. Mis narices se dilatan con el perfume de los pinos y de las hojas caídas, húmedas. Me acuerdo que entre diez y doce y media el ex-kaiser se pasea por el parque. ¡Si pudiera verle!... ¡Calle, una puerta! En el enrejado está abierta una puertecita. En el interior, y junto a ella, hay una garita, vacía, naturalmente. Continúo mi paseo. Un crugido a la derecha, me hace estremecer. Es una vieja que recoge ramitas secas... Me detengo sonriente y después de unas palabras de introducción, pregunto:

—¿No ha visto usted nunca al ex-emperador cuando viene usted al bosque?

—A veces... pero de lejos... cuando pasea.

—¿Y por donde pasea habitualmente?

—Por el parque.

—Pero no se ve nada por causa de ese talud.

—En este sitio, es verdad; pero un poco más allá desaparece el talud, el sendero exterior se acerca y es paralelo al camino interior durante algunos metros.

—¡Ah!

Ya tengo prisa por seguir mi camino. Mi imaginación trabaja. ¿Si fuese a colocarme en ese lugar tan favorable? ¿Si tuviese la suerte de verle llegar? ¿Si pudiese interpellarle haciendo como si no le conociese?

Veo a tres jardineros que se ocupan en llenar la zanja con hojas muertas. Un poco más lejos, otra puerta. ¡Parece ser que en «Huize Doorn» son partidarios de las puertas de escape! A dos pasos de allí, el bosque muestra sus abrigos seguros y sus senderos disimulados por donde un auto llegaría a la carretera en un momento. ¡Y ni un sólo guarda en lo que abarca la vista! Ya estoy en el sendero en cuestión. Y, de pronto, como al conjuro de una varita mágica, aparece la blanca fachada del castillo... Me detengo... ¿Qué hacer mientras espero la afortunada casualidad que tal vez no ha de presentarse? No hay nadie!... Saquemos un croquis... Y mi lápiz corre rápido sobre la página blanca de mi cuaderno de apuntes.

¡Es él!

¡Cuanto silencio! ¡Cuánta soledad! ¡Se creería uno en otro mundo! Pasa el tiempo y siento que mi esperanza se va desvaneciendo poco a poco: Hace rato que dieron las diez en el reloj de la iglesia. De pronto me extremezco y guardo rápidamente mi cuaderno y mi lápiz en el bolsillo del abrigo. He oído pasos. ¿Será un vigilante? ¿Un jardinero tal vez, o un leñador?...

Dos hombres aparecen de detrás del talud de redondoedros y avanzan lentamente por el sendero que les trae hacia mí. Van vestidos con grandes abrigos color aceituna cuyo cuello llevan levantado y cubren sus cabezas con gorras inglesas. Uno alto, pálido y seco; otro más pequeño, rechoncho, con la barba terminada en una perilla gris. Grises también los bigotes erizados. Pero yo conozco sus rasgos a pesar de su pre-



sente gordura. Esa nariz un poco curva, esos ojos duros, con bolsas en su parte inferior, y ese brazo izquierdo corto y casi sin movimiento cuya mano desaparece en el bolsillo de su abrigo. ¡No hay duda! ¡Es «su» brazo, son «sus rasgos»!... ¡Es «él»!... ¡Cómo ha envejecido y cambiado y cuán distinto está de las fotografías que circulan por ahí!

Mi corazón late fuertemente, mis nervios se crispan... Ya están ante mí... Ya el alto aligera el paso para impedirme ver a su compañero, pero éste murmura algo a lo que el otro responde en alemán sin que llegue a entenderlos.

¿Dejaré escapar esta ocasión que seguramente no volverá presentarse? Adopto la expresión más inocente y:

—Perdonen ustedes, señores... ¿Pueden ustedes decirme si «Su Majestad» vendrá hoy a pasear por aquí?

Me miran y luego se miran asombrados. Una sonrisa aparece en los labios del más bajo. El otro pregunta:

—¿Por qué nos dice usted eso?

—Porque yo quería tanto... ¡Oh, tanto! poderle ver.

—¿De qué la iba a servir? No debe usted ignorar que la ley prohíbe terminantemente al Emperador el celebrar audiencias.

—Lo sé efectivamente, pero sólo desde ayer. Hablé con «Herr Kogge» quien me ha enterado de ese reglamento. Y me contraría mucho pues precisamente vengo enviada por los fundadores de una nueva revista que quisieran dedicar el primer número a «Su Majestad».

El más pequeño de los dos me mira fijamente durante unos segundos que a mí me parecen siglos. ¿Creerá en este cuento?... Por fin habla y ¡oh, estupor! para preguntarme:

—Cuando debe salir esa revista?

—A fines de Febrero... si puede ser.

—¿Cual va a ser su título?

La pregunta no me preocupa pues la había previsto y estaba dispuesta la contestación.

—En la última entrevista que tuve con «esos señores» no estaba aún decidido. Unos querían bautizar a la nueva publicación con el nombre de *El Porvenir*, otros, con *La Estrella*. Alguien propuso denominarla: *Pro justicia*. Pero sea cualquiera el título elegido, su objeto es el mismo y mi misión consiste en pedir a «Su Majestad» algunas de sus impresiones del pasado y del presente... también sus intenciones respecto al porvenir.

Y termino con un suspiro.

—Es verdaderamente sensible que no esté permitido entrevistarle.

Nueva sonrisa furtiva y nueva mirada escrutadora que yo sostengo lo mejor que puedo.

—Es usted muy diestra, señora.

Me estremezco... interiormente.

—No comprendo la significación que da usted a ese calificativo.

—Sí, sí; la comprende usted. Sabría usted muy hábilmente arreglárselas para hacer a Su Majestad que la escuchase y tal vez para que la respondiese...

Yo adopto un aire ofendido:

—¡Oh, Herr, mis intenciones son laudables!... Aun suponiendo que «Su Majestad» me concediese una audiencia no conseguiría seguramente oír de sus labios más que aquello que quiera que se sepa. Por eso, precisamente, es por lo que no comprendo esa prohibición de entrevistarle y de retratarle.

—Su Majestad no debe ocuparse más de política... Ni siquiera se atreva a dar ánimos a sus amigos en sus tentativas... En cuanto a sus fotografías, ya hay muchas por todo el mundo... Es muy fácil procurarse una.

—Ya lo sé, pero las que se consigan en estos momentos tendrán más valor. ¡Y cuánto más preciosas algunas palabras oídas de su propia boca!

El hombre del brazo corto sonríe de nuevo. Decididamente está hoy de buen humor.

—¿Y que querría usted preguntarle?

—En primer lugar, unas palabras sobre el pasado...

—Todo el mundo lo conoce. Fué un sueño hermoso demasiado rápidamente vivido, hasta...

Se detiene. Le miro. Su rostro se altera. Su color ya pálido se vuelve terroso. Mira al suelo. Su bigote gris se estremece y su barbilla tiembla. La frase pronunciada ayer por Kogge resuena en mis oídos.

—*Wir sind so gefallen... so gefallen!*

Continúo:

—En lo que se refiere al presente, me parece que «Su Majestad» posee en Doorn un magnífico dominio. Debe de estar muy a gusto en él.

—Sí: «Huize Doorn» está bien... dice de dientes afuera.

—¿Sigue «Su Majestad» rodeada por sus fieles amigos?

—Sí... sí...

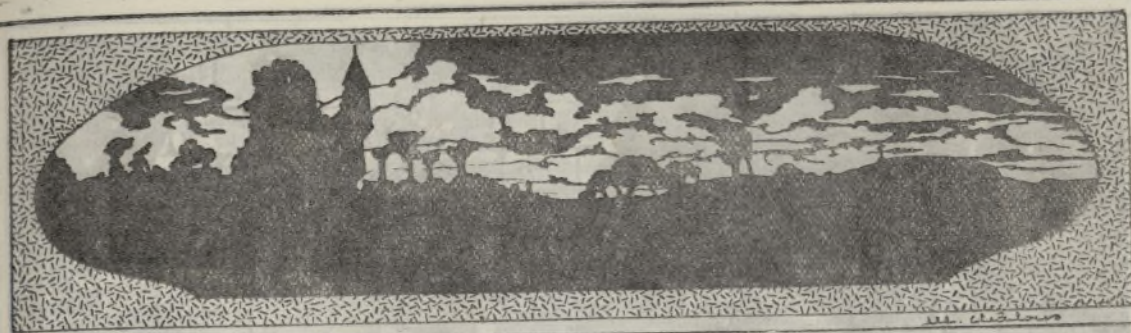
—El porvenir puede cambiar muchas cosas... Tengo la certidumbre de que «Su Majestad» espera aún...

—Nadie conoce el porvenir, señora. ¡Los pensamientos de Su Majestad pueden ser interpretados y comentados de tantas maneras! ¿Le creerían si dijera que sólo piensa en vivir en paz en medio de este ambiente y este decorado tan soberbio?

—Ya ve usted, continúa sin esperar mi respuesta, que lo que «Su Majestad» pudiera decirle no había de servirle para nada... Toda interview es supérflua...

Y se aleja con un pequeño movimiento de cabeza. Yo inicio un saludo vago... ¡Uf, respiro! Verdaderamente acabo de pasar mucho miedo. Aún no me he repuesto de mi emoción cuando los dos paseantes han desaparecido. Continúo mi camino. Poco a poco, sin embargo, va tranquilizándose mi imaginación. Vuelvo a ver la escena que acaba de tener lugar y he aquí que una alegría súbita, insensata, sube, se agranda y se extiende por mí... ¿Es cierto, pues? ¿No he soñado?... ¿No hace más que unos momentos acabo de ver... y hablar al Kaiser?





# LA DESPEÑADORA

(Poema en seis cantos y un epílogo)

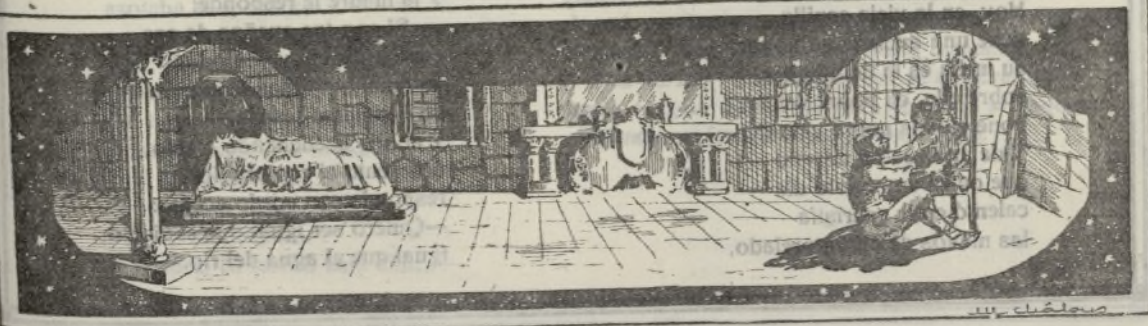
Para mi distinguido amigo  
D. Vicente Valero de Bernabé,  
con todo afecto.

## El canto de las ruinas.

Como un hito clavado en la montaña  
do se asentó la antigua fortaleza,  
se alza entre ruinas, en postrer esfuerzo,  
una torre feudal; en sus almenas  
engarzan el poema de sus nidos  
las águilas audaces de la sierra.  
Altivos ventanales,  
celosías austeras  
que ponen en la frente milenaria  
la dulce paz de sus pupilas ciegas;  
columnatas, cornisas, matacanes,  
rosetones, escudos y dovelas,  
medrosos subterráneos cuya entrada  
ocultan los tapices de las yedras,  
estátuas de granito, carcomidas  
del tiempo por la lepra,  
dan a la vieja torre  
un matiz de misterio y de leyenda,  
Arriba, en un prodigio de equilibrio,  
traza su garabato una veleta,  
que parece el autógrafo del genio  
al final de la página de piedra.  
¡Cansadas torres de la patria mía...!  
¡Cuanto decís al que a miraros llega...!  
¡Cuanto teneis, oh torres de mi patria,  
escrito en vuestras páginas eternas...!

## El canto de la ambición.

Una antorcha de resina  
fija en los muros ruinosos  
expande en la triste ruina  
la luz roja y mortecina  
de sus fulgores humosos.  
Es una vieja capilla  
de la torre, donde acaso  
dobló un día su rodilla  
un monarca de castilla  
que iba a la guerra, de paso.  
Aún el tiempo respetaba  
la noble vejez del muro  
que la capilla cerraba  
y que en la torre formaba  
el solo abrigo seguro.  
Hubo un día en que su altar,  
resplandeciente de luz,  
miró a sus plantas orar  
los soldados de la Cruz.  
Y las damas, altaneras  
bajo sus sedas y encajes,  
los hidalgos de gorgueras  
y plumajes,  
las rancias dueñas austeras,  
los bufones y los pajes.  
Y en torno, cascos, celadas,







deslumbrantes armaduras,  
chocar de espuelas y espadas,  
fulgir de bravas miradas  
en las penumbras oscuras.  
Cálices de oro, labrados,  
donde del sol la luz grata,  
ponía besos dorados,  
blandos tapices bordados  
y relicarios de plata.  
Mas hoy, de tanta riqueza,  
no queda nada; tal vez  
el castillo llora y reza  
por su juvenil belleza  
en su más bella vejez.  
Hay por los muros figuras  
de mármol, despedazadas,  
ascéticas esculturas,  
anónimas sepulturas  
y columnatas truncadas.  
Del pórtico en el dintel  
un carcomido retablo,  
y medio esfumada en él  
la efigie de San Miguel  
clavando su lanza al Diablo.  
Un estrado sin alfombras,  
sin imágenes altares,  
y, sobre recios pilares,  
esfumadas en las sombras  
las bóvedas seculares.  
La luz, plumiza y extraña,  
llega por un ventanal  
donde ha fijado una araña  
su polvoriento cristal.  
Hoy, en la vieja capilla,  
tiene una anciana su hogar,  
su mesa es la de un altar,  
sobre ella, en pobre vajilla,  
pone el más pobre yantar.  
Y de un brasero dorado  
que quizá en remoto día  
calentó en la sacristía  
las manos de algún prelado,

hizo el humilde fogón  
donde la hojarasca humea  
y un puchero borbotea  
con monorrítmico son.  
En esta noche que cuento  
bramaba iracundo el viento  
y ponía con su son  
sombras en el pensamiento,  
pavor en el corazón.  
Y al escuchar su bramido  
como agónico quejido  
que mueve a piedad y arredra,  
en las viejas sepulturas  
temblaban las esculturas  
bajo sus mantos de piedra.  
De la antorcha de resina  
al resplandor funeral  
a la anciana se adivina  
que sus harapos rechina  
en un gótico sitial.  
A sus pies está sentado  
un zagalón rudo y fuerte  
que anhela partir, cruzado  
de la Gloria o del Pecado,  
del Amor o de la Muerte.  
Y la achacosa mujer  
le dice: «Por mí, hijo mío,  
no partas...».

—Si he de volver—,  
dice el hijo.—Mi placer  
es ser como agua del río,  
es no ver hoy lo que ayer.»  
Y la madre le responde:  
—«Si son tus sueños de oro  
coge la azada y vé donde  
ha muchos siglos se esconde  
un riquísimo tesoro.—  
Y el hijo escuchando atento,  
del viento el eco bravío,  
responde con sordo acento:  
—Quiero ser igual que el viento,  
igual que el agua del río.





Ya otra vez, porque me viste  
dispuesto a partir, dijiste  
por retenerme a tu lado:  
Cava en la tumba de aquella  
reina, que murió doncella,  
y mandó fuese enterrado  
su patrimonio con ella.  
Y alentando mi quimera  
dijiste: «Guarda brillantes  
la tumba en su entraña austera,  
y una blanca calavera  
coronada de diamantes.  
Y valiosas arracadas,  
y riquísimos anillos,  
y, en el polvo sepultadas,  
esmeraldas engarzadas  
sobre huesos amarillos.»  
Mas era tu fantasía  
igual que la que me cuentas,  
pues no halló la ambición mía  
mas que blancas osamentas.  
Madre: Yo quiero luchar,  
poderoso quiero ser,  
al mar vá el río a parar,  
tu eres de mi vida el mar  
y a tí, madre, he de volver.  
Y luego, alzando la mano  
hacia el pórtico cercano,  
el hijo prosiguió así:  
—Allí hay trabajo, riqueza,  
aquí quietud y pobreza...  
¡Madre: El tesoro está allí!—  
El hijo calló; el ciclón  
azotaba el aposento  
y ponía con su son  
sombras en el pensamiento,  
pavor en el corazón.  
Del hogar la lumbre escasa  
mostraba una viva brasa  
cual encendido rubí.  
La madre al hijo besó...  
Pero el hijo repitió:  
—¡Madre: El tesoro está allí!—

### El canto del foso.

En un sombrío patio donde crece la yedra,  
y brotan entre escombros jaramagos y ortigas,  
hay una puerta angosta, cuyo escudo de piedra  
se adornó muchas veces con testas enemigas.  
Da acceso a un misterioso subterráneo, que avanza  
igual que una serpiente, callado y cauteloso,  
marchando entre tinieblas hasta que al fin se lanza  
y hiere las entrañas tenebrosas del foso.  
Tiene nichos cegados y escalones hundidos,  
recovecos temibles en las sombras perdidos.  
trazados por la mano del ingenio marcial;  
corredores medrosos, y a su fin una puerta  
que para los azares de la guerra fué abierta  
y que da paso al foso de la torre feudal.  
Surca el foso un arroyo que mana de las quiebras  
do tienen sus guaridas gigantescas culebras,  
nace y se hunde en la grieta profunda de un peñón,  
como sangre que parte del corazón, y apenas  
ha dado vida, vuelve por escondidas venas  
de nuevo al corazón.  
Los troncos que recortan sus perfiles escuetos  
sin ramas y sin hojas, semejan esqueletos  
que duermen, abrazados, un sueño funeral.  
Troncos que no supieron de floridos abriles  
y en los que, en vez de pájaros, anidan los reptiles,  
y a los que nunca llega del sol la luz triunfal.  
Cuando en los días grises, una nube acuosa  
desciende sobre el foso sin penetrar en él  
cubriendo con su manto la abertura horrorosa,  
diríase una venda que una mano piadosa  
coloca, blandamente sobre una herida cruel.  
Acaso, en un milagro, entra un rayo furtivo  
de sol, que pone un halo resplandeciente y vivo  
llegando a las tinieblas con noble majestad,  
y a su luz los viscosos reptiles se amedrantan,  
lanza el agua destellos, y las sombras se espantan  
sintiendo profanada la dulce oscuridad.

\*\*\*





### El canto de la Despeñadora.

El hijo se fué; la madre  
quedó sola en el castillo  
sintiendo en su hogar sencillo  
la pena y la soledad.

El hijo se fué; la madre  
vió perderse su silueta  
de una aurora en la violeta  
y opalina claridad.

Le vió partir, y al mirarle  
perderse en la lejanía,  
una doliente agonía  
sintió en su pecho nacer...

Cuando con alma dolida  
vemos irse a quien amamos,  
a nuestro pesar pensamos  
que jamás ha de volver.

La madre alzó sus harapos,  
limpió sus ojos con ellos,  
sus ojos, ya sin destellos,  
que, ante su amargo dolor,  
fulgieron, como el rocío  
de la aurora a los reflejos,  
fulgura en los troncos viejos  
que están sin hojas ni flor.

Y los meses desfilaron  
con esa pesada calma  
conque los contempla el alma  
que tiene algo que esperar,  
con esa calma sombría  
que ve en la noche quien vela,  
y en el día quien anhela  
ver las tinieblas llegar.

Entre el castillo y el borde  
del hondo foso sombrío,  
hay un pequeño baldío  
y, alzado en medio de él,  
una estatua milenaria  
que muestra, envuelto en la yedra,  
un caballero de piedra  
sobre un pétreo corcel.

Partido está el casco donde

las aves han hecho nido,  
el fuerte brazo esculpido  
sostiene un grueso lanzón,  
y el rostro del caballero  
con retadora apostura,  
semeja de la llanura  
desafiar la extensión.

Una noche, la harapienta  
moradora del castillo,  
al ver extinguirse el brillo  
resplandeciente del sol,  
subió al pedestal ruinoso,  
llegó a la estatua, y en ella  
colocó como una estrella,  
un encendido farol.

Y desde entonces, apenas  
la lumbré del sol moría,  
la castellana salía  
y colgaba del lanzón,  
el farol que al caminante  
le mentía, desde lejos,  
con sus trémulos reflejos,  
el refugio de un mesón.

El camino que cruzaba  
por la desierta llanura  
dejaba a un lado la obscura  
y ancha torre señorial,  
y entre el camino y la estatua,  
y de esta a distancia poca,  
abría su negra boca  
el hondo foso fatal.

¿Qué espera la castellana  
cuando en las noches serenas  
desde las altas almenas  
interroga la extensión...?

¿Por qué, si escucha a lo lejos,  
rodar una diligencia  
con espantosa impaciencia  
se le salta el corazón...?  
¿Qué espera con afán tanto  
en la almena reclinada  
como una sombra escapada  
de la cripta funeral...?





del. de Alons

¿Qué delirio la consume...?

¿Qué deseo la amedrantá...?

¿Por qué la aurora la espanta  
con su claridad triunfal...?

¿Qué espera...? Ved... Una noche  
hacia el farol mortecino  
dejó una posta el camino  
y por el llano avanzó...

Se oyó un relincho terrible,  
luego un estruendo espantoso...

¡al fondo del negro foso  
la posta se despenó...!

Y otra noche fué un fraile, caballero  
en una grave mula enjaezada,  
el que dejó el sendero  
del farol tras el débil reverbero,  
buscando la piedad de una posada.

Quizá en la calma de la noche oscura,  
al lento andar de su cabalgadura  
componía un romance con su plectro,  
y, abstraído en la gracia de una rima,  
llegó a la negra sima,

y en el suelo se hundió como un espectro.  
Otra vez fué un hidalgo, que en su yegua  
galopaba sin tregua  
como una aparición de la llanura  
hija del viento y de la noche oscura.

Quizá pendiente del arzón traía,  
su bolsa bien repleta,  
galopó hacia la luz que allá fulgía...

¡Y se tragó la tierra su silueta...!

Y acaso algún mendigo caminante,  
a quien la noche sorprendió en el llano,  
marchó tras el reflejo vacilante,

a tender, implorante,  
el negruzco sarmiento de su mano.

Sonaba, caminando por el prado,  
con las benditas llamas del hogar,

con el trozo de pan recién cortado,  
y con el blando lecho del pajar.

Y cerca ya del resplandor piadoso  
que brillaba con trémulos fulgores,

cayó, con sus harapos y dolores,  
en las fauces del foso.

Con una antorcha en la mano  
por el subterráneo oscuro  
marcha con paso inseguro  
la madre al foso fatal,  
y cual ave de rapiña  
que cae sobre presa inerte,  
le va arrancando a la muerte  
su tesoro funeral.

Rasga con manos febriles  
le capa del cortesano,  
busca con ávida mano  
de rodillas junto a él,  
la antorcha su luz expande  
formando triste penumbra,  
y con su fulgor alumbra  
la escena sublime y cruel.

Tras la fúnebre tarea  
se marcha con los despojos,  
terribles fantasmas rojos  
finge la antorcha al brillar,  
que escapan atropellados  
tras las sombras tenebrosas,  
por las entrañas ruinosas  
de la torre secular.

Y en la vetusta capilla,  
bajo una losa del coro,  
guarda la madre el tesoro  
que reúne con fervor,  
y, cual águila insaciable,  
en el nido de granito  
esconde el fruto bendito  
de sus rapiñas de amor.

Piensa que el hijo, rendido  
de luchar contra la vida,  
retornará a la guarida...

Su madre le espera allí.

Y si otra vez la ambición  
se lo quiere arrebatár,

podrá la madre gritar;

¡Hijo: El tesoro está aquí...!





### El Canto del postrer viajero.

Bajo el dosel nublado de los cielos  
llegó una noche, pavorosa y negra,  
adornada con clámides sombrías,  
destrenzada la oscura cabellera,  
en la que a veces, con temblor de joyas,  
chispeaban vivísimas centellas.  
El huracán barría la llanura,  
y su sonora orquesta  
templaba, con dolientes armonías,  
el brusco trepidar de la tormenta.  
Fantasmas tenebrosos  
envueltos en girones de la niebla,  
danzaban por el llano, se agrupaban,  
y hufan en fantástica carrera,  
sembrando de rumores la llanura  
con un chocar de huesos y de piedras.  
¿Quien en tal noche sospechar podría  
que del castillo en la mansión desierta,  
un ser humano, que las sombras ama,  
desde la torre vela?

De un rayo el breve y musical destello  
mostró en el somo de la torre vieja  
una mujer, que como estatua altiva,  
miraba, absorta, la llanura inmensa.  
La seca mano en el menton, y el codo  
apoyado en la almena,  
flotando al viento los harapos negros,  
la madre aguarda, de ambición sedienta.  
Del farol, en la estatua suspendido,  
la diminuta llama pendolea,  
y en la negra pupila de la noche  
brota, como una lágrima bermeja.  
La madre aguza su atención, se empina,  
fija en las sombras sus pupilas yertas  
y con la mano en el oído, escucha  
un extraño rumor... Siente en sus venas  
agolparse la sangre... No se engaña...  
Alguien, perdido en la llanura yerma,  
hacia la luz fatal que arde en las sombras,  
galopando se acerca.

Ya se escucha el chocar de recios cascos,  
y el jadear sonoro de la bestia,  
un relincho triunfal hiende los aires...  
Uno más... ¿Qué traerá...?—la madre piensa.  
Quizá marcha a hacer compras al mercado,  
o quizá torna de copiosa venta  
y lleva las alforjas bien surtidas  
y las bolsas hinchadas de monedas...  
O entre los pliegues de su ropa esconde  
el preciado tesoro de una perla,  
o es hidalgo que lleva ricas joyas  
para sus nupcias, en galante ofrenda...  
O trae quizá... Pero llegó el momento...  
Un relincho terrible... una blasfemia...  
después un grito pavoroso...: ¡¡Madre!!  
¡Hijo mío...! otro grito le contesta...  
un estruendo satánico en el foso...  
un alarido ronco en las almenas...  
un gemido en el viento, y en las nubes  
la serpiente de luz de una centella.

### Epílogo

Cuando las negras águilas  
llegan bogando por el mar del cielo  
y arrían como velas  
las amplias alas que combate el viento,  
para anclar con sus garras aceradas  
en el islote del castillo muerto,  
al posarse en las gráciles almenas  
hallan un esqueleto.  
La blanca calavera que se apoya  
en la mano de hueso  
dibuja un alarido espeluznante  
con sus dientes abiertos.  
Y los ojos atónitos, vacíos,  
por el espanto y por la muerte ciegos,  
mirando eternamente al negro foso  
parece que maldicen a los cuervos...

*Agustín de Moya*



# FRASES Y FRASECILLAS

## A más moros, más ganancias

Nuestro excelentísimo monarca Carlos V—o Carlos *usted*, como decía Gedeón—fué grande *per se* y *per accidens* y lo decimos en latín para despistar.

Fué grande porque lo era y además porque estaba rodeado de una colección de guerreros que quitaban el hipo, vamos al decir.

Uno de estos fué el marqués de Aguilar, el cual es el autor de la frasecilla de «los moros y las ganancias», frase que revela un valor rayano en la temeridad y que viene a ser, además, una especie de máxima para los conquistadores de territorios.

Cuando se iba a emprender la conquista de Túnez, hubo un timorato u oficioso que le dijo al marqués, sobre poco más o menos, que la morisma que les esperaba era numerosísima y que debían retirarse a casita que era lo más prudente, como dicen en *La vuelta del vivero*. Entonces el señor de Aguilar engallado, erguido, solemne y mayestático replicó:

—Mejor, así venceremos a más y será mayor el despojo... ¡A más moros, más ganancias!

Admirable y magnífico o magnífico y admirable, pues según la Aritmética el orden de los factores no altera el producto... Entusiasmémonos, pues, al recordar la arrogante contestación del guerrero ilustre y retirémonos por el foro izquierda.

## Casi todos, señor, somos mortales.

Lugar de la acción: La Capilla del Real Palacio de Versalles.

Personajes: Luis XIV, un predicador gordo—casi tan gordo como Aurelio Matilla—cortesano, cortesanos, coro general y acompañamiento.

En la augusta majestad del templo se oyen lentas, pausadas y solemnes las palabras que desde el púlpito pronuncia el orador sagrado. Habla de esta vida efímera y de la vida eterna.

Los oyentes se emocionan y ponen en Dios el pensamiento: anhelando gozar las venturas perdurables de la Gloria.

El monarca *Sol* escucha con igual recogimiento y unción que los demás. Las palabras del sacerdote gordo van llegando a su alma como oleadas saludables que vivificasen su espíritu. El predicador mirando al soberano, con voz grave y severa dice:

—Todos, señor, todos somos mortales.

Luis XIV frunce el ceño y hace una mueca de disgusto y enojo ¿Cómo es posible que él, monarca grande y omnipotente pueda ser comprendido en ese *todos* tan amplio y tan elástico?

El predicador le mira y ve brillar en los ojos del rey un chispazo de ira... Entonces rectificó diciendo:

—*Casi todos, señor, somos mortales.*

Luis XIV sonríe, el sacerdote respira satisfecho... y cae el telón.

¡Parla!

Esta palabreja, realmente no tiene nada de particular y no valía la pena el incluirla aquí dándola un honor que no la corresponde.

Pero no crean ustedes que nos referimos a la voz

que los mozos de tren dan en la estación de Parla—M. Z. A.—ni muchísimo menos. Si a ésta nos refiriésemos hubiéramos añadido su complemento que es: «¡Un minuto!»

No, señores, es decir, no, lectoras y lectores. Estamos tratando de una palabreja, frase al mismo tiempo, que un gran hombre pronunció en una cierta ocasión, palabreja que la historia nos ha transmitido para que tengamos el gusto de conocerla.

Entremos en materia y salgamos enseguida, para no molestar... Miguel Angel, el coloso de la pintura, de la escultura y de la arquitectura, cuando terminó su celeberrima y nunca bastante ponderada estatua *Moisés*, sintió una satisfacción tan grande, tan intensa y tan vanidosa—digámoslo claro—que contemplando su obra, creyéndola perfectísima y considerando que no la faltaba más que hablar, dijo:

—¡Parla!

Pero su *Moisés* no *parló* porque era una estatua, y más cuenta le tuvo a su autor que no *parlase*... ¿Por qué?

Pues porque de haber tenido el uso de la palabra le hubiera preguntado a don Miguel si se le había muerto la abuela... ¡No les quepa a ustedes la menor!

## «Averigüelo Vargas».

Si alguien nos preguntase el origen de esta frasecilla tan conocida de todos, para dar más fuerza a la frase en cuestión deberíamos contestar con la frase misma, esto es, que diríamos:—Averigüelo Vargas—y nos quedaríamos tan frescos.

Pero no se trata de eso, ni muchísimo menos. Como nos hemos impuesto la obligación de explicar a nuestros lectores la historia y origen de todas las frases que nos caigan a pelo, no tenemos más remedio que contar de esa frase lo que buenamente sepamos y de paso daremos a conocer la miaja de erudición que nos gozamos para nuestro particular uso. Vamos allá.

Había en la corte de los reyes Católicos D.<sup>a</sup> Isabel y D. Fernando un licenciado llamado Vargas que pertenecía al Consejo de Castilla. Este Vargas, según cuentan las crónicas era un *sabelotodo*.

Los cristianísimos monarcas que estaban hasta las respectivas coronas y coronillas de tantos y tantos asuntos como continuamente les salían al paso en sus estados vastísimos, confiaban en la suficiencia del licenciado que a cuantos le demandaban noticias y detalles de esto o de lo otro contestaban invariablemente:

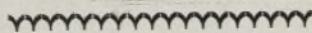
—Averigüelo Vargas.

Y el bueno de Vargas lo averiguaba todo en menos que canta un gallo, y los reyes tan contentos con tan consumado y completo averiguador!

Y nosotros también encantados de no haberle mandado a Vargas (q. e. p.d.) que averiguase el origen de la frase que acaba de ocuparnos.

Por la recopilación,

ANTÓN TRIJUEQUE





## EL MILITARISMO EN FRANCIA

# UNA FIESTA EN LA ÓPERA

Francia, con el orgullo de la victoria, se siente militarista y gusta gozar del esplendor de los brillantes uniformes. Al organizar un baile en la Ópera, lo ha querido preludear con un desfile militar realizado con extraordinaria vistosidad. Francia está orgulloso de sus soldados y quiere lucirlos. Si en estos momentos Francia tuviera un Napoleón, la guerrera hubiera desencadenado nuevamente en Europa.

La fiesta de gala de la Ópera, ha revestido todos los caracteres de un acontecimiento. Primero, 4 celebradas actrices de la Comedia francesa y del Odeón recitaron poemas patrióticos compuestos por Fernando Deleón, Leo Larguier, Andrés Dumas y Luis Payen. Después, tuvo lugar el gran desfile histórico de las representaciones de los ejércitos franceses desde el siglo xv hasta nuestros días.

Comenzó el desfile al pie de la gran escalera de honor que encuadran los guardias municipales, con uniformes de gran gala. Sonaron los pí-

fanos y tambores que tocaban una marcha de antiguo sabor. Detrás de ellos, en pos de temibles arqueros apareció Juana de Arco, cubierta con su armadura, grave y recogida como si en lugar de entrar en la Ópera, entrase en Orleans. Seguían

en el cortejo, Dunois, La Hire, Xaintrailles, después Bayardo con su enorme espada, luego los guardias de Francisco I, los tambores de Luis XIII, los mosqueteros, Condé, Turana, Vauban, el cardenal Richelieu, el mariscal de Sajonia y los guardias franceses de Luis xv. Los pífanos cesaron de tocar y fueron reemplazados por cobres. Es la revolución que pasa. Los descamisados salvajes, los vencedores de Valmy con las primeras banderas tricolores,

después La Fayette, después el Consulado. Se oye la canción de los vencedores de Marengo, y se presenta Napoleón vestido de cazador de la guardia y acompañado de toda la cohorte de mariscales. Luego se presenta el mariscal Bu-



FIESTA EN LA ÓPERA DE PARÍS.—Napoleón, seguido de su corte de Mariscales, se presenta majestuoso encarnando la época de mayor poderío de Francia.



geoud, los soldados de Africa, los cazadores de Vincennes, los zuavos, los turcos y por fin los oficiales de 1870, Chanzy y los coraceros de Reichshoffen.

Tras de esta fantástica agrupación, se presentan precedidos de los alumnos de Saint-Cyr y de la Polytechnica, los soldados que hicieron la Gran Guerra en toda su diversidad de aspectos: infantes, cazadores, ciclistas, coloniales, zapadores, jinetes, marinos, artilleros, aviadores, aerosteros, spahis, senegaleses, soldados de los carros de asalto y del servicio de sanidad. Estos soldados no son disfrazados, sino reales; muchos de ellos portan en sus pechos los emblemas de la Legión de Honor, de la Medalla Militar o de la Cruz de Guerra que recuerdan su intervención en la sangrienta contienda.

El cortejo atraviesa la sala y llegó a la escena. El telón se levantó entonces y apareció la vista de Estrasburgo, empavesada con banderas francesas. Las bailarinas de la Opera, vestidas de alsacianas salieron trayendo flores para los soldados de cinco siglos. Todos ellos, con sus banderas, formaron un cuadro en cuyo centro se hallaban los combatientes de la gran guerra, a la izquierda se situaba Juana de Arco, a la derecha Napoleón. En aquel momento, se adelantó el barítono Note, vestido de arillero de 1870 y comienza a cantar la Marsellesa... Al terminar la segunda estrofa se le acercan dos alsacianas y le dan un beso... Toda la sala resuena en un aplauso formidable.

Francia se encuentra borracha de gloria y se entrega entusiasmada al himno nacional que le recuerda al mismo tiempo que la victoria, las angustias de los primeros días y los esfuerzos inauditos gastados para alcanzarla. Todo le parece



En la Sala de la Opera de París el Gobierno y los mariscales franceses presiden la reunión de la Alta Sociedad que asiste complacida a la exposición del poderío militar de la República.

poco para sus soldados y hace bien. Pero quizá se complazca demasiado en la contemplación de sus fuerzas militares, quizá al verlos tan brillantes le incite a pensar en su oportuno aprovechamiento.

El espectáculo fué presidido por el presidente de la República, el presidente del Consejo con sus ministros y los tres mariscales de Francia. Todo París se disputó un sitio en el teatro. La recaudación por las entradas pasó de medio millón de francos. Los grabados que acompañan a estas líneas, copia el primero de un dibujo de Georges Scott y tomado el segundo de una fotografía, muestran el esplendor extraordinario de la fiesta militar con que Francia ha querido adornar una fiesta en la Opera.



# BURLA DE MOZAS

*Producción inédita  
de Prudencio Canitrot*

¡Mozas de Gondar y Villalonga, no cantéis más en tono burlón, al volver de La Lanzada, el desliz de Carmela! Si el de ella fué sonado, el vuestro puede ser algún día oculto y destilar tanta hiel como la que vuestras canciones derramaron en el alma de la moza aquella. No supistéis de su desventura más que un cacho pequeño que os contó el ciego de Padrenda una tarde de vendimia al son de su acordeón viejo y desafinado. Y como el ciego tiene la perversidad de los cuernos del escarabajo y vive de la maledicencia de sus fábulas y de la perfidia de su risa y de las palabras inciertas de su boca desdentada, sirvióle el desliz para tejer un cuento jocundo e intencionado. Yó sé el por que del pesar de Carmela y os lo voy a decir mozas galanas y hechizadas, para que vuestras coplas se conviertan en un recuerdo de pena y para que su memoria os sea grata, comotal rapaza se merece. Después os pido, que cuando veais al ciego de Padrenda — que es zafio y burlón como un sarillo, que anda sólo, sin la ayuda de nadie por esos caminos y veredas gustando el mosto de los lagares y la borona de las artesas — le privéis de vuestras risas juveniles que tanto halagan y embelesan al muy chancero. Que vaya a sacudir las pulgas a la orilla del mar o a calentarse a las tejeras de Dena...!

\*\*\*

Eráis vosotras unas rapazas aún, cuando achacaron a su padre, que era un cuitado, la muerte del recaudador de contribuciones que apareció una tarde, tieso y frío, con la cabeza hecha una criba, en el borde de un camino de esta aldea. Al decir de muchos parlarnelos, la muerte de tal sujeto era cosa decontada que de tal guisa tenía que acontecer, porque era un palafustán endemoniado que llevaba siempre consigo unas odiosas papeletas y una muy mala voluntad. Y como las

gentes suelen tener también de esto último un buen acopio, en vez de guardar la lengua, diéronse a propalar aquellas sospechas, no sé si bien fundadas, señalándole más tarde sin recafo alguno al desaparecer de la aldea. Lo cierto es que el padre de Carmela se fué a América como uno de tantos emigrantes; pero lo que no os puedo decir es si huyó del hambre o de la justicia... ¿No pensáis conmigo, mozas galanas, que huir de cualesquiera de estas dos cosas es propio y esta siempre justificado?

Su mujer desconsolada, no volvió a tener más noticias de él y pasados unos años de larga es-

pera, decidió guardarle luto y rezarle una misa, como si hubiese finado, hasta que un día finó ella, pobre y miserable, dejando a Carmela de igual manera tan sola, en este mundo de nuestros pecados y ponzoñas.

Así la habéis conocido vosotras, sin más amparo que su mocedad — que no es amparo sino peligro que acecha siempre el monstruo de la carne, — ágil para el trabajo, tan linda

como vos lo sois y sirviendo de criada en una modesta casa, sin más soldada que el yantar.

¡Oh mozas, compadeceos de ella, que no tuvo nunca un pañuelo de seda rameado, ni unos zapatos para ir en romería, ella que pudo mejor que vosotras llevarlos de seda y de charol y vestir rico dengue graneado y arracadas de precioso metal!... Os estraña mi afirmación ¿verdad? Pues escuchadme y veréis.

Un día, pasados unos cuantos meses después de la muerte de su madre, don Ramón el cacique, al que mejor conoceis por el «Giricho», llamó a Carmela a su casa para decirle que su padre estaba vivo y sano en una apartada región del Nuevo Mundo, desde donde le escribía en secreto





para que notificara a su mujer y a su hija la buena noticia. En honor a la verdad os diré que la moza la recibió sin pestañear y sin emoción, pues pensaba que su padre, vivo, serviríale de lo mismo que cuando le creía muerto. Don Ramón, después de leerle una extensa carta en la que se hacían protestas de cariño para ella y para su difunta madre, como si lo supiera de memoria, añadió levantando la vista del papel: «Dígales que guardo mis ahorros y mis cariños para ellas, ya que no puedo volver a esa.»

Carmela sólo encargó que le contestara de su parte, notificándole que era sola y desamparada; que estaba buena, que todo lo habían vendido sin que quedara un insignificante bien que labrar.

El «Giricho» prometió hacerlo así, advirtiéndole que a nadie dijera la menor palabra del paradero de su padre. Era un secreto que había que guardar hasta tanto no variasen las circunstancias.

Mes y medio después, Carmela fué llamada de nuevo a casa del «Giricho». Había venido otra carta en la cual se dolía el padre de la muerte de su compañera, compadeciéndose de su Carmeliña y dándole alientos y esperanzas. A la terminación de la lectura llena de saltos y vaguedades, volvió a leer el cacique: «díga a mi hija que guardo para ella mis cariños y mis ahorros».

Carmela de esta vez se emocionó y corrieron en silencio por sus mejillas unas gruesas lágrimas.

—No te apenes, rapaza—le decía el «Giricho»—ya ves que tu padre vive y no se olvida de ti.

Pero el «Giricho», cuyo mote le cuadra mismamente como un balazo en la sien, que es un «rábula» lleno de maldad, pleiteante afamado de la casta tradicional de usureros rurales, no leía los párrafos en que se hablaba del dinero que en letras de cambio acompañaban a las cartas. El se encargaba de cobrarlas, cumpliendo lo que decía el remitente; pero no completaba el mandato. Tenía como buen usurero que cobrar la comisión y el secreto, y valiéndose de la ignorancia de la pobre moza, no la entregaba ni un real.

Por este tiempo fué cuando Carmela adquirió relaciones amorosas con aquél mozo garrido de San Payo, del que os habeis burlado tantas veces. Ella le quiso como se quiere al primer amor, al hombre del que se escuchan palabras halagadoras. El también, en los primeros tiempos, la quiso; prueba de ello, las burlas que escuchó sin hacer apenas reparo y sin pararse a contestarlas. Pero llegó a cansarse, y vino el rompimiento. Tanto le «soaban» los oídos con el «Giricho», que si Carmela iba a su casa, que si éste la llamaba con frecuencia, que si la había querido re-



galar un pañuelo, que si la trataba con cariño, que un día la abandonó...

El mozo, acaso libre de una preocupación, no lo quedó de un compromiso adquirido con Carmela al dejarse ésta vencer por los impulsos de su cariño y las impetuosidades carnales de él.

Pero ¡ay, mozas! Esta debilidad, hija de nuestros sexos, es un mal que todas padecéis si llega un momento, una ocasión y un hombre tras vuestra cancela que vá vendiendo cariño. ¿No pensáis conmigo? Veo que bajais los ojos avergonzadas por mi atrevida pregunta. ¿Verdad que os la habéis hecho a vosotras mismas más de una vez?... Y como las lenguas malas—que son todas cuando la desgracia se ceba en una criatura—no se atienen a estas cosas, disculparon al galán, poniendo en duda la honradez de su moza y como hecho seguro, sus tratos con el «Giricho» a cuyos oídos llegó la infamia, y lejos de revelar la verdad, sonreía ufano el muy malvado, como uno de aquellos Nuberos que corren por los valles recogiendo en un saco negro los reptiles dañinos de los campos de los malos labradores, para ir a derramarlos a las posesiones de los buenos.

Carmela dió en enfermar. Ni el poder de las olas de La Lanzada dejándolas venir con su espuma siete veces hasta mojar su cuerpo desnudo ni la peregrinación a Santa Tecla, la curaron del mal que la adolecía, y vencida, sólo sus amos le tuvieron compasión. El «Giricho» era el único de vez en vez la iba a ver y la hablaba de su padre, leyéndole las cartas que contenían, según decía, cariños y promesas. Pero acaso le quedaba un resquicio de conciencia por el que soltaba unas monedas para mercar medicinas, llamar al cirujano y echar gallina al puchero. Las gentes no quisieron saber más, pues el «Giricho», un rábula sin entrañas ni conciencia, pleiteante de la casta



del Trasgo, protegiendo a Carmela, era en verdad un sabroso tema para que el ciego de Padrenda lo cantara, divulgándolo por estos alrededores, con toda la intención y toda la perfidia de la risa de su boca desdentada.

Y vosotras que le oísteis con regocijo ¿no os dá ahora pena? ¡Mozas de Gondar y Villalonga! Ya veo que mi relato produce lástimas en vuestros comentarios; pero vais a oír el final, ya que son vuestros corazones propicios a conmoverse por el dolor, como lo fueron antes con embeleso por la afrenta, igual que las ramas de la adelfa al oscilar por la caricia de cualesquier viento. Pero pensad conmigo que tiene este arbusto unos racimos de flores rojas y otros de flores blancas, que son más amargas que las mismas hieles.

Una noche Carmela dió a luz el fruto de sus amores con el mozo de San Payo. Sus débiles brazos apenas le pudieron estrechar contra el pecho, porque faltaba en ellos la vida. Sus labios no lo besaron porque carecían de la humedad y de la color que tienen los vuestros; eran unos labios exangües, sin vida también. Únicamente sus ojos lloraron de emoción y de pena cuando su ama, cogiendo la criatura, se la mostró al «Giricho» diciéndole:

—Don Ramón; recoja este retoño que nace de una madre moribunda y cuide de sacarle el sino fatal que decontado muestra en la frente. El cielo se lo ha de premiar...

El «Giricho» guardó silencio. Una sombra pasó por delante de sus ojos, y cuando volvió a ver, se encontró con el crío en brazos, sintiendo que desde el fondo del pecho, donde se hallaba escondida su alma, le subía una oleada de bondad; y mandando retirar a un lado de la habitación a los presentes, se acercó a la moribunda diciéndole muy por lo bajo:

—Carmela: Te voy a revelar un secreto... Pídotte que fines sin pena... que tu entierro será lucido y sobre tu caja irá una corona... Mira: tu padre...

Carmela plegó los labios, sus pupilas se dilataron y llevó al otro mundo una sonrisa débil, dulce e inocente.

El «Giricho» apartándose de la difunta guardó silencio un momento, con el rostro visiblemente pálido. Tenía al chico en sus brazos, su mirada poseía un brillo singular, así como si unas lágrimas quisieran asomarse a ellos, y entre dientes, pronunció estas palabras.

—Correrán los años, y este secreto que no me pertenece, tengo de empezarlo un día de esta guisa: «Mira; tu abuelo...»

¿Habéis entendido?... Ya que veo que llorais, que cesen desde hoy vuestras burlas. Maldecid al «Giricho» y rezad por Carmela.

PRUDENCIO CANITROT.

## CASOS Y COSAS

Estando un día comiendo en un club de París el barón Rothschild, oyó decir a un caballero que estaba hablando con otro señor:

—Estoy fastidiado. El otro día presté a X. diez mil francos, sin recibo, y se ha marchado a Constantinopla.

—Escríbale usted—dijo el barón dirigiéndose al que acababa de hablar.

—Ya le he escrito; pero no me contesta.

—Entonces, amigo mío, póngale usted una carta en esta forma:

«Sr. D. Fulano de Tal: Cuando los turcos y las turcas le dejen a usted un rato de lugar, tenga usted la bondad de enviarme los veinte mil francos que le tengo prestados».

—Pero si sólo me debe diez mil...

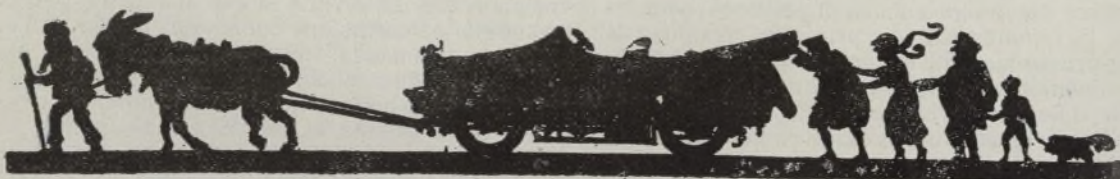
—Pues por eso precisamente. De seguro que en cuanto reciba la carta responderá diciéndo que

no debe más que la mitad de la cantidad que usted le reclama; y entonces, ¿para qué quiere usted más recibo?

\*\*\*

A muchas personas les parecen ridículos los amplios pantalones que gasta la gente de mar. Sin embargo, tiene una explicación semejante moda, adoptada hace muchos años por todas las marinas del mundo. El marinero tiene que trabajar en el agua más que en seco, y por tal razón debieran usar calzones cortos; pero como no ocurre así, hubieron de ensanchar todo lo posible los largos que hoy llevan para poder nadar y moverse en el agua con más desenvoltura.

Por igual razón las blusas son también de gran amplitud, a fin de que no entorpezcan los movimientos del individuo dentro del agua.





## DIVULGACIONES CIENTÍFICAS

### PARA SACAR LOS BARCOS HUNDIDOS EN EL MAR

En la pasada guerra ha sido enorme el número de navíos que fueron hundidos, principalmente por las minas y por los submarinos, lo que supone una inmensa riqueza, que yace en el fondo del mar.

No solo el cargamento de estos barcos sino sus cascos representan una cantidad de millones no despreciable y para su extracción se ha constituido una poderosa sociedad que, utilizando medios ya empleados y otros recién inventados, se prometen poner a flote la mayoría de los buques sumergidos, muchos de los cuales, convenientemente reparados, podrán surcar otra vez las procelosas aguas en cuyo fondo han dormido, algunos bastante tiempo.

Ya los japoneses pusieron en juego su fértil ingenio para sacar del fondo del mar los buques de guerra rusos, que habían sido echados a pique frente a Port Arthur, utilizando el *hidroscopio*, especie de telescopio gigantesco para explorar el fondo del mar y provisto de unos brazos o tentáculos mecánicos que cogen o levantan los objetos sumergidos.

Después se han ideado nuevos tipos de hidroscopios sumamente ingeniosos entre los que se encuentra uno que permite trabajar en fondos de arena. La cámara inferior del aparato se parece a una campana de buzo con el fondo completamente abierto; el tubo en vez de ser rígido, es telescópico, y los obreros trabajan en una atmósfera de aire comprimido.

Su funcionamiento es muy sencillo. Se hace bajar el hidroscopio hasta que sus bordes descansan en la arena, y enseguida se hace entrar el aire comprimido que expulsa el agua. Los hombres excavan la arena y la cámara se va hundiendo a medida que se profundiza, lo que es fácil por la estructura telescópica del aparato. Así, aunque un buque esté totalmente enterrado en la arena, se puede trabajar en su derredor y dejarlo al descubierto para facilitar la operación de subirlo.

Hay otro modelo de hidroscopio, en que la cámara inferior tiene la forma de un submarino, provisto por debajo de una rueda que le permite marchar por el fondo del mar. Este submarino puede desprenderse del tubo del hidroscopio y navegar o correr sólo, a cuyo fin los motores eléctricos, que accionan una hélice, yendo además provistos de potentes proyectores y dos brazos mecánicos con sus correspondientes garras para coger los objetos. Con este aparato se puede recorrer, como en un automóvil, las cubiertas de los barcos, para estudiar no sólo su situación y la manera de subirlos, sino para ver si sus

averías son susceptibles de arreglarse. El submarino lleva también bastante provisión de aire comprimido y puede permanecer sumergido de diez a doce horas, que puede prolongarse, en caso necesario, hasta veinticuatro, sin que sobrevenga graves perjuicios.

Examinado el casco y determinados su estado y posición se izan los barcos por un procedimiento ingenioso, que consiste en un sistema de sacos cilíndricos impermeables, sujetos a una armazón de madera y provistos de tubos que van a parar a un barco en el que hay una bomba de aire comprimido.

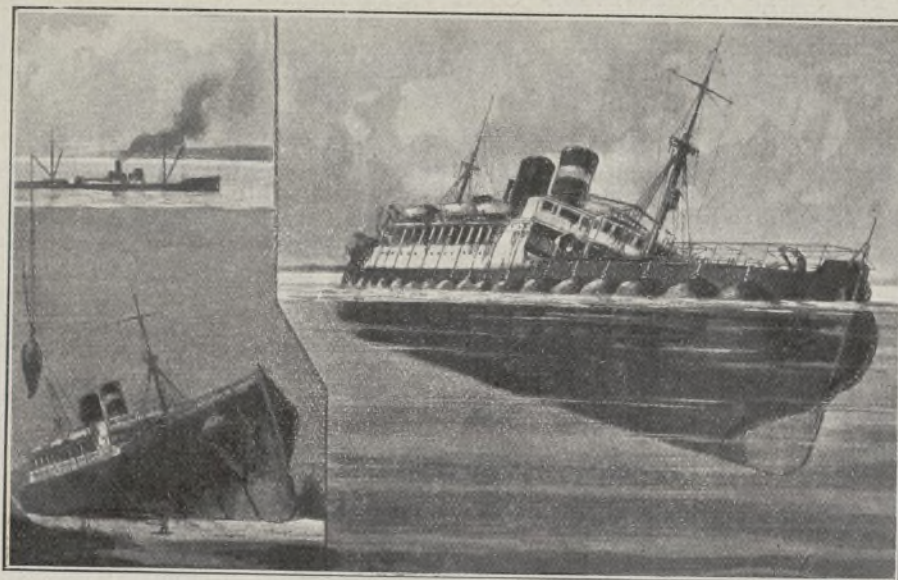
Se baja el aparato hasta la embarcación sumergida, se ata a ella los sacos, y haciendo entrar aire en éstos, empiezan a inflarse como vejigas y no tardan en subir a la superficie juntamente con el barco. Un elevador de nueve sacos es suficiente para subir 130 toneladas.

Con los buques de gran tonelaje se emplea otro procedimiento. Es una doble serie de brazos, cada par de los cuales parece unas tenazas gigantes. Se suspenden estos brazos de varios pontones, situados a uno y otro lado del sitio donde yace el buque sumergido. Los brazos, bajando por los costados del barco, se cierran cogiéndolo a modo de enormes pinzas, repitiéndose la operación de proa a popa. Los cables de donde penden los brazos, a una señal dada se



Una boya con campana sirve para fijar el sitio del barco hundido, facilitando su identificación en el caso de que por temporal, haya que suspender las operaciones de salvamento.





Este procedimiento consiste en colocar en los costados del barco hundido grandes bolsas impermeables, las que al ser llenas de aire comprimido adquieren una fuerza de flotabilidad capaz de extraer el barco del fondo del mar.

arrollan en grandes tambores colocados en los pontones y que funcionan por vapor; tiran simultáneamente los brazos del barco hundido, que poco a poco va subiendo hasta quedar su quilla al descubierto.

Entonces se examinan sus averías y si son de escasa importancia se reparan allí mismo y si no, sin separarlo de los pontones se le lleva al dique.

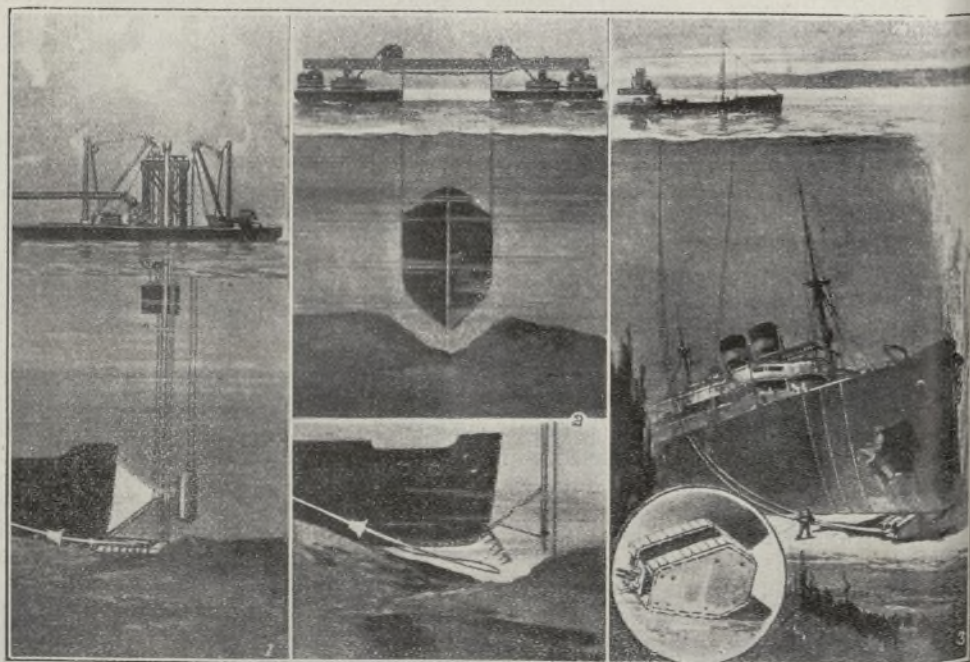
El procedimiento más nuevo que se conoce, empleado en las costas inglesas del canal de la Mancha, en las que tantos buques han sucumbido, consisten en dos torres de 60 metros de longitud construídas de cemento armado, formadas por una a modos de cajas, sujetas unas a otras por cables de acero embetunado.

Debido a la especial construcción de es-

tas torres flotan en el agua como verdaderos barcos y fabricadas en la misma playa, las fuertes mareas del mar del Norte se encargan de ponerlas a flote.

Llevadas al sitio donde está hundido el barco, los buzos pasan varios cables de acero por debajo de aquél, que van a amarrarse a las torres flotantes, que son remolcadas hacia la orilla, y la marea, en su descenso, deja casi en seco la embarcación que o bien es reparada en donde ha quedado varada o es remolcada a un dique.

Tales son los principales sistemas que se han ideado para sacar del fondo del mar los millones que a él lanzaron los submarinos y minas durante la guerra. Todos estos sistemas que son relativamente fáciles de aplicar cuando se opera en bajos fondos a los que pueden llegar los buzos,



Otro procedimiento de elevar los barcos hundidos es el que pone de manifiesto el presente grabado en sus distintas fases: 1. Un potente rastrillo accionando desde la superficie quita la arena del fondo sobre el que descansa la quilla. 3. Un pequeño automóvil sistema «oruga» pasa un cable alrededor del casco. 2. El barco es elevado por potentes máquinas que arrollan el cable.



ofrecen graves inconvenientes y son de difícil aplicación en alta mar y en parajes en que la superficie del mar se halle con frecuencia alborotada.

El mar es un avaro que guarda celoso los tesoros que se le confiaron y esta vez como siempre, por mucho que se ingenien los hombres, serán rescatados con dificultad los millones y barcos que le entregó la guerra.

\*\*\*

### Recuerdos Napoleónicos.

Un domingo del mes de Febrero de 1807, Napoleón pasaba revista a algunos regimientos de la Guardia, y acercándose a pie a un granadero que se hallaba en el primer término, y tocándole familiarmente en la espalda:

—Romeuf—le dijo, —no veo en tu pecho la cruz que te dí en Bolonia.

—Mi Emperador, si está ausente del uniforme, en cambio se ostenta sobre mi piel la cicatriz que imprimió un austriaco al romperla de una cuchillada, pero guardo los pedazos; esta es la prueba, tomad.

Diciendo estas palabras el soldado, se desabrocha y saca del seno un papelito que entrega al Emperador; éste, sonriendo, apenas lo hubo abierto:

—Escucha, Romeuf, le dijo te propongo un cambio.

El granadero frunció el ceño y calló. Napoleón continuó:

—Yo te ofrezco la mía por los pedazos de la tuya. ¿Quieres?

El soldado guardó silencio.

El Emperador añadió:

—Esto que te propongo ¿te conviene?

—Sí, mi Emperador—respondió al fin Romeuf con aire de satisfacción,—pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que no perdáis los pedazos.

—¿Tú la estimas en mucho?

—Sin ella, señor, yo descendería en la guardia indefinidamente.

—Entonces, bien, Romeuf, tú guardarás ambas

cruces, la tuya y la mía; los bravos como tú merecen dos, y el Emperador, después de estrechar la mano al soldado, se alejó, diciendo a su Estado Mayor:

—¡Oh! Romeuf y yo hace tiempo que nos conocemos. Somos amigos viejos.

\*\*\*

Un cabo de Granaderos, solicitó en una ocasión una audiencia de Napoleón. El Emperador al verle entrar le dijo:

—¿Qué quieres? ¿Vienes a quejarte?

—¡Oh, no, mi Emperador! Pero ya sabéis que mi anciana madre hace tiempo que todo lo ha vendido; yo nada puedo enviarla; las medicinas y los gastos aumentan. Mi tío, que es pobre también, me escribe que será fuerza llevarla al hospital... Si por efecto de vuestra bondad, mi Emperador, me prestaseis cien escudos para mandar a mi madre...

Napoleón tomó un papel, escribió en uno de sus fragmentos y se lo dió diciendo:

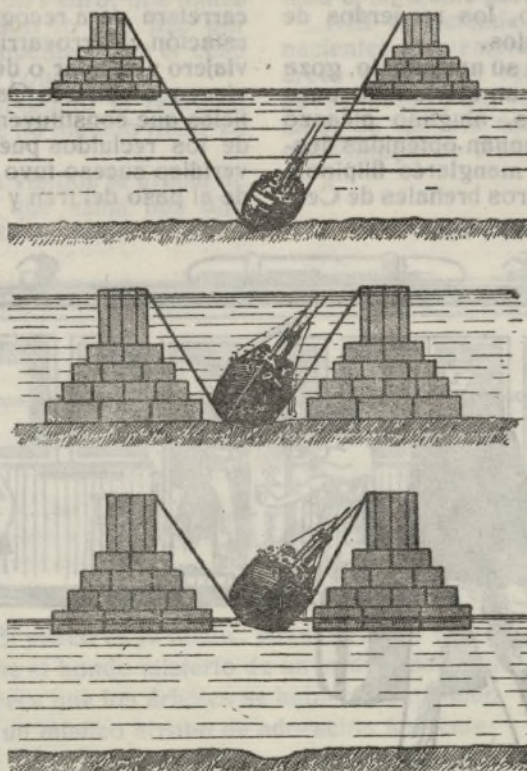
—He aquí un bono, irás allá y tendrás mil francos para tu madre; cuando hayas cumplido con ella volverás.

—Mi Emperador—le respondió más animado,—estos despachos que me dais alargarán la existencia de mi pobre vieja; y para que sea más equitativo al obrar indiscretamente, pues que me hacéis el don de prestarme cien escudos de mano a mano, para probaros que no es superchería que trato de jugar, yo os daré mi libreta, y vos mismo, mi Emperador, inscribiréis en ella el recibo para acreditarlo en todo tiempo; no sé diga que un individuo de Granaderos no es capaz de contraer un empréstito con uno de sus jefes.

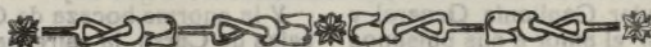
—Basta—exclamó el Emperador, sacando de la faltriquera un puñado de oro.—Toma esa cantidad por mi cuenta, sin cargo alguno, de la cual Dios me acusará el recibo.

El viejo soldado se frotó la frente con la mano, en la que le faltaban dos dedos, balbuceando con emoción:

—¡Ah! señor, vos salváis a mi madre, yo moriré gritando: «¡Viva el Emperador!»



El más moderno procedimiento para poner a flote los barcos, consiste en dos torres que se hunden a ambos costados del casco y que al ser vaciada el agua que contienen, flotan nuevamente arrastrando consigo el barco. El grabado indica las tres fases principales de la operación.





# Recomendante desconocido

SUCEDIDO

Don Pedro vive los últimos años de su vida tranquilo, dichoso, modesto y olvidado en un pintoresco rincón de la Serranía de Córdoba. Llegan hasta él, atenuados por la distancia, desvirtuados por los mismos órganos de transmisión, los rumores de la vida nacional que refrescan en su espíritu de viejo soldado, los recuerdos de una época de hechos y trabajos.

En el minúsculo pueblo de su nacimiento, goza el prestigio de un héroe y de un afortunado pues entre todos sus coetáneos, ninguno alcanzó como él las estrellas de Capitán obtenidas después de haber conocido los manglares filipinos, la manigua cubana y los ásperos breñales de Ceuta y Tetuán.

Sus conocimientos geográficos, de pintoresca exposición que atrae en el casino la curiosidad del más conspicuo grupo de asiduos, se funda en un estudio práctico, sobre el terreno, de los países que describe y la fauna y flora magallánica, como la africana o colombiana, los cursos de

rios, dirección de cordilleras, estado social, comercio e industria no tienen tan detallada descripción, ni aun tan veraz, en los más acreditados textos, como en la charla amena, sembrada de rudas interjecciones y matizada con el gracejo de la tierra del Capitán retirado Don Pedro Fernández.

Don Pedro es un oráculo, gratuita y reiteradamente consultado por todos los vecinos del pueblo en asuntos militares. La ley de reclutamiento, colocada sobre su mesa, se abre sola por determinadas páginas. Se forman, verbalmente por supuesto, más expedientes de exención en aquella casa, que en cualquier Capitanía General y Don Pedro, guiado por el amor a sus paisanos

escribe tantas cartas como el mismo Secretario del Ayuntamiento, para conseguir permisos, destinos de asistente o de ordenanza y para informarse de la conducta de sus recomendados.

Don Pedro, apoyado en su viejo palasán desciende todas las tardes por las revueltas de la carretera para recoger su correspondencia en la estación el ferrocarril, para revisar al personal viajero y saludar o despedir a los conocidos que vienen o van a la Capital y para obtener las noticias que constituyen medio alimento espiritual de los reclusos pueblerinos. El día en que este verídico suceso tuvo lugar, Don Pedro llegó tarde al paso del tren y el público, formando pequeños grupos,

emprendía ya la subida al pueblo cuando Don Pedro dio vista a la estación. Destacando sobre el pardo fondo de los serranos trajes, su retina acusó la presencia del rojo subido tan amado y conocido, del pantalón reglamentario en la Infantería española.

Vuela la imaginación del veterano en

busca de las causas que motivan la presencia de soldados en época que ni es de licenciamiento, ni de revueltas. Allí hay algo que él desconoce y debe averiguar; apresura el paso, requiere las gafas, yergue la figura y prepara in-peto la indagatoria que va a efectuar minutos más tarde. Próximo ya a los recién llegados, levanta la mano hasta el ala del sombrero y cuando la improvisada pantalla, librando sus ojos del castigo solar, le permite reconocer a los viajeros, lanza una alegre exclamación.

¡Curro! ¿es posible?

Zi zefió, Curro zoy.

Y la enorme boca de Curro, las espesísimas cejas de Curro, la estrecha frente de Curro, li-





mitada por negro, encrespado y hosco cabello... en fin, toda la movible, ruda y simpática fisonomía de Curro, patentizó la cordial satisfacción que experimentaba en presencia de su iniciador sobre materias militares.

«Pero Curro, hombre de Dios ¿como tan pronto de regreso?»

«Mizte D. Pedro, no lo debo a naide der pueblo, que ni ozlé, ni er zeñó notario ni naide de aquí me ha podio zacá un mal permiziyo de quince día.

«Está bien, Curro, pero dime a quien debes ese milagro».

«Ezo quiziera zabé yo, Don Pedro, que nunca le podré pagá a eze buen zeñó lo que jizo por cuatro probetes de mi compañía, y ez er cazo que denguno de nozotroz lo conoce.»

«¿Y no sabes al menos, preguntó el retirado, el nombre de la persona que ha influido tanto en favor vuestro?»

«No ze me orvidará en la via que la gracia de eze zeñó es D. Feli Naticio, que azina nos dijo er zargento de zemana que ze yamaba».

Estrechó el veterano la diestra del licenciado dándole cariñoso parabien por el regreso a los lares paternos y tornó la vuelta del pueblo, con toda calma, mascullando Dios sabe qué clase de diatribas contra las influencias políticas y su invasión en el campo de la milicia. Y como en su horno no se cocía fácilmente aquella recomendación en bloque, tan pronto llega a su albergue toma la pluma y en breve misiva pide aclaración del caso a un su antiguo camarada, retirado en la población que guarnece el regimiento de Curro.

La respuesta no se hizo esperar y entre otras noticias de interés para ambos amigos, intercataba el siguiente párrafo.

...«El licenciamiento de los individuos pertenecientes al reemplazo de... no se debe como crees a ninguna recomendación. Faltando solo pocos meses para terminar su permanencia en filas, se abrevió ésta en gracia al feliz natalicio del Príncipe de Asturias.

JUAN MATEO

## SORTILEGIO

El paseo en la noche, penumbroso y silente, tiene el hondo misterio de un jardín encantado; parece que los árboles se hubieran extasiado en un místico arrobo de adoración ferviente.

Se aspira un vago aroma voluptuoso y úrente, que penetra en la sangre como un dulce pecado, y allá en lo azul, la luna pone el gesto embrujado de una góndola blanca, con su cuarto creciente...

Unas luces lejanas que brillan añorantes, alumbrando la ruta de vapores distantes, rielan mansamente sobre la paz del mar.

Y el alma del poeta, ambiciosa y altiva, prendida en el hechizo de esta noche, cautiva del raro sortilegio..., no sabe qué anhelar.

JOAQUÍN BONET



DE NUESTROS COLABORADORES

## PLÈTORA DE SALUD...

por E. G. A.

Sorda lucha, guerra sin cuartel, la existente allá por no muy remotos años, entre la bullanguera juventud que en su venturosa calidad de externos cursaban los estudios en una de nuestras Academias militares, y el Médico que en ella prestaba los importantes servicios de su facultad.

Porque mientras ellos, estudiándolo con más entusiasmo y voluntad que a la odiada Química, no lograban ablandarle con razonamientos caducos, hallándolo siempre importuno, irrazonable, sin derivar de la línea recta hasta conseguir con el natural agrado de la superioridad que la salud fuera excelente..., el buen Doctor, no se prestaba a que la ciencia médica sirviera de pantalla a la forzada ignorancia, al denigrante combinismo, aceptando en su benevolencia, fingidas enfermedades, indigestiones de pesadísimas conferencias, súbitos enfriamientos tras un amanecer de francachela, que les ponía en el trance de asistir a clases en el estado de desnudez consiguiente, o a buen resguardo como *receta única* ¡¡que sus visitas a los dados de baja, eran escenas conocidas de antemano y donde los diagnósticos en forma de trallazos, señalaban a los puntos ante sus protos respectivos!!

Sin molestarse en observar al paciente, las frases dichas en tono seco, áspero, «usted no está ni aun siquiera febril», «puede levantarse y presentarse en la Academia», daban turno preferente para la corrección, siempre dispuesta para albergar a la serie infinita de distinguidos concurrentes...

Pero, ¡oh debilidades humanas!, aquella ecuanimidad, aquella intransigencia, un día quedó relegada, en último término, por el magno descubrimiento que hiciera de un copartípe en su decidida afición por la caza; visitando a aquel simpático muchacho, contemplaba absorto una hermosísima Bristell—fuego central de dos cañones—colocada en lugar preferente y como complemento a tan magnífica prenda, inteligente podenco jugando retozón con los flecos de la colcha.

—¿Es usted aficionado?—preguntó vehemente al enfermo, sobresaltado por el interés que le demostraba, en contradicción con la reconocida indiferencia para otros compañeros.

—Si señor: pero con el plan que llevamos este tercer año, no es posible salir al campo; el domingo es víspera del lunes y hay que empollar la odiosa Química, para la cual, ni aun la *toma de ideas*, es salvación posible.

Lamentándose no haber hallado un buen amigo en la localidad, capaz de continuar sus correrías hasta por los cerros de Libeda, en dulce tono, cariñosamente, pleno de humorismo, le reconvinó:

—«No está usted ni aun siquiera febril»: no obstante, hoy es jueves, quédese en cama—sin hacer locuras—hasta el próximo domingo, que si quiere, podemos cazar juntos en la dehesa de la pinada: ¡Hay, según dicen, abundancia de conejos y perdices!

Pronto cundió la flaqueza descubierta, el resorte mágico que habría de cambiar radicalmente aquel carácter irreformable, de tal manera, que paralelamente al fomento de la afición en la Academia, empezaron a notarse la justificación de las bajas: ¡insospechadas sugerencias de un arma nueva, de un vistoso reclamo de perdiz o de reciente máquina alemana de recargar cartuchos!

Con la natural sorpresa de la superioridad, la salud empezaba a resentirse, y se hubiera resentido del todo, si un día nefasto para los anales de las académicas picardías, en los domicilios respectivos de los señores Rodríguez y Fernandez, sucesivamente, no hubiera hallado la misma o parecida escopeta, el mismo o semejante perro ladrando de impaciencia y como delatando su doble papel de actor inconsciente... ¡en su marcha a casa del Sr. Fernandez, habríanle precedido seguramente!

Y vió tan clara la maniobra del pretendido soborno, que pronosticándose desde tal momento *plétora de salud* en los caballeros alumnos, tomando el aire seco, adusto que ya solo empleara para «los no cazadores», y al ordenar al paciente su presentación en la Academia, dábale su palabra de honor de que sería acompañado por el señor Rodríguez, dado de baja con la misma o parecida enfermedad y propietario también, de un perrito impaciente y una sugestiva escopeta...

E. G. A.



# Un perro histórico

Me hallaba dando tortura a la imaginación, buscando asunto para un cuentecillo, cuando de improvviso se me presenta mi perro que venía de la calle, haciéndome multitud de caricias, moviendo la cola y lamiéndome las manos; y por esa asociación de ideas, que algunas veces se nos atropellan en la mente, haciéndonos pensar en cosas diversas, contrapuestas y remotas unas de otras, vine a relacionar la fidelidad de estos animalitos compañeros inseparables del hombre, con el recuerdo de un hecho histórico ocurrido en la conquista de la isla de San Juan, conocida hoy por la de Puerto-Rico (1); cuyo protagonista fué un perrazo mastín, que acompañaba a los conquistadores castellanos, llamado *Becerrillo*, padre del no menos famoso *Leoncillo*, que tan buenos servicios prestó a Vasco Núñez de Balboa, en la conquista del Darién y descubrimiento del Océano Pacífico.

Dicha encantadora isla, rico florón de la corona de Castilla, arrancado de ella por las codiciosas garras del águila Norteamericana, se llamaba en los tiempos prehispánicos *Boriquen*; pero el primer historiador de ella, Fray Iñigo Abad de la Mota, sin razón alguna, le añadió una *n* a la segunda sílaba y escribió *Borinquen*; variación que ha confirmado el uso moderno.

(1) Esta antilla fué bautizada por Cristóbal Colón con el nombre de *San Juan*, y al descubrir la espléndida y segura bahía que hay en su norte, le puso a ésta el nombre de *Puerto-Rico*, en donde luego el conquistador D. Juan Ponce de León fundó la capital primitiva, que llamó Caparra, trasladada después a la isleta de enfrente, que recibió el nombre de *ciudad de Puerto-Rico*.

Los norteamericanos son los que han invertido los nombres, denominando a dicha ciudad San Juan de Puerto-Rico, en vez de *Puerto-Rico de San Juan*, como debe llamarse por voluntad del inmortal Colón.

Asombro causa el leer los heroicos y titánicos esfuerzos de aquel puñado de soldados, mandados por el veterano Juan Ponce de León, en la conquista de aquella isla. Largo sería el referirlos aun compendiosamente en los estrechos límites de un artículo.

Los indios se habían levantado en masa, colocándose a la cabeza de ellos el valiente y feroz cacique Agueybaná, con intención patriótica de exterminar a aquellos terribles e inesperados invasores.

Dice el historiador Washington Irving en sus *Viajes y descubrimientos de los compañeros de Colón*, tomándolo de la *Historia general y natural de las Indias*, de Gonzalo Fernández de Oviedo:

«Pudieran considerar a Juan Ponce de León como un gobernador sin territorio y un general sin soldados; sus pueblos eran sólo humeantes ruinas, y todas sus fuerzas consistían en unos cien hombres, la mayor parte inutilizados por sus heridas. Tenía un poderoso e implacable



enemigo en Agueybaná, quien se puso a la cabeza de todos los caciques, y hasta mandó emisarios a los caribes de las islas vecinas, suplicándoles olvidasen antiguas animosidades e hiciesen causa común contra los extranjeros, como enemigos mortales de toda la raza india, mientras tanto la isla se declaró en abierta rebelión y los bosques que rodeaban la fortaleza de Caparra resonaban con la acostumbrada gritería y ahullidos de los salvajes, el ruido de sus caracolas de guerra y el atronador redoble de sus tambores.»

Nada arredraba a aquellos denodados españoles: su jefe Juan Ponce era un soldado viejo, cuyo temple guerrero se había forjado en la guerra de Granada. Empleó todas las estratagemas posibles para entretener al enemigo, mien-



tras recibía los socorros que había pedido al gobernador de la Española (hoy Santo Domingo) que no tardaron en llegar. Dividió entre tanto sus pequeñas fuerzas en tres secciones de a treinta hombres cada una, bajo los mandos de Diego de Salazar, Miguel de Toro y Luis de Añasco, que ejecutaban repetidas sorpresas, asaltos y emboscadas, manteniendo a los indios en constante alarma.

Agueybaná, ignorando el socorro recibido por Ponce y al frente de 5.000 guerreros, hizo una furiosa acometida a los campamentos españoles, y fueron rechazados con numerosísimas pérdidas, muriendo de un balazo de arcabuz el intrépido candillo.

Aterrados los indios ante esta terrible contradicción, aumentó aún más su pánico, cuando vieron que a pesar de los muchos españoles que habían matado, venían a fener enfrente igual número que antes, y llegaron a figurarse que los que ellos mataban volvían a resucitar, y que era temerario seguir luchando con aquellos hombres inmortales. Y era que ignoraban la llegada de los refuerzos de la Española.

Sometida ya toda la isla, ocurrió el peregrino hecho que voy a relatar del famoso perro *Becerrillo*, el cual ya por sus valiosísimos servicios gozaba paga, ración y botín asignado a un arquero, que percibía su dueño, un soldado toledano, cuyo nombre es lástima que no hayan conservado los historiadores de la época.

Permítame el lector, aunque alargue este artículo, que copie con su propia ortografía el pintoresco relato que hace Fernández de Oviedo, en su historia ya citada, y perdone el que figure en ella alguna frase demasiado gráfica.

«Porque no solamente los hombres deben ser loados e gratificados, conforme a sus virtudes y méritos pero aun de los brutos animales nos enseñan los que bien han escripto, que es razón e cosa necesaria, y no para olvidar lo que algunos han fecho; porque además de nos maravillar de lo que fuere digno de admiración e pocas veces visto u oído, es grande la culpa que resulta de lo tal a los hombres de razón quando no hacen lo que deben pues que a los brutos animales se diferencian e aventajan en las virtudes e cosas que obran y aun a algunos hombres sobrepujan en buenos actos y hazañas. ¿Qué más vituperio puede ser para un cobarde que ganar sueldo una bestia entre los hombres, e dar a un perro parte y media, como a un ballestero?»

«Este fué un perro llamado *Becerrillo*, llevado desde la Isla Española a la de Sanct Johan, de color bermejo y de boço de los ojos adelante negro, mediano y no alindado, pero de grande entendimiento. E sin dubda, según lo que este perro hacía, pensaban los chripstianos que Dios se lo avía enviado para su socorro; porque fué tanta parte para la pacificación de la isla, como la tercera parte dessos pocos conquistadores que andaban en la guerra, porque entre doscientos indios sacaba uno que fuesse huydo de los chripstianos, o que se le enseñassen, o le asía por un brazo e le constreñía a se venir con el, e lo traía

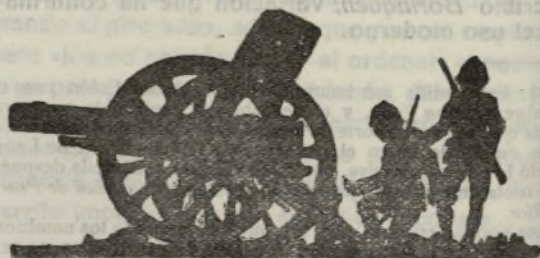
al real, o donde los chripstianos estaban: e si se ponía en resistencia e no quería venir lo hacía pedaços, e hizo cosas muy señaladas y de admiración.

«La noche que se dixo de la batalla del caçique Mabodomoca a la mañana antes que el gobernador Johan Ponce llegase, acordó el capitan Diego de Salazar de echar al perro una india vieja de las prisioneras que allí se avían tomado; e puso una carta en la mano a la vieja, e dixo al capitan: «Anda vé, y lleva esta carta al gobernador que está en Aymaco», que era una legua pequeña de allí: e decíale aquesto para que así como la vieja se partiesse y fuesse salida de entre la gente, soltassen el perro tras ella. E como que desviada poco más de un tiro de piedra, así se hizo, y ella yba muy alegre, porque pensaba que por llevar la carta, la libertaban; mas soltado el perro luego la alcançó, e como la muger le vido yr tan denodado para ella, assentóse en tierra y en su lengua començó a hablar e decíale: «Perro, señor perro, yo voy a llevar esta carta al señor gobernador» e mostrábale la carta o papel cogido, e decíale: «No me hagás mal, perro señor». Y de hecho el perro se paró como la oyó hablar, e muy manso se llegó a ella e alçó una pierna e la meó, como los perros lo suelen hacer en una esquina o quando quieren orinar, sin le hacer ningún mal. Lo qual los chripstianos tuvieron por cosa de misterio según el perro era fiero y denodado: e así el capitan, vista la clemencia que el perro avía usado, mandóle atar, e llamaron a la pobre india e tornose para los chripstianos espantada, pensando que la avían enviado a llamar con el perro, y temblando de miedo se sentó, y desde a un poco llegó el gobernador Jhoan Ponce, e sabido el caso, no quiso ser menos piadoso con la india de lo que avía sido el perro y mandóla dexar libremente y que fuesse donde quissiese, e así lo fizo».

El pobre *Becerrillo* tuvo un fin trágico. Un día, cruzando a nado un río, recibió una flecha envenenada que un indio le lanzara desde la orilla, y murió rodeado de sus amos, retorciéndose en horribles convulsiones, sin haberle podido salvar.

Digno es que la historia lo recuerde con gratitud, por sus señalados servicios a la causa española.

MANUEL CASTAÑOS Y MONTIJANO.





# RAFAELITO GONZALEZ

La angosta calle andaluza tenía en las noches calurosas del verano un grande y típico encanto.

Los vecinos sacaban a las puertas sus sillas y el botijo del agua, y allí se pasaban horas y horas hasta que el sueño iba retirándolos.

Eran un encanto de Dios aquéllas reuniones familiares donde de todo se hablaba y a todo se ponía comentario, resaltando siempre en los diálogos esa gracia incopiable de Andalucía, más valiosa aún por su fluidez y espontaneidad con nada comparables.

Los claveles y las rosas y los jazmines y cien flores más de los tiestos que en cada ventana había, ponían con sus perfumes un halo grato en la quietud de la noche. Y por entre los dos tejados de la calle, se veía allá arriba un trozo de cielo muy azul y cuajado de estremitas como gusanos de luz que de vez en cuando titilaban.

Esta hermosa decoración natural, era el fondo de las tertulias de aquellos buenos vecinos que después de un día de trabajo se quitaban la blusa azul y la tizne o el yeso de las manos, y se sentaban a tomar el fresco en la acera con una delectación tal, que cualquiera diría cifraban en aquéllas breves horas de charla y reposo la más rosada de las dichas.

Entre el corro de muchachas había una que era un diablejo, de cara y de humor. De bonitilla que era se la conocía por «La Mufeca». Morenita, de un moreno muy esclarecido, su boquita eran dos hojitas de geráneo y sus ojos de largas pestañas, extraordinariamente grandes, dos foquitos de luz. Sus andares eran breves, menuditos, pero airosos por— que sí. Aquella tarde un mocico, cuando volvía del taller de donde trabajaba como bordadora, se paró en la acera, y con mucho donaire le había dicho:

—Bordaora tenía usted que sé. ¡Borda usted con la mano y con los pies! ¡Dejar sitio, que lleva un pazo que ni er de la Macarena!

Y sin inmutarse, le dijo ella, saladrísima:

—Muchas gracias. ¡Nasarenol!

No pasaba por la calle joven o viejo, niña o mujer, que no fuera objeto de una broma o donaire.

Tampoco faltaban a las reuniones alguno que otro mocico del barrio que venía a charlar un rato con las muchachas. Desde luego, siempre venían dos o más. ¡Cualquiera era capaz de llegar sólo, con la «clase» de guasita que se traía aquél manojito de azucenas con falda almidonada! Bueno; pues de todos los mocitos se había reido aquél diablo de «Mufeca», tomándoles el pelo con una finura sin igual. Sobre todo si la pedían relaciones. ¿Ella novios? ¡Quite usted hombre! No dan mas que disgustos.

Y a ninguno le había dado un tanto así de esperanzas, a pesar de tener los novios como la gracia: a montones.

Aquella noche hubo novedades en la reunión. Paco, uno de los veintitantos adoradores de «La Mufeca», presentaría a Rafaelito González, que hacía un par de días se había mudado con su hermana—una pobre

muchacha incasable—a la casa de la esquina.

—¿Y cuándo viene ese Rafaelito?

—Esta noche a las nueve y media quedó en venir. Pero yo os voy a pedir que no os riáis de él.

—Habrà que verlo.

—Es un favó que os pido. Er muchacho es muy formalito. Y muy ilustrao. Tenía una media carterita, y como se murió su padre y su madre, tuvo que meterse a trabajar en una oficina pa ganà pa él y pa su hermana, que no había quien «cargue» con ella.





—Pobrecito; ya «me» se están quitando las ganas de reirme de él—dijo una mocita rubia como una espiga.

—El pobre no tiene mas que una pequeña farta que no se le nota cuando está sentao.

—A ver, a ver—curiosearon todas.

—¡Que es un poquito cojo!

—¡Que baile, que baile!

—Formalidá niñas, que están ustedes más revueltas que una maná e gatos en Enero,—reprendió una vieja cigarrera.

Unos muchachos que doblaron la esquina atrajeron la atención de la reunión. Entre ellos venía el «nuevo» contertulio.

—Mirar, allí viene.

—Atención ahora.

—Calla, mujé no me empujes, que voy a tirarle el botijo al tío Joaquín y vamos a vé que es vino.

—Aquél es, ¿verdad?

—Pobresito mío, y como se columpia al andá...

—Y desía que no era más que una mijita cojo y paese un aflao...

Se aproximó el grupo. Callaron las mocitas. Lejano, venía el desgranar de una guitarra que era como el vibrar de toda el alma andaluza en la noche augusta.

Y olía a rosas y claveles como si el airecillo agitara los divinos incensarios de sus corolas en los fiestas de ventanas y balcones.

Paquito hizo la presentación, y contra la costumbre inveterada, aquella noche no hubo tantas risas como en casos análogos. Tuvo el «nuevo» al presentarse y saludar un aire tan humildemente distinguido, tan correcto, que acalló las risitas y los chistes punzantes. Unos a otros—particularmente las muchachas—se daban con el codo bisbiseando muy quedo, ligeros comentarios.

Pronto se generalizó la conversación. El «nuevo» tomó parte en ella con una sutileza que cautivó a más de una muchacha; y cuando aquella noche se fueron despidiendo, Rafaelito González fué sabrosamente comentado por sus nuevos conocidos.

¡Bah, con Rafaelito González! Pues es un muchachito muy fino. No tiene más que ese pequeño defecto, que «cojea» un poquito; pero lo tapa su «aquél» de charlar y accionar... Se rieron al fin de su cojera, cuando se despidió de todos desde la esquina y su figura se bamboleaba un poco al andar.

«La Muñeca» le propuso el partido a la rubia: —Anda, Juanita, tú que entras «como la romana del diablo»

—¡Eso pa tí hija, que al fin y al cabo cargarás con cualquiera. La «señorita delicá»...

\*\*\*

—Buenas noches.

—Muy buenas Rafaelito.

—¡Qué sola está usted, Pepita!

—¡Aún no han empezao a salir los vecinos; pero no tardarán mucho.

Callaron, Rafael la contemplaba jugar con los flecos del mantoncillo negro bordado en colores, que daba aún más gracia a su cara, orlada de ricillos de su cabello endrino. El silencio, tan embarazoso, tan penoso, no era turbado más que por el cantar chillón de alguna vecina dedicada en condimentar la cena.

—¡Tengo una curiosidad, Pepita!—rompió al fin Rafael.

—Usted dirá, Rafaelito.

—¿Quiere usted decirme porqué la llaman «La Muñeca»...

—¡Cosas de la gente del barrio...! Que decían que yo era bonita de niña.

—Y lo sigue usted siendo.

—¡Ay! muchas gracias.

—Es justicia Pepita... Usted es una muñeca, una deliciosa muñeca.

—Muchas gracias Rafaelito. Hay que ver lo cumplido que está usted ésta noche; se vé, se vé que ha estudiado...

—Quiere usted oirme Pepa...

—¿Y qué estoy haciendo desde que ha llegado usted?

—Antes de mudarme yo a esta calle, la vida para mí no tenía atractivo alguno. Trabajar y luchar es cuanto he hecho, desde que murieron mis padres y me dejaron con esa pobre hermana mía que ha de estar unida a mí siempre... A ella he dedicado desde entonces mis desvelos, mis trabajos. Quisiera que la tratara usted. Lo que tiene la pobre de desgraciada de cara lo tiene de buena; pero es como esas rosas que se secan antes de abrir... Quedó dentro de ella su aroma y su belleza. Toda la belleza de mi pobre hermana, está en su alma, y por eso a ella me he consagrado nada más...

—Benditos sentimientos. Sabe usted que siento así como una mijita de frío interior...

—Pero ha querido la providencia que me mude a esta calle donde había este pequeño paraíso; ha querido Dios que la conozca a usted y...

Se quisieron desde aquella noche, y hasta muchas después, no lo supieron las vecinas.

Los «pescaron» hablándose, muy embelesados a media noche, la primera en que «Muñeca» salió a la reja, una reja como una ermita, deliciosa donde ella hacía de Virgen por que a ella consagró Rafael sus más fervientes oraciones de enamorado.

Fué la rubia como el oro la que, al verles, mordaz, hizo el comentario, sin alcanzar que no sólo es bello lo que agrada a la vista.

—¡Tanto elegí, tanto elegí, y a última hora ¡con un cojo!

La vieja cigarrera que estaba regando sus macetas y lo oyó, no pudo reprimirse:

—¡Anda tú rubiales; guárdate la envidia mujé, que tú serías capaz de «cargar» con un langostino ¡con tal que gaste bigote!

El reloj de la catedral vibró y llevó el eco de sus campanadas por todas las tranquilas callejuelas llenas de luna y de flores, y lo elevó luego al cielo lleno de gusanitos de luz.

RAFAEL LÓPEZ RIENDA.

\*\*\*\*\*



## DE AVIACIÓN

### Lo que se siente en las grandes alturas

Que la inteligencia se modifica con la altitud, es indudable, y lo confirma el Dr. Koschel en las innumerables experiencias que ha verificado. Es de innegable trascendencia para los aviadores, a los que es preciso conservar una conciencia plena cuando se remontan a considerables alturas, y las preguntas que los sabios se han hecho a este respecto pueden condensarse en las siguientes:

¿Hasta qué altura el organismo humano puede respirar el aire rarificado sin perjuicio notorio para la salud, ya temporal o permanente?

¿Hasta dónde el aviador puede facilitar datos exactos sin la ayuda de aspiraciones de oxígeno?

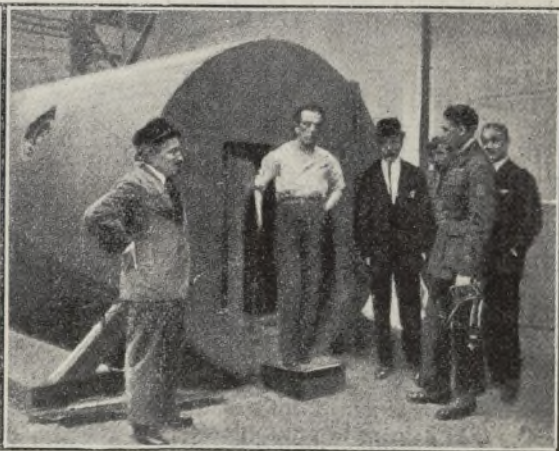
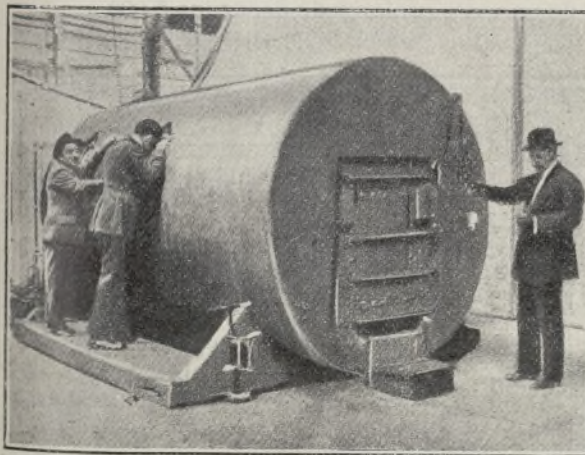
Según ensayos preliminares practicados en dirigible, en aeroplano y en globo libre, el doctor Koschel, de Berlín, acaba de hallar las contestaciones a las preguntas anteriores, estudiando las capacidades físicas, sobre todo mentales, ence-

Dr. Koschel resistieron valientemente la falta de aire sin el auxilio del oxígeno.

En superiores alturas sólo el aludido doctor ha sido sujeto y observador. Se hizo encerrar en la cámara sin el aparato de oxígeno, pero teniendo una persona mirando por la ventana, que había de sujetarse a las reglas que le dictó el doctor.

Las advertencias que éste hizo fueron, que si perdía el conocimiento se golpeará la pared de hierro de la cámara para hacerlo despertar; que si durante medio minuto los golpes fueran ineficaces o sobrevinieran otros síntomas más graves, como convulsiones, etc., se haría una prudencial admisión de aire.

Llegó el Dr. Koschel hasta los 8.000 metros, sin el auxilio del oxígeno, sufriendo en tres ensayos consecutivos desvanecimientos alarmantes, acompañado uno de ellos de serias convul-



El aviador, para saber hasta que altura puede elevarse sin perjuicio de sus facultades mentales, se encierra en un gran cilindro de hierro del que se va extrayendo lentamente el aire. Durante la experiencia se observa al aviador por una ventana según se ve en el primer grabado. En el segundo, véase al aviador al salir del cilindro, después de la experiencia.

rrando a varias personas, que se sometieron al experimento, en una cámara neumática, en la que, como es natural, no existen las emociones psicológicas inherentes a un vuelo real, ejerciendo solamente su influjo sobre el sujeto, el aire enrarecido.

La cámara empleada por el Dr. Koschel para sus observaciones, es un gran cilindro de hierro forjado, en el que cómodamente caben en su interior dos personas y en que las uniones están sujetas con fuertes roblones. La portezuela de entrada ajusta perfectamente y lleva una ventana redonda, provista de fuerte cristal para poder observar desde fuera al sujeto. Comunica la cámara, por medio un tubo, con una máquina neumática, con la que se puede enrarecer el aire correspondiente a cualquiera altitud, y se ha podido comprobar a 7.500 metros los colaboradores del

siones; pero el doctor pudo comprobar que hasta los 5.500 metros, abstracción hecha de alguna fatiga y laxitud en los miembros, no se notan perturbaciones dignas de mención, fatiga y laxitud, que van aumentando a medida que el enrarecimiento del aire se acentúa, hasta los 7.000 metros, en que las facultades mentales sufren gran quebranto en cuantas personas se sujetan a la experiencia.

A los 8.000 metros, el Dr. Koschel, único sujeto, no podía trabajar sino en intervalos muy cortos, después de los cuales perdía invariablemente el conocimiento, y el trabajo a que se dedicaba en el interior de la cámara era imperfecto desde todos los puntos de vista. También pudo observar que después de una temporal admisión de aire, para librar al sujeto de los graves síntomas del mal llamado de las montañas, cuando el aire



volvía a rarificarse, el trabajo defectuoso se producía a alturas menos elevadas. También ha podido notar que durante dos minutos y a 7.000 metros, con una respiración profiláctica de oxígeno, las aptitudes mentales se conservan ecuanímes durante bastante tiempo.

Estos trabajos que se practican en el interior de la cámara consisten en formar una frase con tres ideas dadas de antemano, o en copiar sin error una serie de ocho cifras u ocho letras, y el resultado ha sido que una persona a los 4.500 metros completó rápidamente y sin ninguna falta las sílabas omitidas de un texto desconocido; a 6.500 metros, la misma persona, omitió la mitad del texto; a 7.000 y 7.500 metros los resultados fueron peores, pues solamente una cuarta parte del escrito estaba bien hecho, y a los 8.000 metros, unas cuantas sílabas aisladas, independientes del sentido del texto, era lo que el sujeto había escrito.

En todas las notas escritas por los sujetos, expresando sus impresiones personales, se manifiesta, según se enrarece el aire, una falta de coordinación en las palabras, llegando a ser incomprendible en las alturas superiores.

La memoria también padece grandes trastornos en relación con la altura, trastornos que aumentan considerablemente a partir de los 6.500 me-

tros, habiéndose notado en individuos sujetos a la experiencia, perfectamente capaces a los 6.000 metros, que tenían un recuerdo muy vago de lo que habían hecho a esta altura, cuando se encontraba a los 7.000 y pasada ésta, muchos de los observados parecían como borrachos, como si hubieran ingerido grandes cantidades de alcohol.

Merced a una respiración racional y a la abertura provocada de la trompa de Eustaquio, el Dr. Koschel soportó sin perturbaciones el rápido paso de una altura a otra superior. En tres minutos pasó de la atmósfera normal a un enrarecimiento correspondiente a los 4.000 metros; en cuatro minutos a los 5.000 metros, en ocho a los 6.000, y en tres minutos y quince segundos a la de 7.000 metros.

Si el aviador, gracias a una respiración apropiada, alcanza una altura de 6.500 metros sin turbaciones apreciables, puede considerarse como un ser perfecto y completo para la aviación.

Y como consejo final, producto de las continuas observaciones del Dr. Koschel, para que el equilibrio mental se conserve en las grandes alturas, se precisa que el aviador utilice la respiración de oxígeno desde los 6.000 metros, y en caso de un vuelo prolongado desde los 5.000.

DON RUI DEL MORAL

## CURIOSIDADES

En el año 1330, hallándose Alfonso XI, rey de Castilla y León, en Vitoria, ordenó según la *Crónica*, que algunos caballeros y escuderos trajesen una *banda prieta*, tan ancha como la mano, sobre el traje blanco, y *cruzada desde el hombro izquierdo hasta la falda*. Estos fueron los Caballeros de la Banda, a los que se dió ordenamiento que juraban guardar al recibir el honor. Consideraban esto como un premio, y era, en efecto, lo que hoy diríamos una condecoración que el rey otorgaba a los caballeros que se distinguían en la guerra o daban muestras en toda ocasión de ser vasallos fieles y leales.

El *Diccionario de Autoridades* añade, que el rey era gran Maestre de la Orden, y fué el primero que entró en ella con sus hijos y hermanos, y que solamente se concedía el honor a los gentiles-hombres que habían servido diez años en la guerra o en la Corte.

La costumbre de llevar dos o tres botones en las bocamangas con ojales, generalmente figurados, es una de tantas anomalías perpetuadas por la rutina, puesto que hoy no tienen objeto ni estos

botones, ni los que adornan la cintura de las levitas en la espalda.

Antiguamente era otra cosa. Hubo un tiempo en que se gastaban las mangas muy largas, y para poder remangárselas dejando libre la mano se ponían esos botones, que las sujetaban a la muñeca, así como se empleaban los botones de la espalda de las casacas para abrochar en ellas las puntas de las mismas y poder montar a caballo con facilidad.

El hierro de forma extraña y pintoresca que forma la proa de las góndolas venecianas, sirve, no sólo como adorno, sino como mirilla, para que el gondolero vea si puede pasar o no por el ojo de un puente, pues éstos abundan, los canales son muchos y las mareas cambian bastante su altura.

Cuando el gondolero quiere saber si puede pasar por debajo de un puente sin que su barco tropiece con el arco, mira desde el punto de la proa a la clave del arco. Si ésta es visible sobre dicho punto, el barquero sabe que puede pasar sin tropiezo alguno.





# WASHINGTON A VISTA DE PAJARO



Washington.—El Capitolio.

tiestéticas, que cumplen perfectamente su misión de albergar a cientos de familias, sin preocuparse de armonizar sus magnitudes con sentidas bellezas arquitectónicas.

Para dar idea de lo que son los norteamericanos basta señalar el caso peregrino de haber sido Washington una ciudad especialmente construida para capital de los Estados Unidos, en contraposición con las otras capitales, que bien por caprichos de sus reyes ya por su situación geográfica o estratégica pasaron de una sencilla ciudad

No vamos a descubrir la capital de los Estados Unidos, de sobra conocida, sino a poner un ligero comentario a las dos fotografías, que ilustran esta plana, tomadas desde un aeroplano.

Como en todas las grandes urbes americanas se observa en Washington la grandiosidad de sus edificios y de sus monumentos; grandiosidad en el sentido de sus dimensiones, sin revelar el más insignificante gusto artístico del que están ayuno los anglo americanos.

En todos sus aspectos el yanqui es un práctico de la vida y sus sentimientos, si los tiene, de la belleza, quedan anulados por las necesidades de lo que debe ser. Para él no hay que esto o lo otro sea bello o feo, artístico o chavacano, lo mismo da; si es práctico, si es conveniente, si llena las funciones para que fué creado bien está y le importa muy poco la estética y el buen gusto.

Así se ven las grandes poblaciones yanquis esas enormes jaulas, rasca cielos, de altura incommensurable, an-

a la más importante de la nación.

Cuando la independencia americana, que trajo consigo la reunión de los dislintos estados en república federativa, conservando cada cual su autonomía, pero subordinados a un poder central, se pensó en elegir como es natural, una población que sirviera de capital a la Unión, y acordaron que la capital no debía de ser ninguna de las ciudades (de la Unión, sino crear una nueva en territorio de Virginia, la que fué bautizada con el nombre de Washington.



Washington.—Avenida que conduce a la Casa blanca.



## Los Deportes



Los Deportes en general, y aquellos en particular que se ejercitan a la intemperie, con esfuerzos o, por lo menos, agitación, son vigorizadores del organismo en grado sumo para el hombre, entre las edades de ocho meses y ochenta años.

La paparrucha refranesca de que «*De los cuarenta para arriba...*», es similar a las de «*Pólvora poca y perdigones hasta la boca*», «*Las cuentas claras y el chocolate espeso*», y otros muchos por el estilo.

Como estos disparates hay algunos, pocos, en la Enciclopedia de nuestros refranes.

Téngase en cuenta para no juzgar de ligero, que el deporte es vigorizador

para quienes le ejecutan;] pero nunca para los mero espectadores. A estos les aprovechará el aire libre, la luz solar; pero de ningún modo el ejercicio que no practican.

Se comprenderá que los 3 o 4.000 espectadores de un partido de *Foot-ball* o *Balompíe*, pongo por caso, que sentados unos y de pie otros, presencian cómo una docena de ágiles y recios jóvenes, en el rigor de un invierno crudo, hacen violento ejercicio con ligera indumentaria de algodón, esos 4.000 espectadores, envueltos en gruesos abrigos sin dejar de sentir frío, no se harán fuertes y robustos, por muchos partidos que vean jugar, ni evitarán las afecciones catarrales propias de su quietud, por muy acalorados, sudorosos y ligeros de ropa que contemplen a los jugadores; y son en España muchos miles de mirones por cada actor de *sport*. Estos mirones no llegarán a casa con el mismo apetito y fuerzas digestivas que los actores del *Golf*, del *Ski*, de la regata o de la pedestre carrera, aun cuando otra cosa se figuren.

Si grande es, en los hombres, la desproporción entre actores y espectadores, en las mujeres es mayor, si bien el desarrollo que va adquiriendo el *Tennis* aminora algo esto.

En cambio, más del 99 por 100 de ellas acuden frecuentemente a lugares mal sanos, a locales cerrados, donde la aglomeración de gente, la falta de ventilación y la privación de rayos solares, las obliga a respirar un aire nauseabundo, que va recorriendo por todos los pulmones, preparando así el organismo para la tuberculosis, raquitismo o una maternidad depauperada.

Muchas personas no pueden dominar el terror que les causa la ventilación; asisten con asiduidad al



café, al cine, a la iglesia, al teatro, a las tertulias *con o sin* baile, donde en reducidos locales cerrados hay sobrado número de personas; donde se respira el polvo que levantan las pisadas, polvo que sólo lo denuncia el rayo de sol: donde se ingiere el humo del tabaco, que ya recorrió otros pulmones, no todos sanos. Y esto se practica en España, con un clima que nos envidia la Europa entera...

Como higiene, dedicarse sin exagerado apasionamiento a un deporte de ejercicio al aire libre, es adjudicarse un placer, con vistas a la «Plaza de la Salud»; más raro será el deporte que no encierre su utilidad en lo tocante a destreza. Utilidad característica de él.

El que sabe nadar, correr en bicicleta, caballo, tirar al blanco, correr con *skis*, trepar por una cuerda, remar, saltar..., etc., aun cuando en cada uno de estos utilísimos ejercicios no haya logrado la borla de Doctor, le podrán servir sin duda alguna para dar solución en más de una ocasión a graves *problemas*, incluso el no despreciable de salvar la vida a un semejante, que puede ser pariente muy cercano, y lo que también es importantísimo, su vida propia: el número UNO.

De otro modo sería bien triste y amargo el papel de un campeón de *boxeo*, que no aprendió a *nadar*, cuando vuelque la barca en que cruza un río, al regreso triunfante de un *match*.

Y ¿qué hará el excelente tirador de espada o pistola, si para llamar con toda urgencia a un médico, no dispusiese más que de un caballo o una bicicleta, si de antemano no aprendió a montar?

Hará cerca de diez años que un aventajado discípulo de Carbonell (1), atlético, ciclista y diestro nadador, paseando con su esposa, en viaje de novios, por las proximidades de El Grao, se le acercaron cuatro o cinco *obreros en huelga*, que empezaron por demandar limosna y se corrieron pidiendo todo lo de valor que el matrimonio llevaba, *acreditando su necesidad* con unas navajas algo mayores que cortaplumas.

Tan pronto el esposo, valido de su musculatura



hercúlea, hizo ademán de resistir, fué derribado en la arena y despojado del dinero, reloj y cartera. A la aterrorizada esposa, la limpiaron las alhajas, dándola algunos besos, por vía de compensación, demostrando después los criminales que en el deporte de correr eran liebres. La situación del marido ante la esposa, nada tuvo de airosa, ya que nadie le obligó a ir inermes por sitios solitarios, llevando valores y una mujer linda.

La víctima iba confiada en su musculatura, en su agilidad, en su resistencia; pero nunca llevó armas, porque *no sabía tirar*. No gustaba de los deportes que no exigen esfuerzo muscular.

Años después le encontré en un Concurso de Tiro en Santander. Ya sabía tirar; ya tenía la certeza de dar con todas sus balas a una silueta colocada a 25 metros; ya estaba convencido de que puede, con su arma, hacerse respetar de una docena de malandrines, por muy forzudos que sean y muy *navajudos* que se presenten; ya nunca salía por despojado sin sus dos compañeras, la del rostro besado y la de las balas salvadoras. Ya..., pero ya era tarde para el caso, aquél ya no volvió a confiar sólo en sus fuerzas; aprendió la máxima:

«Confía en Dios, mas ten la pistola a mano, Así serás precavido y buen cristiano.»

Un norteamericano, afamado tocador de violín, y que además era notable carambolista, naufragó en un vapor que atravesaba el lago Ontárió, y obtuvo sitio en un bote salvavidas, debido a que casi tan bien como el arco y el taco, manejaba el inseparable revólver, y... ¿quién se atreve a denegar una instancia que se está dispuesto a *firmar* con plomo?

Gran parte del pasaje se ahogó.

En el año de gracia de 1885, salimos en expedición de caza, de la isla de Cebú (Filipinas) para la inmediata de Mactan, cinco amigos, los cinco iguales como alegres, resueltos, comilones, despreocupados y... Alféreces.

Embarcados en un *Vilux*, con tres tripulantes malayos, tocados estos con *sendos* taparrabos, pusimos proa a la isla donde está el sepulcro del gran Magallanes, provistos de víveres, escopetas y cartuchos de perdigón grueso; porque eran nuestro objetivo unas palmípedas, que, según un cocinero de la goleta de guerra «Animosa», *le decían bien al arroz*. Además de otros enseres, llevábamos también *sendos* a la par que pequeños revólveres de bolsillo; porque era fama que rondaban aquellos lugares gente dedicada al merodeo; piratas con la corteza de mendigos.

Como aficionados a las armas y por consecuencia de nuestra profesión, si regularmente manejábamos la escopeta, el manejo del revólver superaba lo corriente.

A cada uno de los cinco nos dominaba distinta afición deportiva, además de la general afición a lo femenino.

H. era un gimnasta hercúleo. G. dominaba la esgrima. A. M. le daba por el velocípedo y el alpinismo. A los dos restantes nos dominaba la afición a la equitación; pero no considerada como arte: sencillamente éramos unos tragaleguas revientacaballos.

Cada uno preconizaba su *deporte* como el mejor

(1) Don Pedro Carbonell, uno de los mejores maestros de esgrima que hubo en Madrid.

de todos, aduciendo diversas razones, bien dignas de ser tomadas en consideración.

En las balanzas de nuestras opiniones no se pesaba la natación en el platillo del «Haber». En aquel clima constantemente abrasador, nadar y sudar eran dos cosas que indispensablemente se hacían, desde el destete hasta más allá de la senectud.

A un cable, próximamente, del punto donde habíamos de desembarcar, tal vez porque la escota se enredase en un cáncamo del timón, u otra causa, el patrón no pudo a tiempo orzar, y la canoa que ya iba escorada, se durmió, quedando la vela sobre las olas y azotando éstas la quilla de la pequeña embarcación.

Si los cinco cazadores nadábamos como *ondinos*, por llevar muchos años en la zona tórrida, no hay para qué decir que los tripulantes malayos nadaban como *merluzos*, y los ocho salimos nadando, siendo el percance motivo de risa, porque además de no ver peligro en el accidente, la temperatura constante de aquel país invitaba al baño.

Fuimos a cazar; llevábamos escopetas, revólveres, cartuchos...; éramos atléticos, jinetes, ciclistas, corredores, tiradores de florete, etc., etc., y lo único que utilizamos para salvar la vida: Mejor expresado, para *retrasar* el momento de la muerte, fué la natación, cuando ninguno de los ocho presumió jamás de nadador, ni se nos había ocurrido que *nadar* fuese un deporte de primera línea.

En mi azarosa vida errante, que siempre tuvo no poco de nómada, conocí bastantes casos parecidos a estos, en que cuando hay jamón, se tiene sed, y cuando hay hambre, no se suele disponer más que de algún botijo de agua fresca o un sello de antipirina.

Hará poco más de un par de años que embarcando en un puerto español de Africa, los soldados licenciados que regresaban a sus lares, cayeron algunos al agua a menos de cinco metros del muelle, y se ahogaron una docena de hombres jóvenes y sanos; porque sabían muchas cosas, pero como aquel del cuento baturro..., *no sabían nadar*, y esto, parece mentira, es el hombre el único ser de la creación que, o no lo sabe o tuvo que trabajar para aprenderlo.

Dedicarse sólo a un deporte es contentarse con una parte del todo. Entender un poco de cada uno, es de muchos pequeños sumandos *apropiarse* una suma grande; y en el banquete de la vida conviene que el menú sea surtido.

Mucho mejor que ser Maestro especialista en *deporte único*, es hacerse semi-oficial en cada uno de los principales; y principales son los que sirven para defender la salud (o adquirirla), y pueden, si llega el caso, defender la vida.

Quien quiera obtener de los deportes la inconmensurable ventaja de utilizarlos cuando el azar presente la necesidad (que siempre lo hará de manera *imperiiosa e imprevista*) que se ejercite en los principales, aun cuando sólo sea para no olvidarlos, que *ellos...*, note quepa duda, lector, SIEMPRE SON AGRADECIDOS. Todos los accidentes lamentables provienen de una casualidad.

Hay que estar prevenidos contra lo que la *casualidad* nos depare, y poder afrontar los embites del *azar*; ya que *azar* y *casualidad* son ritmos de nuestra existencia.

A. VÁZQUEZ DE ALDANA.



El Teniente General D. Salvador Arizón falleció en Sevilla el día 1.º del corriente mes de marzo. Su historial, bien conocido de todo el Ejército, le acre-



El teniente general D. Salvador Arizón fallecido en Sevilla.

ditado como uno de nuestros mejores soldados y los servicios que prestó a la Patria le elevaron al puesto que, con el respeto y afecto de todos, ocupó en los últimos años de su vida. Pero si su hoja de servicios es ejecutoria brillante de una vida llena de trabajos, luchas y sacrificios, título que con noble envidia ambicionan todos los buenos militares, en el General

Arizón había algo más personal que le caracterizaba y formó en torno suyo un ambiente especial en que se destacaban los rasgos de nobleza, sinceridad y firmeza. Entre las infinitas anécdotas que a propósito del General Arizón se referían, hemos recogido tres hechos, comprobadamente ciertos, que le pintan en ese aspecto peculiar, típico del ilustre finado.

Ejercía D. Salvador Arizón y Sánchez-Fano el cargo de Capitán General en cierta región del Norte de España. Entre las personas que frecuentaban su trato afable, sencillo y leal, había un jefe al que conocía desde la niñez y al que profesaba profundo afecto. Con motivo de un expediente incoado a consecuencia del correctivo impuesto por el oficial de guardia a un sargento en el Regimiento del mencionado jefe, y por el hecho de que éste prestaba servicio el día de autos, estimó el Auditor que debiera llamársele la atención así como al Capitán de cuartel. Ajeno por completo al desenlace de este asunto, que ni por un momento creyó que podía afectarle, acudió el jefe, como todos los días, a la tertulia del Capitán General. Le recibió la suprema autoridad militar de la región con el acostumbra-

do cariño, mas no pudo disimular cierta visible preocupación que el jefe—hoy General de gran prestigio—no tardó en observar. A los afectuosos requerimientos que se le hicieron, abrió de pronto su pecho el General Arizón y se expresó en los siguientes términos.

«El ejercicio del mando lleva consigo algo más que una grave responsabilidad; nos reserva



Nicolás I Petrovich, rey de Montenegro que ha fallecido en el destierro.

en muchas ocasiones dolorosas sorpresas y nos clava, cruelmente la más traidora espina en los momentos que no podemos sospecharlo. Digo todo esto porque yo, que conozco a V. desde niño, que como a un hijo le quiero, me veo obligado a estampar una nota en su hoja de servicios que hasta hoy se ha conservado inmaculada.»

La señora de Arizón que presenciaba la escena, interrumpió a su esposo extrañada por aquellas manifestaciones que ella sabía eran opuestas a los verdaderos sentimientos del General.

»¡Por Dios Salvador! ¿es posible que digas estas cosas a Fulano? No, no puedo creer que hagas lo que dices»



El capítulo de Cataluña de la ínclita orden del Santo Sepulcro-reunido para el cruzamiento de los nuevos caballeros D. José María y D. Luis Cuadras.





El presidente de la República de Liberia Mr. King con su ministro de Estado y su secretario particular durante su permanencia en Madrid a donde han venido para visitar a S. M. el Rey.

«Precisamente por tratarse de uno de uno de mis mejores amigos»—respondió el noble soldado—«he de ser más estrictamente cumplidor de mi deber». Y llamando al Jefe de Estado Mayor, le ordenó se diese cumplimiento al decreto aconsejado por el Auditor.

El General Arizón dió facilidades a cierto personajillo rural, para resolver un asunto que le



D. Eduardo Dato vilmente asesinado cuando se dirigía en automóvil a su domicilio terminadas sus tareas en el Senado.

interesaba y no encontró nuestro caci que medio mejor para demostrar su gratitud que remitir dentro de un sobre al General la cantidad de cincuenta pesetas para que adquiriese un objeto como recuerdo. Lejos de montar en cólera como pudiera esperarse un hombre de tan acreditada pureza, se apresuró

a contestar al donante en los siguientes términos, o en otros muy parecido: «Agradezco en el alma el obsequio que, por mi conducto hace a la *Cocina económica popular* y a las *Hermanitas de los pobres*, transmito a V. el agradecimiento de estas dos caritativas instituciones y me complazco en remitirle dos recibos, de veinticinco pesetas cada uno, que me extendieron al entregarles las mencionadas cantidades.

Por circunstancias que sería largo relatar, impuso el General Arizón un arresto de cuatro días en su domicilio a un jefe que estimaba por las referencias que de él tenía. Llamado por el Gobierno para desempeñar un alto cargo militar en la Corte, salió el General Arizón de la plaza a que nos referimos poco después del hecho a que se alude, y algún tiempo más tarde volvió allí para recoger su familia y trasladarse a Madrid.

Una tarde en que acompañado de dos o tres amigos se hallaba en el paseo más frecuentado de la población, vió al Comandante que había arrestado y sin titubear se dirigió a él hablandole de la siguiente forma:

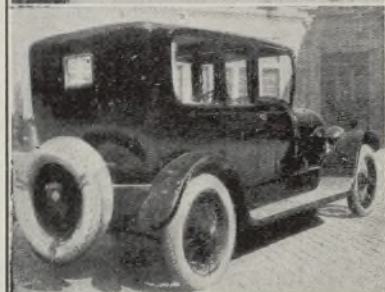
«Mi Comandante, seguramente es V. entre todos los que componen la guarnición, el único que quizás pudiera sentirse agraviado por mí. Si así ocurre, yo le ruego me perdone y estreche la mano que le tiendo como amigo.»

Inútil es decir que el Comandante, pundonoroso jefe de nuestro Ejército, sintió la pun-

zada de la emoción y conservará vivo el recuerdo del General Arizón como el de un noble y perfecto caballero.

\*\*

Por ser de sobra conocidos por la prensa diaria, no mencionamos aquí los detalles del asesinato del Sr. Dato, limitándonos a publicar las notas gráficas que aparecen en cada plana. Protestamos del cobarde atentado realizado contra el hombre patriota y bueno y excitamos a la justicia para que labore sin descanso hasta lograr la captura de los asesinos.



Motocicleta que utilizaron los asesinos del Sr. Dato y desde la cual dispararon contra el Presidente. Automóvil que conducía al Sr. Dato en el que se ven las huellas de los proyectiles. Una nota del entierro del Sr. Dato.





# San Dinerito

NOVELA POR LUIS ANTÓN DEL OLMET

(Continuación)

Se torna al negocio de los mulos y se hace el diseño de un ministrillo españolazo.

—¿Regresó Mister Birt?

—No.

Da Estereira, volviendo al tema de los mulos, dijo que era preciso resolver. Temió que Dorado se negase y que D. Hermógenes estuviera perpetrando una farsa. Genoveva, por lo demás estaba como loca. Había dado tres mil pesetas de señal a los traficantes aragoneses, y temía perderlas:

—Claro, que antes pierde el moño.

Mendicuti habló con de los Ríos.

—¿A usted le han ofrecido seriamente el permiso de exportación?

—¡Y tan seriamente!

—Entonces, ¿por qué no cumple Dorado su palabra? Mire usted que el asunto se encona. Y sobre haberse perdido el tiempo y el humor, esto degenerará en drama. Mademoiselle de Ategorrieta, que tiene tres billetes enredados en el negocio, es capaz de una locura. Nosotros le hemos prometido la autorización en nombre del ministro. Si el depósito no está hecho todavía es porque Dorado no acaba de puntualizar fecha. Genoveva posee más hechuras que un sargento. Nos jugamos aquí hasta la integridad personal.

De los Ríos, entonces, viéndose cercado así, habló sinceramente.

—Mire usted—dijo—. Yo creo que Dorado tiene otro negocio mejor. Mulos también. En este somos muchos los intermediarios, y solamente

podrá ganar 150 000 duros. Entendido directamente con un exportador, le habrán ofrecido los 300.000 que puede haber de margen, y acaso más. Dorado y San Dorado, no sacrifica la mitad de esa formidable suma a un pariente ni a los amigos de un pariente. Nosotros, además, no le ins-

piramos tal vez tanta confianza como un negociante de oficio. Me huele a pisotón, querido Mendicuti.

Romualdo se puso furioso. No había derecho. Las palabras eran palabras. Se habían barajado ya demasiados intereses para hacer una cochinada así.

—Hay que decirle la verdad a Genoveva. Dios sabe que partido tomará. Yo mismo... Yo mismo quedo hecho harina si esto no se remata. Le juro a usted D. Hermógenes, que me veo perdido. Los malditos negocios me han sorbido el sexo y los cuartos.

De los Ríos, que era en su bohemia de vejete simpático, un caballero, también se aterroró:

—¡Estos políticos españoles! Nada niegan, y nada hacen. Prometen, y al prometer para no cumplir, ignoran quizás que arrastran en su faltonería a pobres gentes necesitadas acaso. Es canallesco.

Acordaron ir los dos a casa de Genoveva. Dirían la verdad, se romperían aquellos secretos absurdos.

Llegaron. D. Gabino Montánchez seguía con su flemón y con sus cangrejos. Mademoiselle Atagorrieta, más guapa, más jarifa, más seductora en su magrera opulenta y blanca, sonrió viendo a Mendicuti y a un caballero desconocido que supuso la clave del negocio:

—¿Qué? ¿Al fin?





—No. Este señor, D. Hermógenes de los Ríos, pariente del Sr. Dorado, la informará. Sabemos que tiene usted comprometido algún dinero, y nuestra hidalguía nos veda engañarla. Suponemos que el Sr. Dorado tiene otro negocio semejante y mejor.

Cambiados saludos, de los Ríos tomó la palabra:

—Lo barrunto, no sólo porque Juan es capaz de eso y de mucho más, sino porque he oído decir que están concedidos para Francia 15.000 mulos que no son los nuestros precisamente. Es más... Se lo dije a Dorado y no me lo negó. «Hay cuestiones diplomáticas...» Era su frase.

—Que haga los dos negocios—replicó Genoveva, que no vacilaría en la pelleja del ministro.

—Si no tomamos resoluciones heroicas, será difícil, bella señorita. No es probable que Dorado se atreva a presentar ante el Consejo dos autorizaciones simultáneas.

Mademoiselle se mordía el labio inferior gorrito y colorado como una cereza.

—¡Yo no pierdo mi dinero!—exclamó con entereza vasca.—A mí se me ha ofrecido una autorización en nombre de Dorado. Yo veré al Sr. Dorado. Yo le exigiré.

Mendicuti y de los Ríos cambiaron una mirada de consternación. Tamaña osadía no la esperaba ninguno.

—Juro que le veré, y que le hablaré. Yo soy una mujer incapaz de hacer daño. Pero si alguien quiere perjudicarme, se avía. Me tendrá, me tendrá ante sus ojos ese ministro. ¡Ministro! ¡Así fuera el Rey en personal!

Montánchez, que pelaba sus cangrejos, intentó suavizar:

—¡Hija, un poco de calma! ¡Un poco de aguantel!

Ella se le quedó mirando furibunda:

—¿También tú? ¿Y eres tú quien me aconseja calma? Dame las tres mil pesetas, y siquiera parte de los miles que dejo de ganar, y habla después. ¿Tú crees que yo no me doy cuenta? Soy guapa, sí, pero tengo ya treinta y tantos años. Puedes dejarme o morirme. Necesito arreglar mi vida. Y ahora la arreglo o la desarreglo del todo.

Estaba inexorablemente decidida. Era la hembra fuerte que se rebela en su derecho y que pretende ampararse contra la crueldad humana.

—Te divierte hoy venir aquí. Sabes que te mimo. Mañana, yo no quiero recibir una limosna. Tengo motivos para actuar y actuaré.

Mendicuti que ya se sentía cautivo de aquella

pronta y firme arrogancia, comenzó a no parecerle mal el recurso.

—Ese Dorado—insinuó—necesita un reactivo. La señorita puede ser aquí el motor que impulse esos mulos.

Montánchez ya no se atrevía a intervenir. Sólo con un cheque de miles podía zanjar el asunto. Y eso ¡pardiez!, le dejaba un poco intimidado.

De los Ríos vacilaba todavía:

—El no ha prometido nada.

—Pero usted prometió en su nombre. ¿Mintió usted?

—Yo no miento jamás. Bajo mi palabra de honor afirmo de nuevo que Juan aceptó el negocio.

Nada. Nada. Era necesario ir al Ministerio y enfrentarse con aquel individuo. Genoveva, si era preciso, iría sola. Pero mujer, y no conociendo la vida oficial, prefería ir acompañada:

—Yo seré su escudero—exclamó Romualdo gozoso ya de aquella nueva aventura, y entusiasmado ante la idea que tenía por eficaz—. Conozco a Dorado. Conferenció en el Ateneo varias veces. Yo hice su presentación en una de ellas. Me endilgó mil ofrecimientos. Era cuando aspiraba a ser caudillo de intelectuales después de haber mandado a usureros y de tener el caudillaje de los acaparadores.

Al día siguiente llegaba Mendicuti a casa de Genoveva en un coche de Bellas Artes. A poco arribó ella, estupendamente vestida, alta y gruesa, como una gran dalia blanca, ruido de rasos y olor de perfumes. Lució, al montar sobre el coche, un piecico grande para otra, pero chiquito dado su tamaño, y una media estirada y rica.

—Este Montánchez—ideó un poco envidioso Romualdo—no se priva de nada.

Llegaron al Ministerio, y cuchichearon con el secretario particular:

—Haga el favor un instante. Soy Mendicuti, del Ateneo, periodista. Esta señorita y yo deseáramos ver al ministro.

—No sé, no sé...—Está muy ocupado.

—Esperaremos todo lo que sea preciso. Es urgente.

El secretario aquel—Dorado tenía varios—, yerno a la vez de su excelencia, era un malagueño pequeño, ceirino y ambicioso. Vino de su provincia a la Corte, y exclamó entre sus amigos y compinches:

—Tendré por suegro a un exministro. Me juego la yugular.

Era abogado, y entró en el bufete de López Setién, ex presidente del Congreso, y letrado con



rico bufete. Setián, tenía dos hijas bonitas. Una en relaciones con cierto ingenierito, ya diputado, y otra completamente soltera, es decir, sin ribetes de novio. Un día, al tropezar a Titita en el pasillo, se le abalanzó el audaz:

—Es usted divina.

Pero ella lo miró de arriba abajo, desdenosa. ¿Quién era aquel zamacuco, aquel zascandil para osar a tanto? ¡Vamos con el hombre! ¡La hija de López Setián, ya marqués del Biut, con unos escudos fantásticos y unos blasones de Rey de Armas, flamantes como piezas de oro recién acuñadas iba a hacerle caso a un muchachuelo pequeño y buscavidas! Titita que iba al Ritz y al Real con estupendos tocados, y a la que hacía cucamonas el teniente Alcántara, primogénito del barón de Lereceda, tan rubio, tan seductor... ¡Bah! Alcántara era poco, ¿Sería bastante un palafustán como aquel buscavidas?

Al día siguiente recibió Góngora una carta de López Setián. Lo sentía mucho, pero tenía demasiada gente en su despacho.

Alcibiades no se dejó vencer por la melancolía.

—Pues la puntería demasiado alto—exclamó

—Rica, bonita e influyente... Conformémonos con lo último. Hija

de ex ministro, acta que coges, carrera que haces

Y pensó en ella, en Antonia, en aquel pobrecito esperpento a quien nadie había tenido el valor de arrimarse.

Era pequeña y nanuca. Su cara parecía de japonesa. Pero hay bellezas niponas, con su rostro de muñeca, sus ojos oblicuos y chispeantes, un kimono y un crisantemo. No. Aquella era una japonesa horrible, en plena fealdad, sin arreglo ni compostura. Lo peor de su faz era el color. Poseía no un color pálido, sino un color podre. Se diría que aquellas venas conducían linfa sucia con lentitud enfermiza.

—Esa—pensó—me aceptará.

La pobrecita, cuyos treinta inviernos eran un desierto sin oasis, y que se vio mirada y coqueteada por un garzón pizpireto, amó locamente.

—¿Quién es?

—Un chico malagueño, abogado, de buena familia.

Se hizo la boda con estrépito. Dorado, que aún no había consolidado su fortuna, pero que ganaba mucho, celebró aquello espléndidamente. Hubo elecciones, y Alcibiades Góngora representó en Cortes a un distrito aragonés del que nunca había oído hablar.

—Sí, esperaremos lo que haga falta—exclamó Genoveva firmemente decidida a no irse sin resolver su pleito.

Los hicieron pasar a una sala decorada con lujoso aparato burocrático, donde había retratos de reinas lesbianas y de monarcas sodomíticos.

Esperaron mucho tiempo. Pasaban antes los diplomáticos, los diputados, los senadores los periodistas de postín. Entre ellos estaba Requesens, el de Port Bou, con un gabán de pieles terrible, unas joyas brutales y un aire de omnipotente suficiencia. La presencia de Requesens, trajo al pensamiento de Mendi-

cuti un resumen de la política:

—¡Ojo con Dorado!—susurró al oído de Genoveva—. Estos hombres son largos, muy largos. Querrá engañarla. Vaya prevenida.

¡Y era para estar inquieto ¡vive Dios!, en aquel salón, y a punto de ser recibidos, en trance gravísimo, por un ministro de la decadencia!

Juan Dorado era un hombre pequeño y de mala figura. No teniendo cultura aparente, asombraría pensar como pudo ser ministro de los ingenieros y de los jueces, de los hacendistas y de los diplomáticos. Peroraba con entonación, y sabía encubrir su ignorancia con frases sentenciosamente in-





comprensibles. Negociero, listuelo, sabía apandar buenos asuntos. Sagaz para los chanchullos, los consumó enormes y terribles, pero sin dejar huella, maldecido, pero jamás acusado.

Hacía ya mucho tiempo que era personaje. Silvela, cuya antesala, un poco ecléptica y elegante cuidó con esmero, un día le dió la jefatura política de Tíeruel. Y desde entonces,—y hacía quizás veinte años—, siempre recabó Dorado para el régimen los diputados todos de aquellos distritos asolados por el caciquismo y por la usura.

Se decía que Dorado ejercía en Aragón una influencia medioeval. Pero eso lo afirmaban algunos rebeldes de malarate. Que si tenía en cada pueblo un mandón usurario y despótico. Que si un triste labrador se movía, ya tenía encima juez para desahauciarle o alcaide para encerrarlo, el camino de presidio o de América. Que su gobierno era una tragedia de injusticias y desmanes, y horribles venganzas. Que en la provincia no podían florecer el maestro culto y evangélico, el cura virtuoso, amigo y hermano del pobre, el periodista irónico y protestario, el trabajo fecundo, la ciudadanía santa, el vivo estímulo de progreso y de patriotismo.

Eso lo decían cuatro desarrapados, cuatro granujas desdeñados por el gran personaje.

Mas ¿qué importaba? ¿Qué importaba el silencio desolado de unas villas aragonesas, su pauperismo, su incultura, su atraso y su hambre, ni qué importaban los gemidos casi unánimes de otras provincias, de otras regiones, de España entera, si cuando había elecciones, y el Estado renovaba a sus legisladores, y se iba a averiguar qué sistema convenía al país, D. Juan Dorado aparecía en el templo de las Leyes y ante la Constitución, con unos senadores y unos diputados todos ellos monárquicos entusiastas, fieles guardianes ¡oh! de la tradición y del orden social?

¿Qué importaba la desidia nacional, su entregamiento, su insensibilidad ante el peligro y su falta de horror a la hecatombe, la barbarie de sus pobladores rurales, la emigración en hormiguero que se vá, la despoblación, la muerte prematura de los españoles, su manso silencio de sopor y de agonía, esta España que es toda ella un calvario, si D. Juan Dorado, ex subsecretario de Ultramar cuando hubo colonias que perder y luego ministro, y gran personaje, traía al Parlamento diputados y senadores leales y patriotas ¡oh! muy patriotas?

Entró Requesens al despacho del Ministro. Eran las dos menos cuarto. Genoveva estaba im-

paciente. Su pieccecito repiqueaba con el tacón.

—Este individuo me va a oír.

—Sí, tenga valor, pero también prudencia.

—Hasta lo necesario. A mí no me engaña. Si es astuto, yo también lo soy. De Bayona, vasca...

Mendicuti la admiraba ya entusiásticamente. Aquella mujer desconcertaría a Dorado. Sería una aparición original que lo dejaría absorto. No. No podía tener mejor abogado el pleito.

Llegó el portero y saludó ceremonioso.

—Entren ustedes.

A Mendicuti le palpitaba el corazón.

—¿Qué tal Sr. Mendicuti?

El Ministro aparecía muy en su papel, bien emplazado, seguro de su autoridad y de su fuerza.

—Deseaba presentarle a esta señorita francesa. Mademoiselle Ategorrieta es su nombre. Tiene un asunto de exportación, y desea que la proteja usted.

Juan Dorado abrió mucho los ojos, perplejo.

—¿Exportación? Eso es muy difícil. Tiene largos trámites.

—Que todos están cumplidos. La señorita quiere enviar 15.000 mulos a su país. Yo he gestionado el asunto en la Embajada, y he sido atendido eficazmente. ¿No lo recuerda usted?

—Acaso... ¡Recibo tantas recomendaciones!

Mendicuti se iba dejando vencer por aquel cinismo tan correcto. Ella no. Ella no conocía a los políticos. Ella no les daba más valor que a otros hombres. Ella, bravía y luchadora, estaba dispuesta a no dejarse envolver por sutilezas de cacique. Intervino.

—Me extraña mucho su ignorancia, Sr. Dorado. Yo no he venido a empezar un asunto, fiando en su bondad. He venido a terminarlo. Y si me expreso así, es porque tengo derecho y me sobran razones.

El personaje palideció levemente. Aquella mujer no era Mendicuti. No bastaban unas excusas, una apariencia de absoluto desconocimiento, gelida cortesía que trunca. Empero se atrevió.

—¿Derecho? No la entiendo a usted. Y me parece que va por mal camino. Yo puedo ofrecerle buen deseo, un intento amistoso. Pero no me puedo comprometer a nada, y menos a escuchar sin protesta una reticencia que me asombra.

Calló. Estaba grave, con un aspecto de honradez terrible, tal y como se ponen los ministros en el banco azul cuando algún diputado socialista comenta sus chanchullos. Aparecía erguido, altanero, imponente.

Pero Genoveva no se dejó intimidar. ¡Buena



era ella, que había peleado con franceses, ingleses y españoles en su dura contienda por la vida, sin más armas que su gracia y su belleza, para asustarse de aquella desfachatez melodramática!

—¡Mire usted—acabó—, a mí se me ha dicho que el asunto estaba hecho; que usted exigía 150.000 duros; que el depósito había de hacerse con urgencia; y que sólo faltaban días, horas. Quiero un sí o un no. He comprometido mis ahorros y no estoy dispuesta a perderlos.

Dorado se puso de pie. Estaba iracundo. Todo él—sus barbas negruzcas, sus manos de rapia—temblaba de indignación. Llevó un dedo hacia el timbre. Luego, transfigurado por una especie de odio, preguntó:

—¿Quién le ha dicho a usted esa infamia?

—El Sr. Mendicuti.

Dorado se volvió hacia Mendicuti, para exterminarlo. Pero Mendicuti soportó su mirada y su actitud. El, no había mentido. De los Ríos lo jurara solemnemente. Tenía la sensación de su verdad, y la firme convicción de que aquel hombre, a quien ya no le convenía el negocio, representaba una farsa abominable.

—Lo he dicho yo, porque así me lo aseguró varias veces su pariente D. Hermógenes de los Ríos. Su palabra de honor tiene empeñada. Conozco detalles íntimos, aspectos recónditos. O de los Ríos es un hipócrita genial, un comediante prodigioso, o...

—O yo soy un prevaricador.

Dorado tenía ese aire catoniano que adoptan los tragediantes supremos.

—Bien—dijo—salgan ustedes de aquí. Han sido bellacamente engañados. Respecto a Hermógenes, a quien ya no trato, recibirá lo que merece. Llamaré al juez de guardia, y pondré el asunto en sus manos.

Hizo un ademán señalando la puerta:

—¡Salgan!

Pero Genoveva se lo quedó mirando fría y pálida, como una tigresa.

—Y si usted no lo lleva ante el juez, lo llevaré yo. Aquí hay una falta. Por esa falta he comprometido mi pequeña fortuna. ¿Quién es mi enemigo? ¿Usted? ¿Ríos? ¿Mendicuti? Eso que lo aclare el juez. Será un proceso curioso y pintoresco en el que no faltarán detalles sensacionales. Ya lo sabe usted. Un día tiene de plazo. Si usted no acusa a D. Hermógenes, yo acusaré, yo hablaré, yo demostraré.

Salieron. Mendicuti iba abrumado. Sentíase aturdido. No vio portero, ni pasillos, ni escalera,

ni calle. Parecía llevar un mazazo en la nuca. Ella iba risueña y gozosa.

—¿Qué dice usted?—le preguntó Mendicuti.

—Que tenemos ganado el pleito. D. Hermógenes no ha mentido, y este hombre tiene miedo.

—¿Miedo?

—Sí. ¡Usted no se ha fijado!... Cuando yo le azucé para que procesase a su pariente, me hizo un gesto, un guiño. Parecía decirme: «Ya habremos. Venga usted sola». Después, me dió la mano. Usted salió primero. Yo, después. Me alargó sus dedos y oprimió los míos. Le veré en su casa esta misma tarde. Hablaré con ella. Su mujer es una mujer como yo... Más inteligente, más buena quizás, más hermosa. Pero me comprenderá, nos entenderemos.

Mendicuti atraído por aquella firme voluntad, se ofreció:

—¿Quiere usted que la acompañe? Me devora la impaciencia.

—Bueno. Usted viene conmigo hasta la esquina de la casa. Y allí me espera. Tendrá buenas noticias, o...

\*\*

Romualdo Mendicuti se paseaba por la calle de Almagro, aterido dentro de su gabán, roído por la impaciencia.

¿Qué ocurriría en aquella casa? ¿Habrían hablado? Dada la tardanza, sin duda. ¿Qué se dirían aquellas mujeres? ¿Sería rico? ¿Sería pobre? ¿Feliz? ¿Desventurado?

Un pensamiento heló su sangre. ¿Se pondrían de acuerdo? ¿Evitarían la catástrofe entendiéndose? Era muy probable. Era seguro. Genoveva no perdería su dinero. Ella que era el único gran peligro, sería evitado con un cheque, con un negocio cualquiera. ¡Le era tan fácil a Dorado resolverle una quisicosa!

Sí, sí, no había duda. ¿Para qué sino hacerle un ademán de arreglo, y dar pie a una entrevista? Para zafarse de aquel tímido intelectual, deleznable y peligroso, que podría ser una uña clavada, un ojo de fiscal insistente, un estorbo.

Y sintió miedo, miedo a la vida. ¡Qué cruel era! Y pensó en su mujer, en su casa, en sus hijos, en aquellos negocios malditos que le habían quitado a su alma el jugo sano y precioso y a su existir el orden y la paz.

Siguió paseando, paseando. Hacía frío y se subió el cuello del gabán dando un tiritón.

(Se continuará)



# SECCIÓN DE CONSULTAS

*A. G. P.—Madrid.*—En el caso de concurrencia de dos oficiales de distinta Arma que tengan la misma antigüedad, corresponde el mando al de más edad. El caso debe estar resuelto en el Reglamento para el servicio de campaña.

*F. B. S.—Toledo.*—El caso de V. creemos que no está previsto. El Reglamento sólo habla de la devolución de cuotas a los inútiles para el servicio. Puede hacer una instancia dirigida al Capitán General de la Región, que es a quien corresponde resolver.

*S. D. T.—Las Palmas.*—Puede cursar papeleta, pues el tiempo servido como voluntario sirve para el turno de forzosos.

*R. M. V.—Pamplona.*—Hicimos gestiones acerca de lo que nos indicaba, con poco resultado. El trabajo es preferible en prosa que en verso, porque tenemos en este momento exceso de original.

*C. B.—Irún.*—Le enviamos nuevamente y esta vez por certificado el número de Diciembre, tantas veces perdido.

*M. S. H.—Tetuán.*—Todos los números se le han enviado por conducto del Cuerpo. Díganos los que le faltan, y si no están agotados se los remitiremos nuevamente.

*I. J. L. M.—Toledo.*—Se le envía el número 14. Queda tomada nota de su nueva dirección.

*J. G. C.—Figueras.*—Se le envía el número 13.

*E. R.—Tetuán.*—Se le envían los números 13 y 14.

*Un cabo del 78.*—Se le publicó una cosa. No podemos prometerle nada para lo futuro, porque tenemos gran exceso de original.

*E. L.—Luciana.*—Se le envía por certificado los números desde el mes de Septiembre. Los suponemos en su poder.

*G. U.—Larache.*—No se recibió su primera carta. Queda tomada nota de su alta y se le envían juntos los números de Enero y Febrero.

*J. C. Palencia.*—Como le dijimos, le enviamos el número de Agosto. Ahora se lo volveremos a enviar. Celebraremos llegue éste a su poder.

*J. M. S.—Logroño.*—Se le envían los números 12 y 13.

*E. S.—Melilla.*—Se le han enviado por duplicado los números de Julio, Agosto, Septiembre y Noviembre.

*J. A.—Tudela de Navarra.*—Se le envía el número 10. El 5 no podemos enviárselo, porque está agotado.

*J. R. S.—Larache.*—Se le envían los números de Enero y Febrero, que nos dice no ha recibido.

*A. C.—Toledo.*—Se le envía por conducto del señor Menor el número de Octubre, que pedía.

*J. S.—Pamplona.*—Se le ha enviado por duplicado el número de Diciembre, que pide en su grata. No le pasamos cargo de él.

*F. A.—Melilla.*—Se le han enviado por duplicado los números 6 y 8. El número 4 está agotado.

*E. P. C.—Badajoz.*—Se le ha enviado por duplicado el número 13, que pide.

*F. I. Ll.—Melilla.*—Se le ha enviado por duplicado el número 12.

*A. S. C.—Ceuta.*—No existe en la actualidad turno para la antigüedad de petición. Por antigüedad de empleo hace el núm. 20 para destino a la Sección de Contabilidad de Ceuta.

*E. C.—Tarragona.*—Hace los números siguientes: para la Caja núm. 35, el 13; para la Caja número 36, el 17; para la Caja núm. 37, el 12; para el Regimiento de Mallorca, el 17; para el Regimiento de Guadalajara, el 16, y para el Regimiento de Otumba, el 4.

*J. F. C.—Tarragona.*—No puede ser destinado a Africa por estar en el primer décimo de la escala; pero irá seguramente en cuanto ascienda.

*S. D.—Las Palmas.*—El tiempo que sirve ahora en Africa como voluntario le sirve para cumplir cuando le llegue el turno de forzosos.

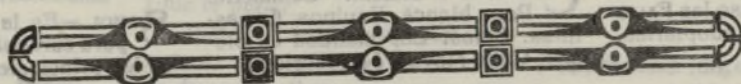
*J. G. R.—Melilla.*—Hace el núm. 6 para destino al Regimiento de la Reina; el núm. 1, para destino a los de Borbón y Alava. Se le envía el núm. 13 que pide. Las tapas están ya preparadas y encartonadas con grabados en oro.

*J. R. O.—Orba.*—El último decreto de indulto terminó el 12 del pasado Septiembre. Si antes de esa fecha no ha promovido instancia, tiene que esperar nueva amnistía caso de que la concedan. La instancia hay que cursarla por conducto del Consulado español.

No hay Real orden que diga nada en pró ni en contra de esas licencias a las clases de tropa. El capitán general de su Región puede concederle perfectamente la licencia que desea para Tetuán.

*B. S.—Melilla.*—Por falta de oficiales no hay destinos ahora para las Zonas y Reservas. Hace V. el núm. 1 para destino al Regimiento 75, pero no hay vacante.

*M. S. C.—Melilla.*—Como antes decimos no son Vds. destinados por ahora a batallones de Reserva. Hace el núm. 1 para destino al Regimiento de Zamora pero no hay vacante próxima.







# Bibliografía

**Obra nueva de Balística exterior.**—Así llama el comandante de Artillería D. Alfredo Zuricalday de Otaola, un interesante y concienzudo libro, en el que con notable forma de exposición, expone, discute y resuelve todos los problemas de balística exterior con nuevas y afinadas orientaciones. La obra forma un tomo de más de cien páginas y se halla escrita de tal manera que su lectura llega a interesar hasta el profano en cuestiones militares por desentrañarle y poner al alcance de todas las inteligencias, el complicado estudio de la balística exterior.

**Entre faldas anda el juego.**—Se ha puesto a la venta, primorosamente editada por la biblioteca Renacimiento, esta preciosa novela, de José María de Acosta, autor que en poco tiempo ha logrado conquistar justa nombradía. «Entre faldas anda el juego» es una tierna y delicada novela en que Acosta demuestra que sabe penetrar en las recónditas exquisiteces del alma femenina y que posee el difícil arte de cautivar, limpia y pulcramente, el interés del lector. Por ello ha de alcanzar el mismo éxito de «Amor loco y amor cuerdo», la primera novela de este notable escritor, de la cual en pocos meses se han agotado dos ediciones. Precio de la obra: cinco pesetas.

**El paño pardo.**—Novela, de J. Ortega Manilla, de la Real Academia Española. Se ha publicado la segunda edición de esta novela, que tanta impresión produjo al aparecer. Es la visión trágica de la vida doliente de la aldea castellana, encarnada en tipos descriptos con arte prodigioso. Se

vende a 5 pesetas en todas las librerías. Editorial Pueyo, Arenal, 6.

**El vuelo en aeroplano.**—Libro teórico-práctico de aviación y acrobacia, para aprender a pilotar un avión, por el comandante de Ingenieros don Luis Palanca, piloto y observador de aeroplano. Catorce pesetas en librerías y Editorial Alejandro Pueyo, Apartado 96.

**Higiene y salubridad de las colectividades obreras.** (Comunicación presentada al primer Congreso nacional de Ingeniería, celebrado en Madrid.)

Es un folleto escrito en vigoroso estilo, perfectamente documentado y en el cual, «abogando porque la acción tutelar que el Estado debiera ejercer sobre la higiene y salubridad de las colectividades obreras, debe cimentarse en la cultura higiénica de los individuos», trata su autor, el concienzudo escritor y prestigioso jefe de Ingenieros D. Antonio Parellada García, de interesantes extremos, muy dignos de tener en la merecida consideración por las Juntas de Reformas Sociales, y sumamente útiles a las referidas colectividades.—E. G. A.

**De Baleares.**—En el primer Coliseo de Menorca por dos veces y a petición del público mahonés fué puesto en escena el emocionante drama de actualidad «Justicia de Dios», en 4 actos, original de Manuel Urribarrí.

El joven literato conoce la técnica teatral, recibió muchas felicitaciones y lo alaba grandemente mucho la prensa local.

---

## Anuncios por palabras

**OBRA** de texto en las *Academias Militares*. Acaba de ponerse a la venta el 1.º cuaderno de los Problemas de Aritmética declarados de texto, Precio, 2 ptas. Pedidos a D. Juan Borges.—Santa Ana, 36, Sevilla, y a librerías.

**LA EXPOSICIÓN.**—Fábrica de camisas, corbatas, cuellos y puños. Telesforo G. Ramos. Príncipe, 19, Madrid.

**PARA** hombres. —Ayer ventrudo, hoy enjuto: es que uso las Fajas de Justo. Probarlas es adoptarlas. Carmen, 10, corsetería.

**PARA** pasar un rato distraído nada más a propósito. Cervecería-Bar, servido por señoritas. Cádiz, núm. 7.

**GRAN HOTEL.**—Alicante. Propietario: Miguel Simón. Servicio esmerado. Los militares, mediante la presentación del carnet militar, obtienen una bonificación de 10 por 100.

**CLEMENTE Y GARCÍA.**—Camisería. Ropa blanca. Equipos. Canastillas. Batas. Especialidad en blusas. Calle Mayor, 34, Madrid.

**ACERO.**—Sastrería militar. Fábrica de paños en Béjar. Proveedor de la Cooperativa del Ministerio de la Guerra. Se remiten modelos de prendas a las juntas económicas. Talleres: San Marcos, 36 y 38, Madrid.

**APARATO** curación radical juanetes en treinta días. Informes gratis. Escribid: M. Villa, callista. Escudilleros, 48, Barcelona.

**SAHOL.**—Es la mejor medicación para curar sabañones. De venta en las principales farmacias.



# PARA PASAR EL RATO

## DIVERSIONES Y ENTRETENIMIENTOS

### Charada

Por tu *todo* doy un mundo,  
por tu *dos tres* doy la vida  
que *primera* las dos cosas  
de mi alma la alegría,

Es arma *prima-segunda*,  
río en la *tercera* ves,  
y si reunes las tres,  
verás un mueble que abunda.

Mi *primera* y mi *segunda*  
en el jardín hallarás,  
mi *segunda* y mi *tercera*  
es nombre de un animal.  
También es un animal  
mi *primera* y mi *tercera*;  
nombre de fruta hallarás  
con mi *segunda* y *primera*.  
Y el *todo* de esta charada  
es bien fácil de acertar;  
el nombre de una mujer  
si eres listo encontrarás.

### Composición de números.

6 9 6	Río de Italia.
1 2 8	Artificio.
6 7 5 6 9	Animal.
3 9 1 4 1	Verbo.
6 4 5	Nombre de varón.
3 4 7	Pronombre.
5 4 3 7	Capital.
3 4 1 7 8 9	Participio.
1 2 3 4 6 4 9	Nombre de varón.
1 2 3 4 5 6 7 8 9	Adjetivo.

### Jeroglíficos

Nota nota G Italia

Ra Que

Pun T

Azof—A—K.

Ta Blanco—A.

$\frac{D}{T}$  C.

RUBIRA

### CASOS Y COSAS

Dos baturros entran a comer en una fonda y les llama la atención un soberbio tarro de mostaza que coloca el camarero en la mesa al mismo tiempo que los entremeses.

—Tío Andrés, ¿sabusté qué es lo que hay dentro de ese frasquico?

—No lo sé pero me lo figuro que será alguna lambrotura de Madrí. Lee lo que dice el rétulo, tú que sabes de letra.

—Si no lo può leer, si no lo intiendo, debe estar en franchute. Pero cosa de comer será cuando está aquí.

—Claro ¡y es muy amarillico! Pué que sea helao en conserva. Pero miá, chiquio, con probalo está acabao. Anda mete la cuchara.

Juanico no quiso esperar más y tomó una buena cucharada del contenido del frasco; tragársela y asomarle las lágrimas a los ojos fué todo uno.

El tío Andrés que lo vió, le dijo:

—Juanico, ¿por qué lloras?

—Porque me alcuerdo de mi pobreco padre, que en gloria esté.

Y bajando la voz todo lo que pudo ¡continuó:

—¡Como alcuentre yo al que haiga traído este frasquito condenado, hi de ponerle verde!

—No pienses ahora en cosas tristes, hombre, y dame el pomico ese, que queda poco y te lo vas a comer tío.

—Tómele usted.

Cogió el tarro el tío Andrés y se tragó otra gran cucharada, saltándole unos lagrimones como puños. Juanico, que lo estaba observando, le dice:

—Tamién llora usted, tío Andrés. ¿que le pasa?

—¡Redios! —contestó éste después de tragarse de un tirón un vaso de agua;—lloro... por que no se

te llevó Dios al mismo tiempo que a tu padre.

✱

—Vengo a quejarme, y vengo lleno de razón. Su perro ha mordido anoche a mi suegra.

—Créame usted, lo deploro en el alma. Lléveme a los tribunales; estoy dispuesto a pagar daños y perjuicios, incluso a perder el perro.

—Bueno pues le absuelvo a usted de los daños; me conformo con que me dé usted el perro para ver si acaba con mi suegra.

✱

—¿Por dónde puedo dir más derecho para llegar al trabajo a tiempo?—le pregunta Ambrosio a su mujer al observar que está muy próxima a caer la hora de entrada al taller.

Y ésta, que conoce a fondo todas las aficiones de su marido, responde:

—Si quieres crime a mí, pasa por donde no encuentres denguna taer-na.

### Soluciones a los pasatiempos del número anterior.

Al jeroglífico:

Andanada.

A la charada:

Arandela.

Al logogrifo:

Filomena.

A la quíscosa:

Camino.

### Problema de ajedrez

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.



# ACADEMIA "PINO" Exclusiva para el ingreso en el Montera 35 MADRID CUERPO DE TELÉGRAFOS

Resultados de las oposiciones últimas:

Ejercicio previo: Presentados, 80; aprobados, 65.  
Oposición: Presentados, 56; ingresados, 51

Profesores. D. RAIMUNDO DEL PINO.  
Jefe del Gabinete telegráfico del Ministerio de la Gobernación  
D. JOSÉ RODRÍGUEZ.  
Jefe de Gabinete telegráfico del Ministerio de la Guerra  
D. ANTONIO RÍVEZ.  
Doctor en Ciencias Físico-Químicas, profesor auxiliar de las asignaturas en la  
Universidad Central

D. ISIDORO HERNANDO,  
Oficial poliglota del Cuerpo en la Dirección general  
D. MANUEL MAYO,  
Oficial del Cuerpo en el Gabinete Central.  
D. ARTURO GONZÁLEZ.  
Delineante.

Cubiertas para coches FORD 30 x 3 1/2 antideslizantes de las mejores marcas americanas.  
Los precios en catálogo es de 200 pesetas. Sin comisiones.

Precios, noticias y pedidos en Luisa Fernández, 13 pral. dcha.  
y en la administración de esta Revista, Mayor 86

PAPELERÍA :: IMPRENTA  
DE

Felipe Martín Crespo.  
Mayor, 47 - MADRID  
Teléfono 211-M.

MEMBRES, EMBLEMAS PARA TODAS LAS  
:: ARMAS Y CUERPOS DEL EJÉRCITO ::

EL ARCA DE NOÉ

CORREDERA BAJA, 39. MADRID

PAPELERIA-IMPRENTA  
OBJETOS DE ESCRITORIO

Completo surtido para suministro de oficinas  
Recomendamos esta Casa como la más econó-  
mica en precios

GRAN FÁBRICA DE OBJETOS DE MIMBRE Y BEJUCO  
DE  
PLÁCIDO PÉREZ

San Marcos, 1. (Esquina a Mortaleza.) MADRID

BUTACAS, BAULES Y MALETAS PARA VIAJE  
CUNAS MOISÉS Y GABITAS  
PARA PLAZAS Y JARDINES  
ESPECIALIDAD EN SILLERIAS DE BEJUCO ESMAL  
TADO Y DE MEDULA

GRANDES ALMACENES DE SALVADOR DELTELL (CASA DEL VALENCIANO)

RIBERA DE CURTIDORES, 18 - MADRID

Construcción de toda clase de correajes y equipos de caballo para el Ejército — SE PAGAN —  
Compra y venta de toda clase de desechos militares en cualquier punto de España ALTOS PRECIOS

AUÑON  
ESPADERO DE LA REAL CASA

La antigua espadería de la calle Fuencarral, 33,  
se ha trasladado a su sucursal  
CALLE MAYOR, 68

ALBERTO ROMERO  
SASTRE  
ESPEJO, 6, BAJO

HECHURA Y FORROS DE TRAJES  
DESDE 60 PESETAS